Rafael Gumucio

Mi abuela

Marta Rivas González





Rafael Gumucio (Santiago de Chile, 1970), profesor, ácido columnista y comentarista radiofónico, es sobre todo en la crónica, el ensayo y la novela donde se ha mostrado como un observador implacable tanto de sí mismo como de la realidad familiar y social que lo rodea, plasmando su inconfundible visión de las cosas en los libros Invierno en la torre, Memorias prematuras, Monstruos cardinales, Comedia nupcial, Los platos rotos, Páginas coloniales, La deuda, Contra la belleza, La situación, Milagro en Haití y Contra la inocencia. En 2004 obtuvo el premio Anna Seghers.

Mi abuela es uno de los textos biográficos (y autobiográficos) más brillantes de los últimos años. Un libro lleno de dualidades, de humor afilado e hiriente y de ternura. Es al tiempo un retrato cercano y despiadado, admirativo y crítico. Rafael Gumucio disecciona, como apunta Ignacio Echevarría, «la excéntrica personalidad —avasalladora, entrañable, irritante, conmovedora— de su abuela Marta Rivas González, que desempeñó una influencia decisiva en la educación no solo sentimental, sino también intelectual y moral de su nieto. Provisto de su penetrante sentido de la paradoja, de la ternura, de la impudicia, el deslumbrante autor de Memorias prematuras regresa al escenario de su infancia para pergeñar desde la otra orilla, actuando él mismo de persona interpuesta, lo que admitiría ser tomado por unas "memorias póstumas" de un personaje casi legendario, una aristócrata de izquierda cuya genialidad y patetismo dan un acorde inimitable en el que resuena, como en sordina, el himno roto y trasnochado de todo un país».

Un libro sobre Marta Rivas González y sobre su nieto, sobre el pasado y sobre el exilio que, como escribió, de modo certero, la escritora y crítica literaria Lorena Amaro, "probablemente sea uno de los mejores libros autobiográficos escritos en los últimos cincuenta años en Chile".

Mi abuela

Mi abuela

Marta Rivas González

Rafael Gumucio



catedral

Para Beatrice y Carlota,

la mejor parte de esta historia

«La voz a ti debida».

PEDRO SALINAS

Un transatlántico

Todo en ese departamento quedaba a menos de un paso, con solo estirar la mano se podía alcanzar toda suerte de juguetes domésticos e inventos efímeros que mi abuela coleccionaba. Calculadoras de energía solar, largas manos de plástico o metal con que se rascaba la espalda, radiorrelojes en miniatura y, sobre todo y ante todo, la aspiradora portátil con que atormentaba a los invitados, limpiándoles la barba, la chaqueta y el pantalón mientras conversaban.

La cama azul, los discretos muebles blancos. Hasta en los colores tenía el departamento de mi abuela un extraño dejo marítimo, algo de casa de playa provisional a la que uno no le exige ni amplitud ni comodidades. Todo allí tenía su utilidad. La platería de mi bisabuelo contenía las cenizas de los cigarrillos de mi abuelo; las vasijas de cristal azul estaban llenas de plátanos y manzanas. Nada parecía destinado a permanecer, todo estaba listo para ser embalado.

No recuerdo ahora dónde quedaban los libros. La cocina estaba separada del salón solo por una barra que hacía de mesa. El living era también el dormitorio de mi abuela, que recibía siempre sentada o acostada sobre su cama.

Pequeña y cuadrada, mi abuela vivía su cuerpo como una incómoda redundancia: la burocracia de sus piernas, de su pecho, del cuello que había terminado por abolir. En ese departamento pequeño y luminoso como la cabina de un transatlántico había de todos modos espacio para el enigma, encarnado en una enorme pantalla metálica, gris y verde, que no trasmitía imagen alguna. Una pantalla que solo años después descubrí que era una especie de calefactor. Eso y también un cuadro anónimo del siglo XVII en el que un hombre, junto al arco de un edificio en ruinas, esperaba oculto tras su capa quién sabe a quién.

—Lo pintó un pintor de mierda, seguro que no tiene ningún valor, pero dijo un experto que es auténtico, de la época —decía mi abuela. La época era casi siempre el siglo XVII, en el que mi abuela, lectora tenaz de Madame de Sévigné y del duque de Saint-Simon, hubiera preferido vivir. Y siglo en el que de hecho vivió de alguna forma, según supe después, cuando volví a Chile. Porque… ¿qué podía parecerse más al siglo XVII parisino que el Santiago de los años veinte, el de La fronda aristocrática, los continuos golpes de Estado, los

cortesanos baleados por amantes despechadas, los niños abandonados a las puertas de los conventos, los ríos desbordados llevándose dormitorios y comedores enteros, los infinitos fundos que van de la cordillera al mar?

Paredes, fachada, suelo y escalera de su departamento parisino eran patrimonio nacional y estaban protegidos; el gas estaba prohibido en el edificio, y tampoco se permitía botar paredes ni reacomodar las habitaciones en las que Richelieu o Mazarino, no recuerdo ahora cuál de los dos, había muerto durante la pausa de un viaje. Porque antes de ser una casa, la extraña parodia de la cabina de un barco, el departamento de mi abuela había sido la habitación de un cochero en una venta para diligencias. En la entrada quedaba aún el adoquinado espacio en que los caballos y sus carruajes se suponía que debían descansar.

Mi abuela, que por entonces era de alguna manera también marxista, había respetado en todo la sencillez plebeya del lugar, añadiendo solo un poco de luz, unas flores y algunos juguetes que no impedían que aquel departamento, en el que vivían dos viejos exiliados que habían recibido en su país todos los honores y los insultos posibles, siguiera siendo lo que los anuncios en los diarios y las tasaciones de la municipalidad decían: un estudio para estudiantes universitarios.

Mi abuela reinaba en el departamento sin contrapeso. Ni un mueble, ni un adorno habían sido impuestos o sugeridos por su marido. ¿Dónde dormía mi abuelo? Mi abuelo —que daba discursos en los mítines del partido de mis padres, del que era fundador y máxima figura— había elegido refugiarse discretamente tras la diminuta bambalina del escenario en que mi abuela era la indiscutida actriz principal: una habitación exigua que antes había sido un clóset, separada del living-comedor-dormitorio por una puerta metálica con forma de biombo. En la habitación de mi abuelo apenas cabían su litera de campaña, un velador y, en la pared, la foto de una ventana abierta sobre un campo lleno de flores. «Tiene la mejor vista de la casa», ironizaba mi abuela.

Nunca le escuché ni una queja a mi abuelo. Era tanta su discreción que durante años no se me ocurrió pensar dónde dormía él en ese espacio en el que visiblemente no cabía. No era del todo ilógica la desproporción de los espacios en que ambos vivían en esa casa elegida por mi abuela y comprada gracias a su infinito talento para negociar: era ella la que salía a la calle y tenía colegas y amigos franceses y

montañas de exámenes que revisar. La plata corriente del día a día la ponía ella, mientras mi abuelo recibía una pensión parlamentaria que misteriosamente solía trabarse en la burocracia de la dictadura chilena. Esa inversión de los roles tradicionales —la mujer que trabaja, que gana el pan de la casa, que va y viene de la oficina mientras el hombre cocina y lee el diario— solo me extraña ahora que la cuento. Mi abuela fue, moralmente hablando —y sin que yo dudara un segundo de que estaba frente a una mujer—, el primer hombre, el primer varón que conocí, la primera imagen de valentía, de moral y de lealtad caballeresca que me fue ofrecida. O más bien fue mi abuela la primera imagen de masculinidad que yo elegí reivindicar como propia (por mucho que mi padre y mi padrastro fueran indudablemente más machos que ella). La imagen de un hombre que era también una mujer no es, si se piensa bien, la cosa más edificante del mundo para un niño a punto de encarar la pubertad. Aunque quizás esa doble militancia —un padre que se maquilla, una abuela que no te permite ningún melindre ni lloriqueo— era justamente lo que necesitaba yo. Previamente, la tempestad había borrado todas las fronteras en mi vida. Después de haber visto hombres fuertes temblar, certidumbres de todo tipo caer y héroes suicidarse, necesitaba de otra forma de virilidad. Necesitaba a alguien que no temiera confundirme, que no hiciera el menor caso a mi natural confusión hormonal; alguien a quien no le importara en lo más mínimo qué tienen o no que hacer los hombres o las mujeres para parecer normales, alguien que dividiera el mundo no entre hombres y mujeres sino entre lateros y cléveres.

Por lo demás, ¿qué era entonces para mí un hombre, un macho? Alguien como mi abuelo, que espera fumando y leyendo el diario con una suave sonrisa que parecía perdonarnos a todos. Un señor que no tiene apuro, que discretamente acepta la habitación más pequeña de la casa; un político que detestaba dominar, mandar, imponer, pero que era sin duda el jefe de su tribu, no solo de esa casa sino de los exiliados chilenos, a los que prefería recibir en el Café Polaco de la Rue de Rosier porque en su departamento no cabían más de tres adultos parados. Café Polaco que, el día en que por azar mi abuelo no fue a tomar su habitual café de las cinco de la tarde, fue ametrallado por un comando palestino. Un hombre era también eso para mí: alguien calmado, retirado, triste a veces, que se salva una y otra vez de la muerte.

Los dos caminos

Para defenderme de mi madre busqué a un padre al que asirme. Ante todo, mi abuela fue eso para mí: un padre, una de las formas en que esta idea —la idea del padre— se encarnó. Un padre: el deber, el intelecto, el civismo, la tradición, la estrategia, la batalla. El amor no primordial, sino adquirido, conquistado, seducido, enseñado, comprensible. No estoy descubriendo ninguna relación oculta, ningún secreto arcano. Amante de la claridad, mi abuela dejó bien claro su plan desde un comienzo: en el aeropuerto en que mi papá se iba, esta vez a Mozambique, prometió ocupar ella los sábados en que jugábamos tenis con él y veíamos películas en un gigantesco televisor en blanco y negro que con los años mi padre había logrado monopolizar.

El tiempo que para nosotros ocupaban mi abuela y mi padre era entonces el mismo, pero el viaje al que nos obligaban a mi hermano y a mí era diametralmente opuesto, según a cuál de los dos fuéramos a ver. Para ir a la casa de mi padre había que salir de París, tomar un tren suburbano, atravesar descampados con edificios de cemento, jardines vigilados, mercados de frutas árabes, cientos de avenidas Stalingrado y de centros comunitarios Vladimir Lenin. Había que asegurarse de que el tren no se saltara la estación de Orly Les Saules y prosiguiera hacia el aeropuerto, los hangares, las fábricas. Mi padre y su nueva esposa, Clarita, vivían en los bloques de concreto ocupados por argelinos bien educados, con canchas de tenis a los pies.

Para ir a ver a mi abuela, por el contrario, debíamos internarnos en el centro de París. Atravesar, en bus o a pie, la cúpula del Panteón, las rejas del Jardin du Luxembourg, la quieta agitación del Boulevard Saint Michael, La Sorbona, la Île de la Cité, la Sainte Chapelle, Notre Dame, el Pont Marie, y después Le Marais, los palacios, los escudos de piedra, las sinagogas, las carnicerías que ostentaban en su entrada el enorme busto de un caballo, para llegar luego, al final de la vertiginosa escalera, a los cuarenta metros cuadrados en que ella vivía.

Para mí, que vivía justo en la frontera entre París y los suburbios; para mí, que era parte de una familia que progresivamente iba haciéndose numerosa (al menos para los parámetros franceses: tres niños); es decir, para alguien cuya familia se condenaba a sí misma a las casitas

de las afueras, una familia que sin embargo no se resignaba a dejar París; para mí, estos dos caminos, el camino de mi padre hacia la Banlieue Sud y el camino de mi abuela hacia el centro histórico de París, representaban justamente las dos alternativas vitales a las que me veía enfrentado. Las afueras y el centro, las torres de concreto y los puentes de piedra; y, entre medio, los carnés de familia numerosa que nos permitían rebajas en el bus y el cine, los asistentes sociales que estudiaban nuestro caso, los test que pretendían convertirme en charcutero o bibliotecario mediocre, aplastado, destrozado, pero feliz, muy feliz.

Me acuso voluntariamente de esnobismo. Entre mi abuela y mi padre, habría elegido cien mil veces a mi abuela y su barrio, mi abuela y su estilo, mi abuela y su risa para salvarme de ser pobre o de ser normal. Yo llamaba a todo eso literatura, porque para mí eso era ser escritor: salvarse de vivir en los suburbios. Mi abuela había perdido casi todo, pero al menos lo tuvo alguna vez, y esa sensación de haber sido rica y poderosa e intocable a mí me bastaba como tesoro. Me bañaba en sus frases, en el aroma siempre impecable y misterioso de los libros que le pedía prestados y que no necesitaba ni siquiera leer, pues me bastaba con abrirlos y olerlos para impregnarme de ella, de la literatura, libre, soberana y única para mí, que había aprendido demasiado tarde a tener más miedos que dedos en las manos.

Museos

Los sábados, después del almuerzo, abandonaba la casa de mi madre. Hablaré en singular aunque todo esto lo hacía con mi hermano Ignacio, con el que de alguna manera formaba yo un solo cuerpo y una sola mente, pues llegamos al extremo de soñar los dos lo mismo al mismo tiempo. Dejaba la casa de mi madre, decía, con algo desafiante en la mirada. Me preparaba lentamente para llegar al reino de mi abuela atravesando a pie el territorio neutral, el Barrio Latino, el Jardin du Luxembourg, las dos islas y, finalmente, el pequeño gueto judío, el Marais (es decir, el pantano), que cuando llegó mi abuela a vivir allí era aún un barrio abandonado y ruinoso que, gracias al desinterés general, se había salvado de ser modernizado. Subía al departamento de mi abuela por la estrecha escalera hasta una puerta verde de metal donde me preparaba para ser inteligente, o astuto al menos; donde dejaba de ser niño, o más bien empezaba a serlo de otra manera.

Y luego entraba a la cabina del barco, ese departamento que parecía cualquier cosa menos real y donde mi abuela, mientras inspeccionaba metódicamente el Pariscope y escogía el panorama por nosotros, de pronto se tiraba dos o tres flatos.

—Es natural —se disculpaba—. Hace muy mal retenerse.

Era la señal convenida para abocarnos a la ceremonia del té.

—Los ingleses dicen que destrozas el té cuando hierves el agua.

Nos obligaba entonces a esperar atentamente ese segundo previo a la ebullición para que el agua no acabara con el sabor del té aux trois fruits rouges que esperaba en una pequeña esfera de metal llena de agujeros.

Le contaba a mi primo Marco Antonio el comienzo de Macbeth: «Tres brujas revuelven un caldero».

—Por favor, abuelita, yo ya soy grande, no me cuente la versión para niños —respondía mi primo, logrando el mayor de los honores que mi abuela podía concederte: convertir una frase tuya en una ocurrencia que contaba a todos sus amigos y amigas.

Disimulando nuestra ansiedad, después de saborear el té devorábamos los éclaire de chocolate, los de café y hasta los blancos, que nunca supe de qué eran. En el patio de la sinagoga vecina los niños jugaban hasta que de pronto los liberaban y se perdían por las callejuelas torcidas del barrio. Escuchábamos viejos casetes. Mi abuela cantaba:

Ils sont arrivés

Se tenant par la main

L'air émerveillé

De deux chérubins…

Le daba por medirme contra el umbral de la puerta y asegurarme que sería alto y que no importaba si no lo era.

—Mírame a mí, yo soy lo más bajo que se puede ser sin ser enana.

Nos hacía test americanos para saber si teníamos o no sentido del humor (y descubría para mi sorpresa que obtenía el mismo puntaje que SA, es decir Salvador Allende) o si éramos el compañero ideal para llevarnos a un pícnic. Otras veces veíamos televisión en un extraño receptor gris que parecía, como todo en esa casa, un juguete. Era entonces como si los tres, o los cuatro (cuando se unía a nosotros mi primo Marco), hubiésemos escapado de los deberes, el colegio, los papás, la ciudad, el tiempo; como si flotáramos, como si trepáramos a la punta de algún árbol para mirar desde arriba el jardín. Mi abuela, como si fuera una sola cosa, pasaba de hablar de los troyanos y Macbeth a hablar de Monsieur Dumais, su vecino irascible, que había vivido cuando joven con Jacques Brel. Las canciones de este cambiaban completamente de sentido al pensar en el vecino. «Ne me quitte pas, Monsieur Dumait», cantaba mi abuela, y reía cuando nosotros reíamos.

Hasta que la lluvia dejaba de caer y mi abuela se ponía su chaqueta de cuero, se peinaba y perfumaba su recortada melena blanca, y bajaba peligrosamente la empinada escalera hasta la calle y el metro, siempre la misma línea 1 (La Défense-Château de Vincennes), donde hasta las estaciones eran museos. Luego el Louvre, el Jeu de Paume, y a continuación la nueva sucursal del Musée Grévin en el nuevo centro comercial de Les Halles, y una nueva exposición en el Grand Palais, y

en el Petit Palais. Una obra de teatro en una rotonda de los Campos Elíseos. Y el Carnavalet, el Beaubourg —el grande y el pequeño, al otro lado de la calle—, pero también el Museo de la Imprenta, la casa de Balzac, la de Victor Hugo, el Museo de las Muñecas y finalmente el Museo de la Aviación, que colmó la paciencia de mi abuela y nos obligó a pasar algunos meses de abstinencia museológica, Hasta que ella recobró el entusiasmo.

Antes de las visitas mi abuela se documentaba y luego nos informaba sobre cuestiones de historia, de geografía y de literatura; pero sobre todo nos contaba chismes: chilenos, mundiales, actuales, históricos, universales. Victor Hugo, que perdió a esa hija en medio de la tempestad y que en la noche de bodas asqueó del sexo a su pobre esposa; el copuchento de Sainte-Beuve, que lo único que quería saber era qué comían y qué cagaban los escritores famosos; Rodin, que quería desnudar al pobre Balzac en una estatua pero que tuvo que resignarse a cubrirlo con una capa y dejarlo parado, tan asustado como presuntuoso, en medio del Boulevard Raspail; y el mismo Balzac, enamorándose por carta de una pobre rusa con la que solo pudo casarse poco antes de morir.

Todos —Balzac, Rodin, Delacroix, Rimbaud o Verlaine— eran para mi abuela vecinos de la calle León, en el barrio El Golf de Santiago, donde antes de partir a París había vivido con su marido y dos hijos en una bonita casa Ley Pereira. Y ese nombre, Ley Pereira, en París, sin tener en mi cabeza más que recuerdos menos que vagos de Santiago, era para mí misterioso y fascinante. Una casa que tiene nombre de ley, una ley que construye casas. La Ley Pereira, pues, y ese enorme florero con el que Henri Fantin-Latour ocultó la cara de un escritor que le caía mal, y las puertas y trampas con que Balzac se escondía de los acreedores, y Wagner y su estúpida esposa, Cosima.

—¿Tú sabes por qué le pusieron así, Cosima? Porque nació en el lago de Como, cuando el fresco calentón de Liszt, su papá, arrancaba con Marie D’Agoult —decía mi abuela.

Gente como nosotros toda esa lluvia de nombres con partícula o sin ella, presos todos de sus manías, tarde o temprano exiliados, tarde o temprano de izquierda, o casi. Gente, en fin, que merecía la inmortalidad del pelambre.

Una tarde, en el Louvre, mi abuela nos mostró un cuadro de Claude Lorrain.

—Este es mi cuadro —dijo mi abuela—, eso es lo que quiero que recuerden de mí cuando me muera.

Un crepúsculo en una bahía que nunca existió. Paisaje inventado a la hora en que hasta la verdad más desnuda es mentira. Un barco aplastado por el sol, Ulises que desembarca de vuelta a Ítaca. Los hombres diminutos que no importan nada, el sol, el cielo, los edificios, los árboles, todo pintado en un estado neutral entre la vida y la muerte, fuera del tiempo. Ese o cualquier otro cuadro de Lorrain —precisó mi abuela— podía hablar por ella. Cleopatra desembarcando en Tarso, o Eneas y Dido en Cartago, puertos al atardecer y al amanecer y villas romanas, bosques de árboles solos que gritan sin llegar a pronunciar gemido alguno. Y ruinas que parecen tan naturales como los arbustos, y ciudades que aunque estén llenas de habitantes tienen vocación de desierto.

—Turner se volvió loco con este gallo. Compró todos los cuadros para la National Gallery —nos explicaba, siempre preocupada de no dejar nada fuera de contexto.

Pienso ahora que nada sin embargo se parece menos a mi abuela que esas tardes estáticas donde los seres humanos no tienen cara, donde los héroes y demonios son apenas algo más que miniaturas torpes aplastadas por la armonía inesperada de los claroscuros de las nubes bailando con el sol que se apaga.

Un puerto al que llega un barco, o se va, no se sabe. Una vieja ciudad, un faro, una enorme extensión de agua tranquila en la que se refleja el último instante de tibieza del sol. Eso hubiese deseado ella que fuese su muerte, y su recuerdo: la calma sin ruido en que la batalla la da el cielo sin los hombres, y algunos árboles y algunas velas de barco que tienen la imprudencia de elevarse demasiado alto. Todo en mi abuela quería ser como esos cuadros clásicos, terriblemente perfectos y calmos y definitivos. Quería mi abuela comprar a través de su gusto por esa pintura un misterio que —por suerte— le era negado de nacimiento.

Hotel Majestic

Pero la cultura nos daba hambre y solíamos terminar nuestras visitas al museo devorando en el Drugstore un enorme helado que los dueños del local llamaban «Ras-le-bole» —o sea: «No puedo más»— porque ningún cliente había podido terminarlo. En el Drugstore tomaban también helado Mick Jagger y Woody Allen. Una vez mi abuela le empezó a hablar a Anouk Aimée pensando que era chilena. «La vi en tantas películas que se me hizo familiar», decía. Algo parecido le pasó a finales de los cincuenta, en un viaje relámpago a París, con Albert Camus. «Tú eres chileno. ¿Cómo te llamas tú? Yo te conozco», le lanzó a quemarropa al escritor. Camus se disculpó mientras, apurado, tomaba su taxi. Unas semanas después moriría en un accidente de tráfico, justo a tiempo para que mi abuela recordara que no era chileno, pero que sí lo había conocido en Chile cuando, con motivo de la publicación de El extranjero, fue a dar una modesta charla al Instituto Chileno Francés de Cultura y a descubrir que los volcanes podían ser bellos.

Mi abuela, a quien nadie conocía, no parecía menos célebre que el resto de la concurrencia. Entraba y salía de cualquier lugar con la misma prestancia y descuido, rascándose el trasero o peinándose en público, sin importar a quién tuviera al frente. Mi abuela tenía la teoría de que ningún restaurante era caro si no pedías vino o alcohol. Por lo demás, ella solía pedir solo un plato, generalmente ostras. Confesaba haber sido muy aficionada a la comida cuando era joven, gastando en platos a domicilio, en menos de dos años, las acciones del Club de La Unión que le había legado su suegro. Pero el tiempo había acabado del todo con su curiosidad gastronómica. Tenía cuando la conocí un paradójico gusto, extremadamente adulto, por todo lo crudo, y, en contraste, una afición desatada por los más infantiles helados, pasteles con espirales de crema, chocolates varios y boles rojos de jalea.

Caía la noche muy despacio sobre los Campos Elíseos. Mi hermano y yo caminábamos intimidados entre embajadas y tiendas de alta costura. Era aquella una ciudad totalmente desconocida para nosotros, casi árabes de la frontera sur de la ribera izquierda del Sena. El París de las películas en que Gene Kelly zapatea y se enamora de Leslie Caron, en que todo es amplio, limpio y en inglés. Un París enteramente del siglo XIX y comienzos del XX, sin edificios ruinosos ni

torres de cemento para alojar a inmigrantes. Un París de hoteles y zapaterías gigantescas donde saludaban a mi abuela como a una vieja conocida. Porque ese París para nosotros resueltamente ajeno, imposible, soñado y asfixiante, era para mi abuela su infancia, es decir su exilio. En una entrada de su diario, que pasó a máquina por si pudiera servir de testimonio histórico, herencia para alguien, un libro quizás, se lee:

Domingo 8 de julio de 1979

Hace sol y calor, después del almuerzo fuimos a la plaza Victor Hugo que Rafa mi marido descubrió el otro día, para recorrer ese barrio nuevo para él. Para mí no es nuevo porque entre 1927 y 1929 vivíamos al lado de l'Avenue du Bois e íbamos a misa a Saint Honoré d'Eylan. Cuando llegamos a L'Étoile me separé de Rafa para ir a ver, por primera vez después de tantos años, el Hotel Majestic, donde pasamos el año 1936. Es ahora una oficina del Ministerio de Relaciones Exteriores. En la puerta lateral, en la que tantas veces se leía SALLE DE CONFÉRENCES, empezaron a fluir los recuerdos de personas: el maître d'hotel de entonces, solemne, cariñoso y paternal, y el príncipe Plumet, sobrino del zogú de Albania, a quien llamábamos así porque era alumno de la escuela militar de Saint Cyr y estaba enamorado de Hortensia, la hija del embajador de Uruguay, que era muy linda y tenía un traje de terciopelo granate con un turbante igual a uno que Madame de Staël lleva en uno de sus retratos, y el príncipe Youssopof, cuyo rostro parecía esmaltado con ojos azules como cuentas de vidrios y mejillas muy rosadas, y la princesa Irene, su mujer, tan delicada que parecía irreal, y mi papá ya muy enfermo… Traté de recordar qué hacíamos todo el día. Al atardecer, leer disimuladamente el folletín del Paris Soir, excitante con un toque medio erótico, más dos publicaciones asquerosamente reaccionarias: Candide y Gringoire. Y salir a caminar por los Campos Elíseos pasando delante del bar Carpentier, que ya no debe de existir. Y la huelga en que el infante de España, hijo de don Fernando de Borbón, bajaba las escaleras con sus maletas y una visera para parecer más del pueblo, porque era el tiempo del Frente Popular en Francia y la guerra en España.

Pienso que si tuviese ahora una amiga que viviera en un hotel como el Majestic y me convidara, no digo a tomar té, sino a buscar un paquete, me sentiría impresionada por el lujo, pero en aquel tiempo la adolescente que yo era no quería sino una cosa: no viajar más y volver a Chile. Desde 1927 vivimos dos años en París, tres en Constantinopla,

dos en Lima, dos en Roma, y era llenar y vaciar el corazón, un eterno despedirse de gente a quien no volvería a ver más. Me acuerdo de que, cuando vivía en Lima, desde el esplendor aburrido de la casa de la embajada miraba con envidia a una compañera de curso, Zoila Crosby, que vivía enfrente, en una casita de ladrillos rojos, y que tocaba el piano y cantaba alegre, rodeada de cadetes.

La pieza que falta

Para hablar de su infancia en cuatro o cinco países, mi abuela usaba una y otra vez como ejemplo Tonio Kröger, de Thomas Mann. La novela cuenta la historia de un niño alemán de pelo negro y madre italiana que admira de lejos la tranquilidad y perfección rubia de su compañero Hans Hansen. De Hans y después de Ingeborg Holm, la niña cuya sonriente presencia no desentona en nada con el puerto báltico en el que Tonio Kröger sufre por ser poeta, meridional y solitario. Hasta que finalmente Tonio, ya atormentado y adulto, vuelve desde el sur al norte y en un balneario danés de pronto cree ver cómo bailan las sombras de Hans e Ingeborg. Intenta unirse al baile, se queda fuera y descubre, desprendiéndose de pronto de todo rastro de ironía y resentimiento, que ese es justamente su lugar —cerca del baile, pero fatalmente fuera— y que no vale la pena rebelarse contra él: «Estoy entre dos mundos; ninguno de ellos es mi hogar, y por eso todo me resulta un poco difícil. Vosotros, los artistas, me llamáis burgués, y los burgueses sienten la tentación de hacerme apresar... No sé qué es lo que me ofende más. Los burgueses son tontos; pero vosotros, adoradores de la belleza, que me tildáis de flemático e incapaz de nostalgia, debéis tener en cuenta que existe una manera de ser artista tan profunda, tan congénita y fatal, que ninguna nostalgia le podría parecer más dulce y valiosa que la de los placeres de la normalidad».

La de mi abuela fue, también, una lucha por los placeres de la normalidad, conseguidos en medio de la repugnancia instintiva que sentía por todo lo demasiado común.

Pero Tonio Kröger era moreno y escribía poemas, y tenía por lo tanto razones para sentirse excluido del baile. Mi abuela en cambio era rubia y nunca quiso ser artista. Todo la llamaba a pertenecer —no solo por su color de cabello, sino por familia y destino— al mundo de los rubios. Todo, hasta esa mañana del 25 de febrero de 1927 en que la policía entró en la casa para llevarse a su padre. Todo, hasta que el coronel Ibáñez se hace con el poder en la sombra y sume al poder entero en una sombra en la que el papá de mi abuela, hasta entonces tan ágil, tan hábil, no sabe ya maniobrar. Todo, hasta que el intocable ministro del Interior emprende un viaje con otros parlamentarios, anarquistas, comunistas y un solo conservador, Rafael Luis Gumucio, mi otro bisabuelo. Todo, hasta que quienes acompañan al ministro del

Interior ven que, en lugar de hacerlo, como otras veces, en el tren presidencial, o en un barco con carruseles y salones de baile, tienen que viajar en un tren de carga, apurados, sin saber dónde van a terminar. Todo, hasta que en el departamento que mi bisabuela se ve forzada a elegir, también apurada y ahorrativa, no hay pieza para usted, abuela, condenada a un internado de monjas donde no le creen que tenga la edad que tiene. Y el sombrero al que su mamá le corta las alas para convertirlo en una humillante campana, y el francés que hablan mal, y su papá encerrado en el escritorio descifrando con otros exiliados las noticias de Chile.

No hay pieza para las dos niñitas. No hay pieza: esa será la pesadilla más recurrente de mi abuela: su llegada a una casa nueva que limpia y que pinta, que acomoda, que decora por entero, pero donde descubre de pronto que no hay una habitación para ella. Tuvo todo para ser rubia, menos esa pieza que faltó en el departamento de su padre; todo menos ese internado donde la ponen tres cursos por debajo de lo que le correspondería; todo menos ese invierno en el que todo lo que pensaba que era verdad empezó a ser mentira. Y la Cours de Banloup.

—Una mierda de colegio al que yo me empeñé en ir por culpa de una publicidad engañosa con un caballo saltando una zanja —decía mi abuela.

—Esa escena sale igual en El cazador oculto, abuelita —le decía yo cuando ya había aprendido a contestarle. Se trataba de uno de los libros que me prestó a los dieciocho años Alberto Fuguet, con quien coincidí en un taller literario. A Fuguet le dio por obsesionarse con ese libro y escribir su versión chilena (Mala onda), una novela que odié quizás porque me tocaba demasiado cerca—. ¿No habría sacado de ahí su cuento, abuela?

—No. Me pasó a mí. No seas intrigante tú. Te pareces a mi cargante mamá, ahora que lo pienso. De cara son iguales ustedes dos, puro Edwards. Cuento corto: no había equitación, ni caballos ni deporte en la Cours de Banloup, No había ni comida. Solo trataban bien a las nobles, a las otras nos hacían dormir sin caldera en un galpón horrible. A mí que no me vengan a contar cómo son los campos de concentración. Yo sé lo que es estar presa. El colegio se cerró porque yo jodí lo suficiente, yo hice que lo cerraran. Uno no consigue nada en la vida sin cargosear.

Ese era el París que nos unía a mi abuela y a mí, no la armonía de la ciudad cerrada sobre sí misma, no los museos ni los crepúsculos de Claude Lorrain, sino el insulto de los rubios, la casa en la que no

cabíamos, la justicia que no nos alcanzaba a tocar, y ese invierno de los descontentos en que nos hicieron sentir lo pequeños, lo raros, lo extraños que éramos. Ese indefenso primer día del mundo en el que aprendimos que lo único inmutable, lo único fijo es el miedo.

No sacaba nada yo con contarle a mi abuela de mis sufrimientos escolares, nunca habría conseguido ni comprensión ni compasión. Recibía de ella algo mejor y más raro: el orgullo de ser morenos, la temeraria audacia de proclamarlo, la profecía de que el mundo sería nuestro al final. Así, más allá de la sangre o la literatura, me unió a mi abuela el haber sido niños en París a la fuerza. Doblemente exiliados, doblemente extraños, por ser niños y por serlo fuera del país donde se supone que debíamos serlo. Su exilio en grandes hoteles, y con crepúsculos en Constantinopla, convertía el mío en una tradición, en un honor, en una película en lujosos colores viscontianos. Daba lo mismo que la hubiese exiliado la primera vez una dictadura de centro izquierda, daba lo mismo que su padre hubiera perdido su puesto y su país por representar el orden antiguo contra el que peleó después, hasta exiliarse de nuevo. Todo conspiró para hacerla partícipe de la misma guerra contra los rubios, de la misma rebelión de los morenos. Éramos niños juntos, perdidos en nuestros respectivos patios escolares, mirándonos a cincuenta años de distancia, atravesando de una sola mirada esos cincuenta años hasta conjurar para siempre nuestra respectiva soledad.

Cambio de mando

Nunca visitaba a mi abuela en días que no fueran sábado. Caminar hacia su casa un jueves resultaba para mí de lo más excitante. Pero esta vez mi padre, de vuelta de Mozambique, me esperaba ahí, en la casa de mi abuela. Me acordaba apenas de su cara, disuelta en las quinientas postales completamente idénticas que nos fue mandando desde allí, a razón de una al día. No recordaba su cara ni su voz pero lo quería, lo necesitaba —o más bien quería necesitarlo— más que nunca. Subí así las escaleras del departamento de la Rue Pavé agitado, sintiendo que violaba de alguna forma un secreto. Esperé unos minutos delante de la puerta de metal verde. El umbral bajo, la escalera torcida, el corredor uterino, asimétrico, anterior al tiempo. Esperé unos segundos antes de golpear la puerta. Mi abuela había aparecido en mi vida para reemplazar a mi padre. Pero su papel terminaba esa tarde. Se suponía que había de devolverme a mi real tutor, y que con ese gesto concluía toda una etapa de mi vida.

Entré lentamente en el departamento, sintiendo que al mismo tiempo lo hacía del todo en mi apellido, en mi herencia. Me recibió mi padre vestido con un traje de lino blanco que mi abuela le acababa de comprar. Me senté a la mesa, tan callado como mi padre, contemplando con él el incesante movimiento de mi abuela en segundo plano, nerviosa, impaciente, exigente.

«Ya pues, Rafaeli, no te manches el traje nuevo». «Ya pues, no te sientes ahí». «Ya pues, deja ese pucho en el cenicero».

Y mi padre que, sin una queja de vuelta, sin aparente resistencia, finge por un segundo que obedece, aunque finalmente no obedece a nada de lo que mi abuela le pide, le exige, le ruega. Mi abuela, que limpia las manchas que mi padre deja a su paso; mi abuela, que desarruga el traje de mi padre; mi abuela, que lo sigue por el departamento, que nunca ha sido tan frágil como hoy, que nunca ha crujido como cruje hoy.

Hasta que de pronto comprendí que asistía a una escena que me estaba vedada. Algo anterior a mí, algo de lo que era de alguna forma resultado, pero que no tenía derecho a tocar, a conocer, a saber. La infancia de mi padre, la batalla de mi abuela, su amor y también su tiranía. Su valentía pero también su temor.

Mi padre, con una sonrisa suave, con una gracia única, parecía decir a mi abuela por todos sus poros que no la había escogido, que de poder escoger no la habría elegido a ella por madre. Yo en cambio sí había elegido a mi abuela. Con fe militante había tomado su partido. Era su hijo por elección, era así el hermano de mi padre y su enemigo.

Como dos sombras de una misma identidad —no en vano llevábamos el mismo nombre—, como dos siameses que no saben aún qué órgano los une, nos sentamos alrededor de la minúscula mesa a devorar el pan tostado y las láminas de salmón ahumado.

El cambio de mando quedó para siempre pospuesto. Mi padre volvió a arrastrarnos, a mí y a mi hermano, al cine, hasta lograr el extraño récord de ver toda la cartelera parisina en menos de dos semanas; pero igualmente seguí visitando los sábados a mi abuela. Mi padre volvió a irse, esta vez a Chile, y quedamos mi abuela y yo nuevamente frente a frente, ya sin el temor de un reemplazo y convencidos de que era nuestro destino unir fuerzas y crear entre los dos un nuevo ser, que es el que se despide del mundo en esta carta que se alarga y confunde, que se deforma y caricaturiza a sí misma, como un Teatro Marcelo cualquiera. El Teatro Marcelo: ese palacio romano en el que su papá arrendó unas piezas en 1934. Un edificio renacentista construido sobre las ruinas de un circo romano, una mezcla de épocas y estilos, la Roma antigua que lleva como una caparazón a la Roma que la siguió, la que intentó imitarla: una metáfora de nuestra relación, los dos —mi abuela y yo— construidos con las mismas piedras, dos edificios que no se parecen, que se contradicen incluso, pero se necesitan mutuamente.

Yo me llamaba como mi padre, como mi abuelo, como mi bisabuelo y mi tatarabuelo, pero era mi abuela, que no llevaba ese nombre y desafiaba cualquier herencia o leyenda en torno a los Gumucio, la verdadera dueña de mi nombre. Era ella y solo ella la que sabía qué significaba. Era ella el verdadero puente con un Chile para el que —ahora lo sé— nunca dejé de prepararme.

El pacto en esa cabina de transatlántico quedó definitivamente sellado. Mi abuela sería para mí la dueña del mito, y yo el único oficiante de su religión. Teníamos, para cualquier momento de duda, una edad de oro, fuera del tiempo, enclavada entre las nubes, en París; una edad de oro a la que recurrir. Sobre la ruina construiríamos un palacio, y sobre el palacio, otra ruina. Teatro y casa: solo un jardín de piedra y polvo que se esconde en el centro del gueto.

La guerra de Troya

—Yo venía de la universidad, con un sacrificio increíble, y ni me miraban las mierdas. Se encerraban en su pieza y me dejaban sola con la señora Isabel —se quejaba mi abuela para que no le reprocháramos ni por un instante su ausencia.

La dejábamos así esperando en la puerta de entrada de nuestra fortaleza cuando, cada dos meses, lograba juntar el valor y nos iba a visitar al departamento del Boulevard Saint Marcel. Se quedaba así en el living sin atreverse a aceptar las bebidas que le ofrecían, mientras mi madre no paraba de caminar y moverse para hacer gala de su felicidad nueva. Mi abuela tenía que morderse la lengua para no intentar convencer a mi madre de que dejara de comportarse como una mártir del amor verdadero.

De alguna forma nuestro desprecio infantil, mío y de mi hermano Ignacio, era nuestra contribución de guerra. Como era una batalla, su batalla, lograr conquistarnos, llevarnos a su territorio para restituir el orden que había antes de que los dioses se entrometieran en los asuntos de los hombres.

Nuestra amistad parisina, más que un reencuentro, fue una revancha, una venganza —sé ahora que escribo esto— para de alguna forma recuperar la distancia y cobrarle los años perdidos, la infancia callada, la inocencia a la que no tuvimos derecho.

Fui a su casa, acepté su invitación cuando ya había absorbido todo lo que necesitaba absorber de mi madre. Mi nombre y mi apellido, el mismo nombre y el mismo apellido de mi padre, eran la señal indesmentible de que había habido algo anterior al quiebre, algo más razonable que el amor sinfónico de mi madre, que su miedo a todo, que a veces se volvía, sin aviso, hambre de todo. Era eso, la vida de la guerra, lo que me invitaba a buscar en el departamento de mi abuela, ahí justo encima del Olimpo donde los dioses apostaban con mi vida. Aliado a ella, yo sentía que podía encarar a mi madre y sus buenos sentimientos y su absorbente presencia, que incluso alcanzaba para obligarnos a bailar a escondidas con ella mientras no volvía mi padrastro. Contra mi madre yo elegía cien veces a mi abuela, que encontraba que los besos en los labios en público eran más indecentes que los coitos de las películas porno, y que detestaba a los niños pero

más aún a las madres que incesantemente hablan de sus hijos con orgullo.

Mi abuela y yo nos descubrimos, pues, tardíamente, hijos ambos del mismo quiebre —el de mis padres, pero también el del mundo que los había casado y unido en ese ya lejano, en ese ya improbable año de 1967—, responsables ambos de reconstruir el lazo y de vengarnos de los destructores. Los dos protegiéndonos de los enemigos, hablando en código; los dos trabajando en secreto para recuperar lo que a la fuerza nos habían quitado al unísono los militares y los enamorados: a mí, ser el nieto de mi abuela; a mi abuela, el derecho de ser mi abuela.

Mi abuela, que había vivido un exilio antes, sabía que el verdadero sentido de esa condena no era separarte de tu territorio sino disgregar tu tribu, acabar con esa fuerza ante todo política: la familia, la pareja, los hijos, la herencia improbable. En el exilio del año 1927 mi abuela perdió su pieza y cualquier rastro de amor por su madre. Mi abuelo perdió a su madre. Los dos quedaron separados para siempre del Club de La Unión, es decir de su clase social. Su exilio había de durar tres años pero se prolongó por décadas. Temía mi abuela que nos sucediera lo mismo a sus nietos; que, más allá de los años en París, quedáramos para siempre apartados de toda referencia, sin casa en el mundo, sin otro país que una especie de rabia mezclada con un cariño infinito. Antes de que las olas subieran de nuevo, antes de que algún coronel o general resentido volviera a exiliarnos, le importaba a mi abuela convertir la grieta en un abrazo y a esta familia esparcida e incómoda en el único país posible.

La tribu —que era lo que mi abuela defendía: la idea de que el matrimonio no es sentimental sino tribal— ha vuelto a unirse en torno a su lecho de moribunda. Es importante consignar, antes de pasar a otra cosa, que logramos plenamente nuestro cometido. Mi padre, mi madre y mi padrastro han terminado reunidos en el mismo edificio blanco de la calle Napoleón, en Las Condes, en Santiago. Mi madre vive solo dos pisos más arriba que mi padre y mi madrastra. Entre ellos, solo media el departamento donde mi abuela terminó por morir.

La conocí tarde, aunque en sentido estricto la conocí antes mismo de nacer, pues el embarazo de mi madre transcurrió en su departamento de las Torres de Tajamar, en Santiago. Ese embarazo fue la primera causa de distanciamiento entre mi abuela y mi madre, hasta entonces íntimas amigas. Incapaz mi abuela de solidarizarse con los dolores y aprensiones de mi madre, ni menos de entender el horror con que, hija de una mujer que se desangró pariendo, se preparaba para el parto, se empezó a sentir asfixiada por su adorada nuera.

Aceptó sin embargo mi abuela ser mi madrina. Olvidó cada vez que podía ese papel asignado a la rápida, en un bautismo en el que, para la consternación de todos, cuando su cuñado cura le dijo «desnúdelo», en vez de simplemente abrir un hueco en mi ropa para que entrara una gota de agua bendita, como se hacía tradicionalmente, procedió a desnudarme por entero.

Por años seguí siendo para mi abuela, ante todo, una molestia. Un niño que no la miraba y que lloraba desesperadamente cuando no estaba en brazos de su madre.

—Ya pues, suelta a ese niño, Isabel —rogaba mi abuela para que la oyera contar las elecciones del consejo académico, las últimas roterías de la Paulina (el seudónimo bajo el que escondía a un viejo novio clandestino), la vida privada de Madame de Staël, que era la hija de Necker, el ministro de Luis XVI, el planchón ese que se casó con la desatinada de María Antonieta, a la que le dio por disfrazarse de pastora de oveja con unos amantes que tenía—. Ya pues, ¿me estás escuchando?, no seas majadera, deja a ese niño en la cuna.

»Esta niña está loca con esa guagua —comentaba a quien quisiera escucharla—, no atiende a nadie más, perdió los estribos. Esto no es bueno para Rafaelito. No hay marido que aguante tanta maternidad. Algo malo va a pasar ahí. Algo.

El golpe de Estado cumplió la predicción de mi abuela con una contundencia que ella nunca hubiese imaginado. En solo un año, de septiembre de 1973 a septiembre de 1974, viví en una embajada, dos hogares de curas obreros y un departamento oscuro de la Rue du Jura. Mi papá se perdió entre todas esas mudanzas. Ocupó su lugar su alumno favorito, un joven pecoso que jugaba a ser mi mejor amigo en Viña del Mar, donde vivíamos antes. Mi papá, para no ser menos, nos presentó a una rubia más joven todavía a la que habían repudiado sus padres por besar al cura del pueblo, allá cerca de Saint Malo, en Bretaña.

—Haz todo lo que quieras, mijita —trató mi abuela de razonar con mi testarudamente enamorada madre—, yo te entiendo, a mí también me encanta el chico Young, es lo más encantador que hay, a mí me enseñó a robar mazapanes en el supermercado. Nadie dice que seas fiel, pero ¿para qué te vas a separar? Date un gusto, una canita al aire, y vuelve a la casa después, satisfecha.

No sacó nada. Los intentos de mediación del partido en que todos militaban, los acuerdos caballerosos para renunciar los dos al mismo

tiempo tampoco lograron calmar la sensación de urgencia con que mi mamá hizo de una sola vez todas las locuras que había prometido no hacer. Mientras todo lo que creía, mientras todo lo que quería se derrumbaba, mi abuela tuvo que contemplar cómo las personas más inteligentes que ella conocía «no dejaban huevada sin hacer».

Mi madre pasó de ser la encantadora «señora Isabel» a ser la incomprensible Elena de Troya.

—¿Tú sabes? La guerra de Troya fue toda por culpa de una minoca mal casada. La raptó Paris, el hijo de Príamo, el rey de Troya. La culpa la tuvo Afrodita, que se la regaló a Paris antes. Los dioses hacían puras huevadas de puro lateados en el monte Olimpo, que es como un conventillo de dioses donde se pasan peleando, peleando y haciendo roterías. Afrodita se calentó con Paris y le regaló a la pobre Elena, a la que no le quedó otra que obedecer.

Y deseosa de no desperdiciar ni una sola oportunidad pedagógica, dividía mi abuela una hoja cualquiera de cuaderno poniendo a los aqueos a un lado y a los troyanos al otro, para contarme entera la guerra de Troya. La guerra de treinta años, la muerte de Patroclo, que era medio novio de Aquiles. Todos eran novios de todos entre los griegos, eran lo más maricón que hay. Y Héctor arrastrado por el carro de Aquiles. Y el talón de este, por donde entra la lanza que lo mata. Y el caballo de madera con que Ulises engañó a los troyanos…

¿De qué lado podía estar yo en la guerra de Troya? Hijo de la bella Elena, regalada por los dioses al joven de bicicleta que recogía para nosotros mazorcas de maíz todo el verano, no podía darme el lujo de ser leal a mi papá, que pronto desapareció buscando un puesto en Venezuela y Colombia. Atrincherado con mi hermano en la pieza en la que nos dedicábamos a destripar los juguetes, sentíamos hacia mi abuela y su mundo, mi primo, mi tía, mi propio padre, una inconfesable desconfianza. O quizás nos asustaba la lealtad profunda que nos hubiese obligado a rebelarnos contra los raptores, romper los puentes que me unían a mi casa, dejar que entrara el caballo de Troya más allá de la muralla de la ciudad para terminar de una vez con la ciudad.

El clima de Chile

Una mañana cualquiera de 1982 mi abuela se puso a llorar en el metro. Pinochet había empezado a publicar listas de exiliados que podían regresar a Chile. Testarudamente, mi abuelo no aparecía en ninguna.

—No me importa lo que hagan estos milicos de mierda. Es que el clima es muy bueno en Chile —decía pidiendo disculpas por su ataque de emoción patriótica.

En sentido estricto, ella no estaba exiliada —«con esta cara de buena que tengo no me puede exiliar nada ni nadie», decía—, pero no se le hubiese ocurrido siquiera la idea de pisar suelo nacional mientras su marido no pudiera hacerlo. Por el clima, seguía explicándonos, solo por el clima le daba pena no estar en Chile. Seis meses de invierno con luz, con sol, y seis meses de verano delicioso sin demasiado calor, perfectamente cómodo. No sabía yo aún de las peligrosas paradojas del clima santiaguino, de sus terroríficas gripes mapuches, de sus casas apenas calefaccionadas por estufas a parafina, pero podía ya adivinar que el clima tenía muy poco que ver con las lágrimas de mi abuela.

Anotación del 22 de junio de 1979 en el diario de vida de mi abuela:

Es domingo, día por excelencia triste y aburrido. A las cinco y media me despegué de la televisión y fui a caminar. Después de varios chubascos, el sol estaba precioso y los jardines lavados. Llegué a Notre Dame, atravesé el jardín que la rodea, salí de la catedral; no había ningún servicio, solo una música de órgano bonita, y me puse a imaginar mi vuelta a Chile. ¿Qué casa? ¿Cómo arreglarla? Eso siempre me entretiene. Bien instalada ya, en un departamento frente al cerro Santa Lucía, o en la casita de Los Guindos, empecé a considerar qué haría con mi tiempo, y pensaba en ocupaciones adecuadas para una señora mayor: la censura cinematográfica, o cursos en casas e instituciones culturales en las diversas comunas, pero luego comprendí que todo eso me estaba vedado, que como disidente no tendría derecho a ninguna actividad. Ni hablar de dar clases en colegios o en la universidad. Me di cuenta de que tendría que dedicarme a leer mucho, con algunas amigas, y sin ni siquiera un jardín pasable que

cuidar, con una casa minúscula; la de aquí también lo es, pero está París fuera, para recorrerlo a pie incansablemente; en cambio, allá, ¿adónde ir? Aquí soy una entre muchos extranjeros, allá seré una paria, extraña en mi propia patria. Aquí me queda la esperanza de decir «cuando esté en Chile...»; aquí están cerca Londres y Roma y Madrid, mientras que allá, en mis circunstancias económicas actuales, todo quedará lejos e inalcanzable [...] Hay otro problema, además. Cuando llegué aquí yo tenía 57 años, ahora tengo 64, soy ya un poco vieja. A los 64 años, con suerte, quedan más o menos diez años de vida; se es objetivamente vieja, aunque uno se sienta igual que antes. Nos fuimos de Chile en plena actividad, volveríamos en la edad de la retraite. La vejez también es un exilio.

Usted sabía, usted no se engañaba sobre el clima de Chile. Era libre en París, se sentía cómoda, trabajaba en La Sorbona, tenía amigos, plata para el bolsillo. Su vida en Chile, en cambio, nunca había sido fácil. Educada entre Constantinopla, París y Roma —lugares que producían la exacta cuota de resentimiento e incomprensión en las otras «debutantes», como se le llamaba entonces a las mujeres jóvenes cuando eran presentadas en «sociedad»—, era demasiado culta para no asustar a los señores, demasiado franca para no molestar a los adultos cuando volvió a vivir a Chile en 1936. Con un apellido que suena pero que ya no ostenta poder, siempre rara, pasto de la maledicencia, incomprendida e incómoda, vivió de alguna forma contra el clima de Chile, sus casas mal puestas, sus fundos cochambrosos, su religión animista, su cultura escolástica. Contra ese peso de la noche que Ibáñez del Campo le enseñó que nunca sería de su gusto, cosa que Pinochet solo vino a confirmar, chilenísimos los dos con ese bigote que esconde perfectamente lo que piensan, mientras usted nunca pudo dejar de decirlo todo siempre. Su vida en Chile consistió en protegerse, en desafiar al país que la recibió tan mal de vuelta.

¿Por qué lloraba entonces en el metro? ¿Qué era Chile para mi abuela? ¿Su infancia? Apenas unos vagos recuerdos entre viajes de ida y vuelta de Suiza a Santiago, de tribunales internacionales a comités mundiales. Y los faroles en la Alameda, una tarde de invierno en que nevó, y los policías de azul, y los serenos, y los carros amarillos, y sus seis hermanos de la mano para no perderse en la vereda. Y usted sola, ahora, escribiendo en un pequeño pupitre de laurel que aún conserva su hijo Juan en su casa. Podridos los goznes, sucio el paño, habría que reconstruirlo entero. En la gaveta, viejas tijeras, etiquetas, cintas de regalo, recortes sin importancia. El tip top en uno de los cajones, en

otro su carné de biblioteca de una universidad de Chile, su carné de conducir francés, para el que le sacaron fotos con unos anteojos horribles y un jersey a rayas que la hacía parecer la jefa de una banda de narcotaxistas.

El mismo pupitre que usó a los seis años. Usted, que lee como leen los grandes, sin sexo, sin cuerpo, sin tiempo, sin hermanas, libros con dibujos y soldados valientes en Marne y Verdún, y luego, tan luego, libros en francés prohibidos por el índice canónico. Su cuerpo unido al cuerpo del pupitre, habitando el tiempo como el pupitre habita el espacio, respirando el pupitre con sus propios pulmones. Y el ruido del carro que los lleva a todos de vuelta. La risa, las peleas, los gritos de sus hermanas. La puerta que fuerzan, las legumbres, los animales muertos que entregan a las sirvientas que suben del tercer patio hasta el portón de la entrada. «Marta, Marta», la voz de los gemelos que la sorprende en plena entrega. Todos de vuelta del campo de repente. El desorden de su pelo y de su ropa, que ellos van a notar. Un sonrojo que no entiende, un arrebato en el pecho que la lleva a esconder rápido las pruebas de su delito, el libro debajo de la tapa del pupitre, y a poner cara de buena.

¿No tenía en Roma, en Estambul, en Lima, en París —donde vivíamos— recuerdos más vívidos, una infancia más a mano? ¿No había vivido antes mismo de ese exilio del 27, viajando de ida y vuelta a Ginebra, donde su papá oficiaba de representante chileno ante la Liga de las Naciones? Pero estaba también ese mismo papá obsesionado en el Hotel Majestic por recibir cualquier noticia de Chile, cualquier agente, amigo, enemigo, cualquier posibilidad de volver, tal vez no en gloria y majestad, pero sin humillarse demasiado. Siempre enfermo su papá, obsesionado con que sus hijas no se enamoraran de franceses, italianos, turcos o peruanos, porque la vida de verdad era en Chile, porque en Chile, para bien o para mal, tenía que suceder todo.

Su padre que lo dejó todo, honores, medallas, trabajo y amigos, para ir a morir a Chile en el primer invierno tras su regreso, el 4 de agosto de 1937. Y a usted no le importaba vivir en Chile: le importaba, le preocupaba —como a su padre, como a su suegro, como a su marido— morir en Chile. Ser enterrada, llorada, querida, olvidada allá, donde las cosas de verdad ocurren.

Morir en Chile. A mediados de los años cincuenta, una adivina le predijo a mi abuela que no lo lograría.

—Fui por culpa de la Marta Scroggi, que era lo más supersticiosa que hay. Tú sabes cómo son los Alessandri, expertos en hacer bailar las mesas y hablar con los espíritus. Yo en esa época estaba llena de dudas por mi corazón atribulado y consultaba a todas las adivinas que hay en Santiago.

Esa adivina en particular le habló de sus tres hijos: el mayor, con tantos problemas, saldría adelante; la niña, que es difícil, y el menor que va a ser su descanso. Y luego, le dijo, va a volver a vivir en el extranjero, muchos años, muchos muchos años, hasta morir allá.

La predicción le pareció en un principio a mi abuela un poco fantasiosa. No tenían ni la más lejana posibilidad o idea de irse de Chile, ni de viaje siquiera. Hasta que diez años después Neruda se enfermó y mi abuelo fue nombrado embajador en París en su reemplazo. Hasta que de pronto —poco después de presentar las cartas credenciales— los militares volvieron a la casa y el viaje pasó a ser nuevamente forzado y sin fecha ni plazo de vuelta.

Era quizás el terror a ver cumplida la profecía de la adivina, y no la nostalgia por el clima chileno, lo que hizo llorar a mi abuela en ese vagón de metro el año 1982. Una muerte suya y solo suya, sin dioses, sin lluvia, sin juramento, en su territorio y en su ley: eso era lo que sus lágrimas en el metro pedían. Una muerte para ella, solo para ella. Reclamaba el derecho a morir en su país, ya que tantas veces no había tenido el derecho a vivir en él.

Del diario del exilio

Extractos del diario de vida que llevó mi abuela durante los años en que estuvo exiliada en París.

Del 23 de junio de 1974:

Despierto todas las mañanas en mi studio y Rafa ha partido a tomar desayuno al café más próximo, de donde volverá con un croissant para mí. Yo me despierto y de a poco, con un desatornillador, voy apretando las tuercas de mi cansada humanidad. Con mucho scotch pego los pedacitos de mi alma y disipo los fantasmas nocturnos respirando hondo. Poco a poco, hago mi ménage y me baño y me pinto y salgo por fin a comprar miles de cosas bien envasadas, pero que en último término no son muy superiores a sus equivalentes chilenas. Y a las once AM estoy bastante feliz porque he constatado que París es precioso, y que la gente es cariñosa bajo sus rudas apariencias. Lo más positivo: mis alumnos; fueron 48 en el segundo semestre y me tratan como si yo fuera una exquisita flor exótica a la que hay que proteger y se instalan en mi casa a conversar y a preguntar incesantemente por América Latina y Chile. Son como esos niños que no se cansan de oír el cuento de Pulgarcito y de Caperucita y quieren saber de nuevo cómo se portó el ogro y qué errores cometió Pulgarcito; no dudaban de que, como en los cuentos de hadas, todo terminaría mal. García Márquez, que es mi amigo, me dice siempre a propósito de la Manuela, a quien adora: «Me gusta la gente joven, porque me hace creer que vendrán tiempos mejores, que hay porvenir».

Del 29 de agosto de 1977:

¿Se preocupará seriamente Estados Unidos de liberarnos de Pinochet? ¿O tendremos que esperar que se muera de muerte natural con la gratitud de todo el momiaje, a quien le han cuidado la plata en forma tan demasiado cara para el resto de la población? Ser momio, creo yo, es ser profundamente egoísta y es estar convencido de que es justo que los demás sufran y se mueran de hambre y de necesidad con tal de que ellos tengan sus cagonas ventajas, porque, a decir verdad, los ricos chilenos son pobrísimos, austeros y rotos, y viven pésimo.

Del 28 de marzo de 1978:

Noticias de Chile, una amiga se separa del marido. Le escribo diciéndole que no se lo tome demasiado a pecho, porque hay una sola persona por la cual uno vive y ha vivido toda su vida, que es la mejor amiga y quien más la conoce, y esa es ella misma. En realidad, la vida del ser humano limita al norte con su cabeza, al sur con sus pies, etcétera. Lo demás son países vecinos.

Del 2 de junio de 1979:

Anoche pasaron muchas cosas: se quedó a alojar Marco Antonio, mi nieto de seis años. Llamé a los bomberos, porque al tratar de arreglar los botones salió una llama y olor a quemado. Para Marco Antonio fue una fiesta la venida de estos hombres enormes de casco plateado y guantes de cuero, sumamente amables. En la noche llega Rafa de Ginebra…

A veces pienso que la verdadera maldición que cayó sobre Adán y Eva por el affaire del árbol de la ciencia del bien y el mal fue así: «Serás incapaz de gozar del presente y de vivir en el presente en atención a un futuro incierto e impredecible». Claro que si bien se piensa resulta evidente que el acto de comer la manzana ya partió del principio de desperdiciar el presente por el porvenir.

Del 21 de septiembre de 1980:

Son las 5 de la mañana, soñé que estaba en Chile y que vivía con mi mamá en un departamento grande y en la mañana me daba cuenta de que mis empleadas habían alojado a unos parientes y de repente veía que sobraba un dormitorio. Llamaba a mi hijo Rafael para decirle que podía alojarse en mi casa y me decía que había pasado la noche llorando. Trataba de llamar a la Charin y no me acordaba bien de su número, y a Mariluz y no podía. Desperté angustiada.

La época del polaroid

«La vejez también es un exilio», dejó escrito en su diario de vida mi abuela, que tuvo que esperar a cumplir setenta años para que la dejaran volver a Chile, en marzo de 1983. Viajó con mi abuelo y un dirigente del partido, Pedro Felipe Ramírez, que tenía prohibida la entrada al país pero que mis abuelos pensaban empujar con ellos frontera adentro. En Santiago hubo ruido, entrevistas, abrazos varios durante semanas, almuerzos y comidas de bienvenida. Mi abuela desarrolló en medio de la contienda la afición por sacar fotos polaroids a los presentes.

—Fíjate que este tipo, que es tan buen mozo, se ve pésimo en la foto, y este otro, que es horrible, se ve interesantón.

Para ella, la luz cruenta del flash hacía el test de la psicología de cada persona. Cada foto que sacaba en plena fiesta era motivo de risas y comentarios durante los cuales mi abuelo, el homenajeado, siempre deseoso de escapar para estar solo, aprovechaba para irse, dejando a su esposa confundida y preguntándol a los anfitriones si sabían adónde se había ido.

—Ese viejo de mierda, siempre se va sin avisar.

La polaroid quizás sea la metáfora más perfecta de la forma que mi abuela tenía de entender a las personas. Sin negativo, las polaroids se develan con relativa rapidez pero con una extraña parsimonia. Ese tiempo era exactamente el de mi abuela, que hablaba a toda marcha y pensaba aún más velozmente, pero que a pesar de la velocidad sabía detenerse, ir graduando los colores, dejando secar la primera impresión hasta que se hiciera nítida. Manchas de ideas, adjetivos a mansalva que luego se separan y unen en una imagen. El flash cruento de su ingenio exageraba a veces los rostros, otras veces hacía ver en las caras facetas desconocidas que no podía imaginar ni el modelo ni el fotógrafo.

Lo que más podía apasionarla era el côté flaco de las gordas, la mirada inteligente de un supuesto tonto; descubrir, aprender, olvidando siempre la composición, la luz, los colores. Científica antes que artista, tenía ambición de una radiografía más que de un cuadro, algo más cercano a la anotación en un diario de vida como el suyo, desnudo de

estilo o de ambición, testimonio apurado antes de que se seque del todo la pose.

Fernán Meza, su amigo, la ayudaba pegando en el álbum las fotos, a las que mi abuela añadía comentarios tan rápidos, tan exactos, tan instantáneos como las fotos mismas, deseosa, igual que quien inventó ese aparato, de captar lo único que consideraba eterno: el instante de la instantánea, la cara que uno pone antes de posar o de esconderse.

Ese era su verdadero arte, su única pasión constante: la amistad. Ese era también «el clima de Chile» por el que lloraba en París, el perfecto manejo de una serie de códigos que le permitían una imagen revelada y definitiva de cualquiera en pocos minutos, sin pasar por ninguna pieza oscura, sin tener que usar líquidos raros ni ácidos peligrosos. Una amistad que siempre tenía un sutil componente sexual. Sus amigos, para serlo realmente, tenían que gustarle un poco. No por nada prefería cien veces a sus amigos hombres que a sus amigas mujeres, a quienes consideraba invariablemente tontas, repetitivas y chinchosas. La verticalidad del amor, su fatal necesidad de jerarquía y poder, le resultaba incómoda. La incomodidad era por lo demás algo de lo que huía como de la peste. Le aburría el protocolo, y nada hay más protocolar que el amor, ese viejo baile en que fingimos hasta la sorpresa.

Mi abuela no buscaba respeto o admiración, solo que la divirtieran, solo divertir —el concepto de diversión era en ella cualquier cosa menos superficial—, hablar, moverse, descubrir, inventar. Mi abuela se volcaba por entero con sus amigos, a los que les contaba todo y de los que escuchaba aún más. Quería saber, entenderlos, quería absolverlos, pero evitaba con cuidado idealizarlos. Deploraba la costumbre de su amigo José Donoso de fascinarse con personas, barrios, sombreros o mujeres.

La fascinación es en definitiva una manera de ahorrarse al otro, de convertirlo en una idea imposible de completar, destinada a la decepción, al engaño o a la melancolía. Mi abuela prefería la complicidad a la subyugación. La profesora que mi abuela terminó por ser amaba aprender de sus amigos, de ahí que soliera preferir a los que ejercían algún arte u oficio del que ella nada sabía. Por ejemplo, Fernán Meza y Hernán Landea (Nanchi y Nancy, en el vocabulario de mi abuela), que sabían de colores y formas. Adolfo Couve, que pintaba. La Delfina Guzmán, que cometía todas las locuras a las que mi abuela sentía que no tenía derecho. Pero también su cuñada, Nena

Barros, que era práctica y liviana y tenía auto, o la Techi, que sabía más chismes que nadie.

Todo en mi abuela, lo profundo y lo más superficial, convivía en un mismo plano. La casa en la playa de la Nana García de la Huerta, pero también su profundo espíritu deportivo. El humor de la Maruja Ruiz Tagle, la lealtad de la Olaya Errázuriz. Conocía mejor que nadie los defectos de sus amigos, los soportaba, los quería, siempre que entre esos defectos no se contaran la solemnidad y la obsesión neurasténica. Acumulaba capas geológicas de amigas, agregando cada cinco años una nueva capa de amigas más jóvenes. Quería saber, escuchar siempre a gente nueva. Unos pocos minutos bastaban, por lo demás, para sellar una complicidad que parecía haber nacido en las cavernas de la prehistoria. Se peleaba por tramos con sectores enteros de sus amigas más viejas. Dejaba caducar sus licencias de amistad y sin el menor empacho las reemplazaba por gente como ella, hambrienta y necesitada, que no sabía mentir; gente que no sabía aún todo, gente que la necesitaba con urgencia, que la descubría de la nada; gente con la que todo podía de pronto parecer nuevo, inesperado y fresco.

Confundía nombres y caras, acariciaba a las mujeres que le gustaban, tomaba del brazo a los hombres que le atraían. Todo en ella eran olas y movimientos. Todos sabían que sus secretos estaban cualquier cosa menos a salvo en manos de mi abuela, una terrorista telefónica que olvidaba a la menor insinuación con quién o de quién estaba hablando, pero nadie podía dejar de alimentar su reserva de historia, de regalarle para su cumpleaños —un cumpleaños que era todos los días— su regalo favorito: un cuento que contar, un chisme que acompañar en su peregrinaje telefónico.

No era mi abuela un banco de historias sino una fábrica de infinitos reciclajes de leyendas. Quizás por eso todos dejaban en ella sus secretos, para presenciar las extrañas metamorfosis de las que eran objeto sus historias. Hacía mi abuela de los secretos ajenos y los propios —mezclados de manera intrincada y misteriosa— un objeto visible y público, encantador, que incluso las víctimas de su indiscreción no podían dejar de admirar. Como ante cualquier otro artista, nadie le hacía reclamos morales, solo esperaban belleza en ese nuevo objeto, en esa inesperada amalgama de historias con que convertía tus chascarros y tus tartamudeos en leyenda.

La abdicación de O’Higgins

Finalmente desembarcamos en Chile también nosotros —mis hermanos, mis padres y yo— a finales de septiembre del año 1984. Bajé del avión a la losa ardiente del aeropuerto y me vi sorprendido y atrapado por la luz sin piedad, sin sutileza, sin espesor de Santiago. Ese era el clima del que me hablaba mi abuela. No la temperatura que ha logrado que varios finlandeses se resfríen en Santiago por primera vez en sus vidas, sino la luz sin escape que es para nosotros, los hijos de esta tierra, el sello mismo de la realidad.

Bajo ese sol, bajo ese cielo rutinariamente celeste, todo es verdad. Y París, y Roma, y Constantinopla, y hasta Lima, son mentira. Aquí somos la tribu, allá en París podíamos ser libres pero solos. Una soledad que a mi abuela le parecía que no valía la pena. En Chile sabían quiénes éramos, y nos tocaba el agradable trabajo de desmentirlos de vez en cuando. Allá, en París, todo lo que logramos definir, imponer y descubrir se borraría, ya se estaba borrando en el momento mismo de las primeras fiestas de bienvenida en Ñuñoa o Providencia, borrando irremisiblemente.

Pero necesitábamos aún, los tres (mi abuela, mi hermano y yo), pensar que todo seguía igual a los dos lados del abismo. Así, tratamos de reproducir en Santiago, por ejemplo, nuestra rutina de ir a un museo por semana. A los dos meses habíamos casi agotado toda la oferta del patrimonio nacional. Hasta que un ínfimo incidente nos hizo sentir que el turismo cultural podía en Chile convertirse en cualquier momento en turismo de aventura.

En el Museo Histórico Nacional nos detuvimos ante un cuadro en el que Bernardo O’Higgins, el libertador de la patria, renunciaba ruidosamente al puesto de Director Supremo porque había oído el rumor sobre el descontento del resto de la asamblea.

—Renunció O’Higgins, no como el otro milico asqueroso —comentó mi abuela a la pasada.

El milico asqueroso no podía ser otro que Pinochet, que en ese año de 1985 dirigía aún con mano férrea el país. Salimos tranquilos del museo hacia la Plaza de Armas. Un hombre de abrigo amarillo nos siguió a través de la plaza. Siguió tras nosotros por la calle Monjitas. Asustada y apurada, mi abuela paró un taxi en la esquina de San Antonio y nos prohibió darnos vuelta y mirar al extraño.

Fue la última vez que viajamos con ella al centro. De alguna manera todo eso —La Moneda, la catedral, la Alameda, el Paseo Ahumada, los ministerios, las casas matrices y las estatuas de los libertadores— había dejado de ser para siempre su territorio. El exilio nunca es completo, es cierto, pero tampoco es nunca completo el regreso. Instalada en su torre, veía el centro, todos sus ministerios, sus casas matrices, el poder, el hígado y las entrañas de la ciudad como algo que ya nunca más podría volver a ser completamente suyo. Era algo que ella como exiliada ya sabía: la condena parecía momentánea pero en el fondo era eterna, para el exiliado hay demasiados lugares a los que no se vuelve nunca.

Pintar la noche

Buscó entonces una ocupación. Eligió la pintura justamente porque estaba segura de no tener el menor talento para ella. Mi abuela nunca pretendía ser otra cosa que una aficionada, pero de un modo profesional, concentrado y sistemático, una eterna debutante a la que le gustaba más aprender que enseñar. O a la que le gustaba enseñar para aprender.

Nada la impresionaba más, en su natural torpeza, que la gente que tenía alguna suerte de talento manual. Se inscribió entonces en un taller de la Casa Larga, escuela de artes alternativas que se había tomado un caserón de adobe en Bellavista. Muy luego mi abuela dejó su caballete y se dedicó a averiguar sobre la vida de los alumnos y de la profesora, Gracia Barrios, «hija del escritor de El niño que enloqueció de amor, medio majadero, Ibañista el asqueroso». Entre un mar y otro de preguntas, anécdotas y declaraciones, esparcían sobre el papel el polvillo del pastel con los dedos.

Tenía un innato sentido del color y un placentero descuido por las formas, cuestiones que le hicieron más fácil la tarea. Dibujaba frutas como las de Cézanne, cerros, arboledas, ventanas, el cielo casi siempre celeste reflejado en los copones de cristal azul. Seguía con los pasteles: los estantes blancos, las enredaderas a lo lejos, las casas abandonadas que esperan ser arrasadas para construir otra torre con jacuzzi y piscina en el techo, y así hasta que de pronto decidía que el cuadro estaba listo y lo sometía a un disparo de laca en aerosol para fijar los colores.

—Son bonitas mis cosas —se disculpaba al mostrarlas—, son agradables, no están mal, pero yo no soy pintora, yo no tengo nada que decir.

¿Por qué hablaba de su falta de talento con alivio y no con horror? Yo admiro a los lectores, abuela, a los espectadores, a los melómanos puros, pero me alegro de haber escapado de esa pureza. Para mí el arte fue siempre una casa, nunca un templo; siempre un ensayo, siempre lo más simple, lo más inevitable. Sin prestigio que salvar, sin otro talento que la idea de que tenía talento, de que debía tenerlo, de que solo eso, como un tumor que une varios síntomas dispersos, explicaba todo. El arte era en cambio algo serio para usted, tan serio

que no le gustaba usar su nombre en vano. No obstante, enmarcó dos de sus dibujos y puso uno a cada lado de su cama. Un paisaje a la izquierda, una naturaleza muerta a la derecha.

—Qué egocéntrica es su pieza —sonreía su hijo Juan—. Dos cuadros pintados por usted y dos retratos suyos a tamaño gigante.

Y con esa descuidada mano de los Gumucio mostraba la enorme foto en blanco y negro que cubría la pared más grande de mi abuela.

—No seas tonto, yo tengo esta foto porque es la única en que salgo bien— le respondía ella.

Se la había sacado un alemán del Este, gay y «brutalmente buenmozo», que se anduvo enamorando platónicamente de ella allá por el año 1971.

El otro retrato, en la pared vecina, pintado al óleo, representaba una figura sin rostro recostada en plena oscuridad, una bufanda bermellón, dos dedos en cada mano. El retrato lo había pintado otro gay, «brutalmente buenmozo», enamorado platónicamente de mi abuela: Adolfo Couve, que a comienzos de los años setenta la sometió a unas interminables sesiones de pose durante las cuales hablaban de todo.

—Tan neurótico el pobre, tiró a la basura como siete cuadros preciosos mientras los estaba haciendo, hasta que le dije que le pagaba por este con tal de que no lo rompiera.

—Parece una minera de Lota —comentaba yo, contagiado ya con el trato irónico con que mi padre y mis tíos la castigaban—. Podría ser cualquiera menos usted.

—Pobrecito, quería ser escritor el pobre Adolfo. Decía que la pintura le salía demasiado fácil. ¿Por qué todo el mundo quiere ser escritor? No entiendo, qué huevada más grande. ¿Has visto algo más latero que escribir?

En la cima de su fiebre pictórica mi abuela organizó una competencia de dibujo entre sus nietos. Teníamos que pintar lo imposible, la noche en el ventanal del living. Marco se cansó muy pronto y prefirió ir a ver televisión. Sebastián, con precisión, dio cuenta de los detalles más ínfimos del edificio de enfrente. Yo, temeroso de lo mal que me estaban saliendo los edificios y lo difícil que era encontrar el color de la luz de los faroles, agregué ángeles en el cielo y un minotauro al

fondo de la calle. Era siempre lo que me salvaba a la hora de las tareas: ser el niño imaginativo al que no se puede calificar con la misma escala de nota que a los demás.

Muy luego di por terminada mi obra maestra. Mi abuela también se sintió derrotada, incapaz de describir la falta de color y de luz que nos rodeaba, y las montañas que no se ven pero están, la sequedad abierta del aire del valle y las poblaciones que suben por los faldeos de los cerros en infinitas luces pequeñas y temblorosas que esperan que un gigante las apague con pistones.

Solo quedaba mi hermano Ignacio. Misteriosamente, él parecía ver en la noche todo lo que nosotros no veíamos. Notaba en la oscuridad todo lo que no era oscuro, las distintas fases de la noche superpuestas en el aire, y el humo y las ventanas encendidas, y las ventanas apagadas, y el invierno que habita al fondo mismo del verano, y esa mujer del todo invisible, mirando sin verse en el espejo, y los faros de un auto buscando una niña perdida en la vereda. Pasadizos, contrastes, tonos y matices entre los edificios, cisternas de agua, perros que le ladran al canal San Carlos, parpadeo de semáforos a un ritmo confluyente y secreto que él lograba, no supimos cómo, reproducir en el dibujo, que sin moverse se movía, que sin mostrar cómo seguía el pulso del tiempo.

—Ese niño es artista —decretó mi abuela, declarando a mi hermano indiscutible ganador—. Fíjate, no usó el lápiz negro ni una sola vez —siguió, explicitando la razón de su inapelable fallo.

Entusiasta, feliz de haber descubierto una utilidad a mi silencioso hermano, habló de Boris Grigoriev, un pintor ruso que emigró a Chile en los años cuarenta y volvió locas a las santiaguinas damas de sociedad de ese entonces.

—Este niño ve —decía, y apretaba con brusquedad implacable la mano de mi hermano.

Porque para mi abuela eso era un artista; no alguien que pinta o compone o escribe (aunque la literatura le parecía menos artística que las otras artes), sino alguien que ve: por ejemplo Pepe Donoso cuando la llevaba a gallineros perdidos del barrio Independencia y le mostraba lo que cualquiera podía ver, pero deteniéndose en algo inesperado y nuevo, lleno de detalles que desmentían la observación general. Eso era ser artista: ver lo que por sabido se olvida. La imaginación es tan poco artística como la descripción, pensaba ella; inventar es tan triste como inventariar.

Como un deber, sin dudarlo un segundo, hizo una serie de llamadas e inscribió a mi hermano Ignacio en el curso más profesional que encontró en la Casa Larga. Lunes, miércoles y viernes en la tarde con el profesor Ernesto Bandera. Los materiales, la matrícula, todo costeado por mi abuela, que renunció al mismo tiempo a su propio curso de pintura, como si este hubiese tenido como único objeto descubrir a mi hermano.

Mi abuela era como el Dios de los luteranos, estaba segura de que la gracia divina no alcanzaba para todos. Si te escogía o descubría un talento, cualquier talento, estabas a la vez protegido y sobrecargado, salvado y hundido. Sin contemplaciones hacia la psicología infantil, te exhibía, te interrogaba, te exigía más y más, hasta conseguir que todos supieran lo que ella había descubierto en ti. Para quererte tenía que inventarte una gracia. Si eras simplemente normal, tenías que serlo, como mi primo Sebastián, de un modo exagerado e impaciente, lo que se parecía a un arte. Mi abuela no tenía tiempo que perder con niños tímidos. En la Casa Larga, mi hermano se encontró solo entre adultos diez, quince o veinte años mayores que él. Demasiado alto para esconderse del todo detrás de los caballetes, avergonzado como si hubiese matado a alguien por llegar ahí, se escondió cada vez más lejos de la modelo desnuda que posaba al centro de la habitación mal calefaccionada. Un día llegó tarde y prefirió no interrumpir la clase. Se quedó fuera.

El siguiente jueves volvió a pasar frente a la puerta sin entrar. Creyó escuchar su nombre, una voz, una mano que lo señalaba. Temeroso de que lo hubiesen pillado, se puso a correr por la calle Mallinckrodt buscando un baño para no seguir cagándose en los pantalones. Tomó aliento en Antonia López de Bello. Esperó las dos horas del curso dando vueltas por Bellavista. El martes, la misma rutina; y el jueves, ¿cómo iba a explicar al profesor, a los compañeros, sus faltas? Todos se acercarían a él, como siempre que alguien se pierde, y todos harían preguntas y mirarían el dibujo que no se atrevía a empezar siquiera. Siguió así faltando todas las semanas con cartapacio, papeles y lápices, haciendo la perfecta actuación de alumno, sin asistir a clases ni una sola vez en todo lo que quedaba del año.

Seguro de haber fallado, de no ser un artista, se quedó mirando el puente rojo sobre el río Mapocho, ligero y curvo. Y los carteles luminosos en las dos orillas de la Plaza Italia. Y las nubes gruesas estirándose en el cielo tibio.

Y el flujo de los autos cuando la noche los insta a encender los faros. La inmensa escenografía sin actores, el drama sin drama de la noche

en el centro. Todo lo que no voy a pintar nunca, pensaba, todo lo que se le escapaba, todo lo que estaba dejando escapar, fracaso total, desertor desierto. Todo eso que mi hermano pinta sin pintar mientras falta a la cita, mientras cree que ya no tiene derecho a pintar nunca más.

La época del VHS

Después de dos años mi abuela se volvió a cambiar de departamento, esta vez a uno más blanco y más amplio, en la esquina de Napoleón con Augusto Leguía. ¿Por qué ese edificio y no otro?, pienso ahora que mi madre y mi padre se han instalado ahí también, ahora que se ha convertido en el cuartel general de mis recuerdos y de los de mis hijas. Muros gruesos y blancos, suelos negros; un edificio sin atributos, sólido, bien terminado, perfectamente sobrio. Todas las ventanas dejan ver árboles. Hay un salón blanco y una gran terraza cubierta donde veíamos anochecer en primavera y en verano. Y una pequeña cocina donde mi abuelo se internaba para revolver con cuidado una olla con leche que hervía, para hacer manjar blanco.

En su pieza instaló mi abuela una chaise longue de mimbre justo de mi tamaño y del de la mayor parte de sus parientes, ninguno demasiado alto ni voluminoso. Recostados todos en su presencia, como romanos después del festín, se podía durante horas conversar y dormir, despertar, comer, olvidarse de todo y de todos, protegidos bajo la misma constante temperatura, ni demasiado fría ni demasiado calurosa.

Testigo presencial de la pequeña cabina del Marais, no pude dejar de sorprenderme al ver desplegarse en toda su voluptuosidad lo que en París vivía condensado. En el departamento de la calle Napoleón todo eso que en París apenas se veía se convertía en sillones y sofás forrados de tela blanca, velas azules, piezas de alojados, arbustos de camelias y una mesa de bridge en la terraza. Mi abuela, así, como esas flores de papel japonesas de las que tanto habla Proust, iba apareciendo ante mis ojos, iba pasando de una posibilidad a una realidad, de un cuento de hadas contado en París a una película en colores en Chile, de la que yo no sabía muy bien si era el espectador, un figurante o un actor a la espera de recibir un empujón para salir al escenario.

Ese departamento de mi abuela estaba, como todos los suyos, regido por los principios de madame Errázuriz, esa chilena «amiga de Picasso y de todo el mundo que le enseñó a todo el mundo a poner la casa». Eugenia Huici de Errázuriz, madame Errázuriz, como la llamaban todos en París, modelo de pintores Belle Époque, que se convirtió de pronto en mecenas y maestra de Stravinski, Picasso y Blaise Cendrars.

Se dedicaba a sacar los cuadros de los marcos, pintando de blanco las paredes, forrando los sillones de lino crudo, maldiciendo los adornos, el oro que brilla. Un clasicismo a la chilena, algo inconscientemente indígena, que dejaba los objetos desnudos, convirtiendo la pobreza en una suerte de lujo, una rebelión final contra el barroco que traían los españoles consigo. Una forma de adecuar entonces dos tradiciones: Picasso y los inquilinos, el Chile de siempre y el que estaba llamado a cambiar. Madame Errázuriz y su amiga Coco Chanel, que cultivaban el lujo posible, el salón y el coleccionismo, adaptándolos a la velocidad de los aeroplanos, las máquinas de lavar, el jazz o la revolución bolchevique.

Sin nosotros, mi abuela seguía con pasión telenovelas brasileñas. Ronda de piedra, Niña moza, Roque Santeiro o Agua viva, gente elegante y bella y salvaje a veces que tenía o dejaba de tener esclavos de un día para otro.

—Cuando seamos ricos vamos a veranear todos en Angra dos Reis —nos prometía.

La telenovela, de época o no, con publicistas posmodernos de protagonistas o no, era su pasión privada. Necesitaba sin embargo encontrar una pasión que compartir con nosotros. Agotados los museos, convertida la pintura en el arte de mi hermano, nos abalanzamos sobre los videos que arrendábamos en una oficina de Providencia con Rafael Vives («Ese hombre, Rafael Vives, fue un tío estafador de tu abuelo; tenía un garaje, le pagaba a todos los choferes de sus amigos para que echaran a perder el auto y hacerse rico él»). Los videos cumplían a la perfección el papel de reemplazar los museos y dar sentido a los sábados en que seguíamos reuniéndonos religiosamente.

Religiosamente: no hay una palabra más exacta. Usted fue mi ritual, mi consagración, mi religión, la del recuerdo, la de la tribu, la de las películas en blanco y negro, como La carta, basada en un cuento de Somerset Maugham y protagonizada por Bette Davis, que le había fascinado de joven y que de pronto le parecía la cosa más ñoña que hay.

—Somerset Maugham fue lo primero que leí en inglés —recordaba de pronto—. Deberías leerlo tú. Aquí tengo los libros.

—Pero si no sé inglés, abuela.

—Da lo mismo, es lo más fácil que hay. Es una lengua para tontos. Todo es lógico.

Y hojeaba las páginas llenas de W y T y H que nos separaban más aún que los años. Y al lado yo, que sería cualquier cosa menos un inglés. Aunque estaba dispuesto a intentarlo.

Serios, como siempre que algo no requería ninguna seriedad, nos dedicamos religiosamente a ver uno a uno los capítulos de Retorno a Brideshead, serie de la que Televisión Nacional había comprado a los ingleses los derechos exclusivos para guardarla en una bodega y que nadie más pudiera transmitirla. Una amiga de una amiga de mi abuela consiguió las cintas a escondidas. Suspendidos en el tiempo, seguimos a Sebastián Flyte borracho, a una extraña mujer que era bonita en un plano y fea en el otro, la curiosa calma de Jeremy Irons y el más curioso catolicismo en que todo concluye y se explica.

Mi primo Tatán, que era el encargado de devolver las cintas, las perdió en una micro. Hubo amenazas del canal (aún controlado por los militares) y palidez de mi primo prometiendo trabajar como obrero en una mina de carbón durante veinte años para pagar las videocintas perdidas. Finalmente mi abuela tomó el asunto en sus manos y, liberando a mi primo del yugo de la culpa, pagó por las cintas hablando pésimo de la estafadora de «la Sonia Fuch, que tiene a todo el Partido Comunista metido en el canal de los milicos».

Pero la época del VHS era también el sueño inevitable que me asaltó en la mitad de La mujer del teniente francés (The French Lieutenant's Woman), o esa especie de rara alegría al ver a los estúpidos mimos que juegan tenis al final de Blow Up. También La ventana indiscreta (Rear Window) y una extraña comedia de Hitchcock con un pasto muy verde en la primera escena, ¿Quién mató a Harry? (The Trouble With Harry). Y El ciudadano Kane (Citizen Kane), que es la mejor película del mundo pero una de las peores de Orson Welles. Orson Welles, quien hizo también Los magníficos Amberson (The Magnificent Ambersons), que era de alguna forma la historia de la familia de mi abuela. Y La gran ilusión (La grande illusion) de Renoir, y mi abuela que repite sonriendo «Je dis vous à ma mère, je dis vous à ma femme» («Le digo usted a mi madre y le digo usted a mi esposa»), como le explica el aristócrata Pierre Frenay al proletario Jean Gabin cuando este lo invita a tutearlo. Yo que me quedo mirando a Erich von Stroheim en la cama del oficial francés, despidiendo a ese enemigo que es su compañero de clase, despidiendo también a esa clase, a esa forma de morir y de vivir, a esa liviandad de la que nada ha quedado, sin sospechar, o sospechando solo a medias, que ella sería

protagonista de una despedida por el estilo.

Todo eso, y Detective (Sleuth), con Laurence Olivier y Michael Caine, y Arsénico y encaje antiguo (Arsenic and Old Lace), y El sirviente (The Servant), que era rara, y El accidente (Accident), que era una lata (misteriosamente, de cada tres películas en video que había en Chile, dos eran de Joseph Losey), y Manhattan y Annie Hall, que me cambiaron por dos meses enteros la vida, que siguen cambiándomela, ahora que lo pienso, casado con una judía de Manhattan cuya madre estudió a diez cuadras de donde estudió Woody Allen, comunicándome con mi mujer a través del idioma que aprendí en esos VHS.

En medio de la época del video me masturbé en silencio por primera vez en el baño de mi abuela. Veíamos Ricas y famosas, donde Jacqueline Bisset conoce a un joven en la calle y lo lleva a su cama. Un joven cualquiera que sabía ya entonces que sería cualquiera menos yo, porque el instinto animal de las mujeres me excluía de entrada, porque incluía la violencia que temía: el horror de que las mujeres, las adultas, las bonitas aunque cursis, pudieran tener deseos incontinentes, acostarse con desconocidos, olvidar el dictado de la razón y simplemente dejarse ir con cualquiera, todo eso se me impuso con una urgencia desconocida hasta entonces.

Contra ellas, contra Jacqueline Bisset y contra Candice Bergen, que también actuaba en la película, blandía yo mi minúscula arma de piel y sangre en el baño de mi abuela. Amenazaba, me defendía para en dos o tres gotas tibias rendirme a una especie de calma, de tibieza, de vergüenza. Mis manos que apenas lavé, mi pelo que acomodé como pude, y de vuelta a la pieza de mi abuela, donde la película continuaba sin mí.

Tunquén

El sonido de las olas de Tunquén no nos dejaba dormir, y costaba, con la escasa luz de las lámparas alimentadas con paneles solares, seguir las líneas de los libros que ambos habíamos traído. De pronto, como si la hubiese hipnotizado, mi abuela se lanzó a enumerar a sus amantes. Lo hizo con impaciencia, casi con rabia, impidiendo de entrada todo juicio, toda pregunta, toda duda.

¿Cómo podía frenarla, recordarle que tenía yo dieciséis años completamente vírgenes? ¿Cómo confesarle que creía yo, como mi madre, la pecadora, la traidora, en el amor para toda la vida? ¿Cómo decirle que no quería saber lo que quería saber? Yo, nieto de ese matrimonio del que, sin esconder nada, ella me mostraba su caducidad, su sobrevivencia también. Ella no se arrepentía de nada, repetía una y otra vez, o más bien se arrepentía de todo menos de haber sido infiel. «Todo el mundo tiene sus cosas. Dormir juntos toda la vida es una cochinada. Si tu abuelo se despierta a las seis y yo me acuesto a las tres de la mañana, nos vamos a terminar matando si dormimos en la misma cama».

Y seguía mi abuela hablando, poniendo ejemplos: «La mujer de una eminencia católica pilló a su marido con su mejor amiga en un refugio montañés, y la pareja furtiva la invitó a hacer un trío. Y qué decir de Allende, que le puso cuernos de todos los colores a la Tencha, que se los merecía por chinchosa y siútica. A Frei no le pasaba eso, porque Frei dormía todas las noches en su casa. No es ninguna cosa del otro mundo, mijito, es lo más normal que hay, solo las siúticas se separan por estas cosas. Eso del "amor de mi vida" es una tontera inventada por los siquiatras y las feministas chinchosas. Mira a la Simone de Beauvoir (o Simone de Huevear, como la llamaba un exiliado chileno) y Sartre, que se la jugaba con cualquiera mientras ella le hacía también el empeño, pero igual terminaron juntos, soportando ella la ceguera y la rotería de ese gallo al que solo le gustaban los western y las películas de acción».

Entre ejemplo y ejemplo, el mar se rebelaba rutinariamente, tratando de acabar con el acantilado. En su ronroneo sin fin mi abuela tenía esa constancia de ciego que recita los pocos versos que se sabe de memoria. Pasión pedagógica y defensa corporativa al mismo tiempo, quería que yo supiera cómo era el mundo, al mismo tiempo que quería

convencerse a sí misma, una vez más, de que el mundo era así, de que nadie podía juzgarla a ella, que era inocente, que era una víctima incluso.

—El Amor, con A mayúscula, es una huevada. El amor siempre es más o menos, no más. Todo en la vida es más o menos, no más. La cama es lo más latoso que hay. El sexo —repetía una y otra vez como para que no me hiciera ilusiones— es una cosa en que los hombres insisten quién sabe por qué, cuando no lo pasan mucho mejor que una.

¿Olvidaba que era hombre yo también, o me lo decía por eso mismo, para emascular de entrada mi hombría? El sexo como una ceguera, como una majadería, como una siutiquería, como un imperdonable ascensor social que puede destrozar el buen nombre y la fortuna de cualquiera, que puede construir la suerte de otro.

—Todas unas latas mis pololos, te juro que prefiero mil veces a tu abuelo —confesaba mi abuela en Tunquén mientras me pedía que le cubriera las piernas con un poncho rojo de cacique mapuche.

No había en su tono de voz nada de picardía ni travesura. Solo el hartazgo de haber vivido demasiado, solo el sentido del deber, como si alguien le hubiese encargado quitarme de un tirón, doloroso parche que se va con pelo y piel y todo, lo que me quedaba de inocencia romántica. Besos, citas, nombres, apellidos, todo eso sirve de tan poco cuando el mar de noche ataca las rocas. Todo resulta, cuando cae la noche, cuando el tiempo separa tu cuerpo probado de todos tus cuerpos posibles, casi nada. Nada su risa forzada mientras el amante de turno la trataba como una amiga más con la que se podía hablar pestes del culo de esa, de los cabellos de la otra, de los orgasmos de la de más allá. Impecable, buenmozo, inteligente, frío como un pescado ese joven que sabe lo que quiere, que comenta con ella todas las partes del plan. La novia con fundo, la judía impaciente, la señora que se desmaya en la cama. «¿Cuál me conviene, Marta? ¿Cuál crees tú que me conviene?», le pregunta. Hasta que un día le cuenta con el mismo alegre desinterés que finalmente va a casarse con la del fundo, que tiene que sentar cabeza, que ese es su camino más corto a la rectoría de la Universidad de Chile, su única obsesión. Esa fue la condena a muerte que el impecable abogado le lanzó con perfecta simpatía, «porque tú eres inteligente, Marta, tú entiendes», y mi abuela que sufre en silencio esa inteligencia que le prohíbe tener los derechos de las otras, los de la amante apasionada, pero también los de la dueña de fundo.

Ni locura, ni conveniencia, ni pasión, ni razón. Y mi abuela, entre

medio, víctima de un sentimiento más tonto que ella. Más tonto pero también más fuerte. El horrible Amor con A mayúscula que no tiene lugar en la vida con v minúscula en que ella vive, en que eligió vivir, en que quiere seguir viviendo.

Luego hubo años de desierto, flirteos sin consecuencias, hasta que se le atravesó en el camino ese que en clave llamaba «la Paulina», un ingeniero positivista con el que se pierde en un bosque en la mitad de un picnic. Salen a un claro, donde hay un prado y luego una cosecha llena de grillos. Sobre sendos montículos de paja la Paulina le confiesa al borde de las lágrimas que se detesta a sí mismo por no ser capaz de serle fiel a su esposa hasta la muerte. Mi abuela, que no sabe cómo consolarlo, le pregunta ingenuamente si ha sido infiel alguna vez. El ingeniero le responde que nunca, pero sabe que lo va a ser, que sin haber hecho nada malo aún ya lo está siendo, ya está marcado, manchado, hendido, inservible.

—Pero no es tan terrible, no seas tonto —le dice mi abuela—. A ver, ¿quién es la niña en cuestión? ¿Cómo es ella? Descríbemela.

Y él se la describe: pelo castaño claro, ojos grandes y azules, sonrisa encantadora... Luego un silencio cuando entiende que es ella. Y la seriedad de ese rostro, el lenguaje preciso y sin humor, tan distinto al suyo, que le obliga a bajar los ojos y a sonreír nerviosamente mientras sube el vapor del heno, el calor que deja el paso a la noche, el cielo transparente y celeste sobre sus cabezas abochornadas, felices, avergonzadas.

Eso un segundo, un minuto, hasta que empieza el tironeo a través de los años, las llamadas en clave, las cartas en clave, los viajes en clave también. Eso es el amor: una canción que solo tiene sentido durante el breve momento en que la acompaña una orquesta sinfónica, pero que luego se convierte en esas siniestras cantinelas a capela que cada vez desafinan más.

Dieciséis años de amantazgo, sigue contando mi abuela al ritmo de las olas de Tunquén; dieciséis años semiescondidos, semioficiales; dieciséis años que penden de ese primer minuto sobre el heno en que todo estuvo a prueba y fue frágil. Dieciséis años de no saber, de esforzarse en no saber, en dejar incluso de saber lo que se sabe.

Recorro ahora la agenda de mi abuela del año 1960, un año cualquiera con sus siestas diarias, sus idas al cine y al teatro con el

marido y los hijos, las clases en La Maisonnette, el té con Carmen Klammer, los ensayos de teatro con la Mónica y, de pronto, en una letra apretada y sísmica, una mezcla de castellano, inglés y francés, el idioma con que Stendhal escribe sus Recuerdos de egotismo para la posteridad, es decir contra la gloria. Meses en que ella siente que su matrimonio se acaba, semanas en que siente un crush por alguien sin nombre, y otros meses enteros de sentirse «depressed and lonely…».

«I am worried this ways is the end ("Estoy preocupada de que este sea el camino del fin") —anota el 16 de septiembre, día que termina con la siguiente anotación—: I shall be very unhappy if everything is over. But I must try to make up my mind» ("Voy a ser muy infeliz cuando esto se acabe, pero tengo que decidir"). Unos días antes anota que «all this came because I felt so happy and because one must never say: I am Happy» («todo esto sucedió porque me sentí tan feliz y porque uno nunca tiene que decir: soy tan feliz»). El 29 del mismo mes escribe: «J'ai maintenaint l'impression that he does not really love» («Tengo la impresión de que esto no fue nunca realmente amor»). En el memorándum de octubre confiesa que está «very much afraid of indiscretions. Icha + Mónica» («muy preocupada por la indiscreción. Icha + Mónica»). Y luego algunas recetas, idas y retornos a Sandrico a buscar ropa limpia, y viajes al centro para dejar a Rafa. Todo eso y, una y otra vez copiado, el mismo soneto de Quevedo, uno de los pocos que se sabía de memoria, uno de los que treinta años después me repetiría sin cesar: «Su cuerpo dejará, no su cuidado; / será ceniza, mas tendrá sentido; / polvo serán, mas polvo enamorado».

Eso, todo eso, y al final de la agenda una definición del positivismo y una cita de Unamuno que bien podría estar al comienzo de este libro: «Se vive en el recuerdo y por el recuerdo, y nuestra vida espiritual no es en el fondo sino el esfuerzo de nuestros recuerdos de preservar, por hacerse esperanza, el esfuerzo de nuestro pasado por hacerse porvenir».

Agenda tras agenda, otra vida intraducible se dibuja en filigrana. La Paulina que va a Valdivia después que una ola casi se lleva la ciudad. La Paulina que se hace ministro y político, como el marido. La Paulina que pierde su ministerio y que por lealtad con el presidente Jorge Alessandri se hace líder de la derecha más virulenta.

Mi abuela que lo ve solo de tarde en tarde, terminando todos sus encuentros siempre en peleas. Hasta que finalmente, una semana después del golpe de Estado, que la Paulina desde los diarios alentó con todas sus fuerzas, llega al departamento de mi abuela una patrulla de militares con metralletas. En el edificio de enfrente el amante, alias

la Paulina, se queda callado en su ventana, mientras su engañada esposa, en cambio, ofrece por teléfono su ayuda inmediatamente: «Lo que quieras, Marta, lo que digas, estoy a tu disposición».

—Imagínate —me decía en Tunquén mi abuela mientras la noche dejaba ver en sus bordes el temible fantasma del desvelo—, la alemanota fue la única de toda esa gente que hizo algo por mí. La Paulina en cambio se hizo el ofendido y no me habló más. Todos unas buenas mierdas, mis pololos, ya te dije, todos unos rotos horribles. Tu abuelo es lo peor que hay como marido, pero es mejor que todos mis pololos juntos.

Y suspiraba como si hubiese dejado caer ya la sentencia inapelable. Cerraba los ojos fingiendo que quería dormir. Pero las olas no nos dejaban siquiera la ilusión del sopor. ¿Y mi abuelo nunca sospechó? ¿nunca se vengó? ¿Nunca se horrorizó? Pero antes mismo de que me atreviera a preguntar, mi abuela adelantaba su respuesta:

—No le importaba, nunca le importó. «¿Te has fijado cómo de repente a uno le deja de gustar totalmente la gente que más le gustaba antes?», me dijo tu abuelo después que nació Juan. Y yo ahí comprendí al tiro. Él empezó, yo solo fui una esposa obediente.

¿Qué quería mi abuela esa noche en Tunquén? ¿Que la juzgara, que la perdonara, que la abrazara, que la felicitara, que la consolara?

—Tu abuelo no es ningún santo, me la jugaba duro y parejo el viejo fresco —se defendía mi abuela esa misma noche en Tunquén—. Él también tenía sus cositas por ahí —insistía ante mi incredulidad—. Tuve que corretear a varias intrusas.

Y seguía hablando de esa amiga en común de la que sospechó una vez, exigiéndole infructuosamente que dejaran de salir con los Sanhueza. Y la mexicana en cuya casa estaba refugiado «el viejo fresco» el día del golpe de Estado… ¿Me hablaba a mí o le hablaba a mi nombre, el mismo nombre de su marido, Rafael Gumucio? ¿Pensaba mi abuela que al confesar que había gozado muy poco con sus amantes sería más fácil que su marido y sus hijos la perdonaran? Sus hijos, que nunca supieron los detalles de sus aventuras y que por eso mismo se las imaginaban mucho más húmedas, tórridas, crueles y culpables de lo que realmente fueron.

Incapaz de callarse nada del todo, mi abuela iba por el mundo recomendando a las niñas acostarse con quien quisieran, rasparse los

fetos inconvenientes y no privarse de nada, mientras que su vida, la que me confesaba mientras las olas se rompían en el centro mismo de la noche, era una sucesión infinita de privaciones, de fidelidades, de convenciones, de acuerdos y pactos finamente observados. Un matrimonio modelo, el único, entre todos los que hubo en mi familia cercana, que no se separó, que celebró sus bodas de plata y luego de oro, sin hijos ilegítimos, sin otras cosas que aventuras predecibles, escapadas sin escape para luego volver como si nadie nunca se hubiese ido.

La Ballena Alegre

1966, viaje parlamentario que mi abuelo transformó en un viaje de placer. A París, donde viven dos de sus hermanas, abuela; a Roma, a la casa de la Nana García de la Huerta y Hernán Santa Cruz; a Madrid, por el puro placer de ir al fin a una ciudad que ni usted ni su marido conocían, de la que tanto habían oído hablar en su juventud.

1938, el año en que usted y su marido se conocieron y se casaron, en plena Guerra Civil española: la toma de Madrid, la batalla de Madrid, la caída de Madrid, la ciudad gris y parda llena de señoras de abrigo y caballeros con pinta de viudos.

—La Ballena Alegre, ¿dónde queda eso? —pregunta usted de manera inesperada a esos amigos de la Internacional Demócrata Cristiana de su esposo.

—¿Cómo sabe usted de eso? —se sorprendieron los amigos ante la mención de ese dato completamente local.

—¿Dónde queda? —insistió usted.

—En la calle Alcalá, frente al Palacio de Correos —le explicaron—. Nunca fue nada del otro mundo tampoco, señora, un mito, apenas el subsuelo del café Lyon. Una escalera empinada, un espejo que da a la nada, humo, ruido, sillas, columnatas y bajorrelieves marinos turbios, entre etruscos y vieneses, llenos de falangistas de la primera hora —le precisaron los amigos españoles.

La Ballena Alegre, que imaginaba usted gigantesca y curva cuando en el Santiago de 1937 Samuel Ros, su novio o casi, le hablaba de ella. El nombre de la taberna que le evocaba un mundo de marineros rudos con rostros eternamente jóvenes cantándole a coro a su camisa azul que bordaron en rojo ayer. Dionisio Ridruejo, Eugenio Montes, Ernesto Giménez Caballero, Luis Rosales, Rafael Sánchez Mazas o Agustín de Foxá. Nombres sonoros, duros, caballerescamente heroicos, le parecía a usted cuando los nombraba Samuel. Ruido, vermut, gritos y risas se imaginaba usted cuando él le contaba, y estudiantes recién llegados de sus provincias resecas, viejos marqueses, hijos de académicos, homosexuales de clavel en la solapa, pintores con parche en el ojo, exministros de la dictablanda de Primo de Rivera, indianos

de paso hacia París, mancos, mudos, ciegos y sordos.

No queda nada de eso, Samuel —pensaba ya convertida en la esposa de otro—, nada que decir, nada que callarse, Samuel Ros, muerto y enterrado, olvidado o, peor aún, recordado a medias, clavado, como una mariposa atravesada por un alfiler, a un resto reseco de historia: vanguardistas monárquicos, provincianos conversos que antes habían pasado por el café Pombo de Ramón Gómez de la Serna, el de las greguerías, cuyos chistes surrealistas y juegos de palabras mi abuela no se atrevía a confesarle a Samuel que no le daban tanta risa como a él. José Antonio, Durruti, García Lorca, Samuel, su novia Leonor, todos tan jóvenes, tan jóvenes, esa cosecha de muertos.

Los vivos y los muertos, como la novela que Samuel escribió y publicó en su exilio en Santiago. Los muertos y los vivos, los muertos en los vivos, todos muertos, incluso los vivos, piensa usted mientras recorre Madrid, que imaginaba cantarina y zarzuelesca y sin embargo es triste, pobre, ocre y gris, oscura y rara como esa legión de ciegos vendiendo en todas partes boletos de lotería.

Los vivos y los muertos, forrado en gris, una firma en la última página al lado del número del ejemplar, el 19, regalado por el autor. La novela que la conquistó, el diálogo sin fin de los muertos y los deudos un día de sol en Madrid: «Sobre el cementerio se tiende una mañana de jardín... Pero este cementerio... es una necrópolis moderna, muy extensa y poco poblada... Se calcula su capacidad en ciento veintitrés muertos por metro cuadrado, y solo tiene a la fecha una centésima de cadáveres para esa dimensión...». En una nota anterior, el autor ha advertido que los puntos suspensivos, que abundan en el texto, representan sus suspiros...

Su ejemplar, abuela, donde pudorosamente cuenta usted en lápiz grafito el comienzo de su amor... Los abrigos que usted y unas amigas compraron a los refugiados de la Falange... La comida en su casa... El chiste que hizo sin pensar y que puso a toda la mesa seria, menos a Samuel, que sonrió... Samuel Ros. ¡Qué nombre más raro!... ¿Será judío?, se pregunta para sus adentros... Converso tendría que ser, se supone que son lo más católicos que hay, estos españoles... Y está la historia de la novia muerta... Una démi mondaine con la que vivía en pecado... El aborto que la mató... El doble, el triple pecado mortal que atormenta día y noche al joven poeta... «Leonor, tengo tanto que contarte», se lee en la dedicatoria del libro... ¿Qué más tenía que contarle?... ¿Cómo le contaría esa sonrisa que a escondidas comparten?... Y esa escena terrible de su novela... cuando el desconsolado vate se sienta sobre la tumba de su amada a fumar un cigarrillo mientras enciende otro para su mujer, que está al borde de

la lápida…

Años después los veo a los dos en Chile, donde el viudo Samuel logró huir después de lo que llamó en un libro «días de esperanzas y lentejas». Los veo a usted y él, a él y usted, detrás de la Biblioteca Nacional de Chile. Los sigo, bajando por la calle Moneda, ¿hacia dónde? No lo dicen, no lo saben. Se ríen de José María de Navasal, el secretario de Samuel, marqués cubano, sobreactuadamente enamorado de la muy pálida María Maluenda. No saben, no pueden adivinar que uno terminará de comentarista internacional pinochetista y la otra de actriz y diputada comunista a quien la dictadura le degollaría un hijo.

—Las chilenas son una lata sin nombre, Samuel, no sé cómo las soportas —le sonríe usted a la taza de té que beben a escondidas en el segundo piso de una cafetería de secretarias—. En Madrid seguro que hay mujeres más interesantes que en este pueblo de mierda. Gente que lee, gente a la que le interesa lo que pasa en el mundo. Yo hablo de la guerra de España con las amigas de mis hermanas y me miran todas colgadas como si hablara de la luna.

Usted, abuela, de alguna forma se siente en Chile casi tan extranjera como Samuel Ros. Recién llegada después de once años afuera, con tantas ganas de volver para darse cuenta finalmente, después de tantos años, de que todas la miran como a un bicho raro, de que nadie lee, de que todas viven pendientes de unos novios horribles con los que sus mamás quieren que se comprometan a toda costa. Y las fiestas, las fiestas son un horror, Samuel. Vestida y peinada por su madre, preparada para saludar a quienes hay que saludar, haciendo todo eso al revés, apurada, demasiado o demasiado poco, diciendo justamente lo que no hay que decir, nuevamente «planchona», desatinada, sola. Y la Picha Echeñique, que se paró sobre una mesa para que los debutantes la vieran. Y la Julita Astaburuaga, que tiene loco a medio Santiago. Y la Cotoco, que es lo más chismosa que hay. Y la Pilar, que es simpática aunque zapallarina, esa gente que se cree el hoyo del queque por su estúpido balneario, en el que uno se muere de frío todo el año.

¿Qué le pueden interesar esas tonterías al proscrito, abuela? ¿No va a olvidar todos esos nombres mañana el poeta español? Pero eso es justamente lo que necesita, nombres que olvidar, chismes sin importancia, historias que no van a ninguna parte, bailes, bromas, desaires y paseos por la playa. Un extraño intercambio: por un lado la niña que quiere saber cómo es la guerra, las mazmorras, las bombas

sobre la ciudad universitaria, y por el otro el vértigo de ver tu nombre en las listas de los que hay que fusilar mañana. Los cuentos que paga con otros cuentos suyos, noviazgos de conocidos desconocidos, categorías de provincianos y, en medio de las risas ahogadas y las cascadas de palabras, un pedo que se le escapa sin pedirle permiso.

—Lo que en otros es guarrerío en ti es sencillez y confianza —decreta el español.

Lo dice con ese acento ibérico que en Chile es siempre sinónimo de teatro o doblaje, solemnidad o playback, mentira necesaria, escalofrío de vergüenza o de placer. La sonrisa coqueta, el brillo incómodo en la mirada con que buscó refugiarse en la mesa, la taza, sus dedos, los de él, ambos tocándose por primera vez en semanas, quedándose suspendidos al tacto, vigilándose y olvidándose a la vez, esperando sin esperar nada.

—Yo soy un viejo que ya vivió —dice Samuel Ros, que entonces acababa de cumplir treinta y un años pero parecía saber que solo le quedaban ocho de vida—. Un viejo ya sin destino —repite, mientras deja que su mano, abuela, vuelva a rozar la suya, que no se mueve, que sostiene el gesto—. Yo no tengo más que derecho a pequeños momentos de alegría.

Usted niega.

—No es así, o no importa, tiene derecho a ser feliz, Samuel, todo el mundo tiene derecho a ser feliz —alega al borde de las lágrimas.

—Cuántos hombres van a sufrir por ti, cómo van a sufrir esos pobres... Los vas a volver locos —sonríe de antemano el forastero.

Pero eso, abuela, es justo lo que usted no quiere: hacer sufrir a nadie. Usted que quiere sanar, sanar soldados, limpiarles la sangre de las heridas. Usted, que por eso mismo estudia enfermería en la Cruz Roja, para salvar vidas en esa guerra de la que viene Samuel.

—Un día ya verás... un día vas a entender... Yo no puedo pedir nada más que lo que ya me has dado, que es mucho, que es demasiado, quizás...

Y la mano de él se estira hacia su mejilla blanca, como si la sostuviera por un segundo. Truco de magia cualquiera, toca así su piel, Samuel, que no puede prometer nada más porque muy luego la Falange le ordenará trasladarse a Buenos Aires, donde hay más fondos y solidaridad que en Santiago.

Sin una lágrima casi, sin una carta, sin una exigencia, sin un arrepentimiento, la despedida. La libertad, abuela, ese sacrificio, ese desierto al final. Usted que se casa pocos meses después con otro falangista, un falangista chileno, un falangista a la chilena que está por los republicanos en la guerra de España y vota por el Frente Popular en Chile. Los comunistas, los anarquistas que se convierten en sus amigos, los hijos que le nacen, la ruina, la política, la otra guerra, la mundial, que termina por alinearla para siempre al otro lado que Samuel, quien termina casándose de vuelta a Madrid con la actriz María Molinero. Y así Samuel Ros se convierte de a poco solo en una imagen, una silueta que sonríe, que la perdona por hacerse amiga ahora de los exiliados republicanos, por recordarlo, por quererlo a través de ellos, de sus víctimas ahora.

Usted que descubre entonces, tanto tiempo después, que ha venido a Madrid con su marido a mostrarle al fantasma de Samuel su vida entre los vivos. Ha venido a rendir cuentas, a comparar lo incomparable. Y la noticia que intenta no sorprenderle: Samuel Ros lleva décadas muerto. Al final de la guerra y el racionamiento, después de describir emocionado el traslado de los restos de José Antonio Primo de Rivera al Valle de los Caídos, murió. Pobre escritor oficial que resistió la persecución, el exilio y la guerra, pero que no aguantó un invierno de más.

—¡Qué bonito es morirse un día tan blanco! —dicen que dijo cuando su madre abrió los visillos de su habitación y vio la nieve caer muy despacio por la ventana.

Pero, fatalmente español, ensució esa simple despedida con un largo discurso final.

—Es verdad que esta blancura me presagia el perdón de Dios, y me recuerda que nada en la vida ha podido romper la verdadera pureza de mi alma; pero tengo la añoranza de aquel sol de Valencia, que doraría mi sueño y serviría de camino a mi pensamiento hasta el Todopoderoso. ¡El pensamiento! Lo único que peca y lo único que nos salva si anida en el corazón.

Y luego, cansado de la enormidad de su discurso, dejó de respirar y murió.

Gente bien

Se reía de lo común que era su nombre, Marta Rivas González. Había hasta ocho en el por esa época poco poblado anuario telefónico. Pensó alguna vez invitarlas a todas a tomar té, hasta que revisó la dirección de sus calles.

—Todas viven en Recoleta —dijo, y desistió de su intento.

—No tiene nada de raro, Marta Rivas González es nombre de costurera —nos burlábamos nosotros, los nietos.

—No saben nada, ignorantes, lo González es lo mejor que tengo. Una familia de Concepción lo más distinguida que hay. Don Percival González era un caballero importantísimo; mira a mi tía, una belleza elegantísima.

Y me mostraba a mí la foto de una mujer sentada cerca de una pequeña chimenea, en traje de encaje totalmente proustiano. Aprovechaba la foto para hablar de sus primos, tan ricos, tan bienintencionados, que le regalaron un carruaje a su abuela Isabel Edwards cuando se quedó viuda y sin un peso. Y de ese primo homosexual que hacía de Jesucristo en la Pasión que representaban todos los Viernes Santos en el teatro Caupolicán. Y de los Edwards de su abuela Isabel, una santa, todos unos caballeros menos el Duny (Agustín), culpable de ser dueño de El Mercurio. Y de sus otras tías por el lado Rivas, la Nieves y la Mercedes Rivas Cruz, que le dieron todo en herencia a su abuelo, incluida una casa enorme en la Alameda llegando a Dieciocho.

Y una interminable historia que repetía casi con las mismas palabras semana a semana, dejando caer de vez en cuando un detalle nuevo, todo para que no nos quedaran dudas a sus nietos de que, de haber nobleza en Chile, nosotros seríamos al menos duques o condes. Condes o duques como esos sobrinos nietos suyos, los Des Cars —hijos de un verdadero duque francés y de una sobrina suya—, los duquecitos parisinos que tuvieron la mala idea de preferir que mi abuela les sirviera el té con pan con mantequilla, pero sin pasteles ni palta, por lo que desde entonces mi abuela llamó a eso el «té ducal», condenándonos para siempre a todos los nietos a la sobriedad nobiliaria.

—¿Bezanilla para arriba o Bezanilla para abajo? —le preguntaba a mi papá cuando él de adolescente le nombraba sus amigos de la universidad.

—Bezanilla no más —respondía impaciente mi padre evitando entrar en el juego.

—Pregunto para ubicarme no más —se justificaba usted.

Porque para usted los apellidos eran ante todo eso, una especie de geografía alterna, zanjas, montañas, valles, ríos sin los cuales no podía comprender Chile, ese país que sabía que era cualquier cosa menos una pampa plana y monótona sin accidentes, un país lleno de volcanes, dunas, desiertos y glaciares. Esos apellidos se convertían para usted en una suerte de territorios a los que se podía dejar y traicionar pero que no dejaban de explicarle a la gente, como explica a Santiago el valle en que se enclava, o el Sena a París, y también la Revolución francesa, porque le era naturalmente imposible separar la historia de la geografía e imposible no comprender la historia como una anécdota de familia.

¿Se equivocaba? Sí y no. Su obsesión por averiguar en la gran enciclopedia roja que tenía debajo de la cama el parentesco de los Habsburgo y cómo se transformaron en Borbones, la obsesión similar por las Morlas, que hablaban con los espíritus, y los Vicuña y su alergia a la palabra «césped»; todo eso parecía un acto de presunción cuando era en el fondo un acto de modestia. Era su asiento para comprender el teatro del mundo, entre el escenario y los camarines, viendo salir y entrar a los actores. Era el punto donde estaban los mejores asientos en el teatro El Globo de Shakespeare, que también explicaba a los reyes y las batallas por peleas, locuras, obsesiones y sucesiones familiares.

—Por puro miedo a los rotos —decía, resumiendo así toda la historia de Chile—, los caballeros se volvieron rotos, y los rotos, caballeros.

Aunque esto último lo creía solo a medias. Recordaba siempre, después de bajar la voz lo suficientemente poco para que la oyera la empleada doméstica, que Marx ya hablaba pestes del «lumpen proletario».

—Con estas chinas de mierda no se va a poder hacer nunca la revolución —concluía.

Pero no tenía una mejor imagen de su propia clase:

—La gente bien es bien mierda en general.

También se enojaba cuando escuchaba a su cuñado cura, el padre Esteban —a punto de ser canonizado por la Santa Sede—, repetir que entre los conquistadores solo había putas, presos y guardianes de cerdos.

—No piensa, ese cura tonto. Jerónimo de Alderete trajo puros caballeros con él. El roto es el cura majadero este, que me robó un sillón de terciopelo precioso para hacerse el santo con sensibilidad social e ir a latear a la pobre gente de la población João Goulart.

No soportaba el acento infantil de los empleados ante el patrón, se impacientaba ante la tontería de los pobres que no hacían nada por dejar de serlo. Admiraba a los ricos que, por contraste, hacían todo para dejar de serlo. Su tribu, abuela, era esa: una serie de personas que solo conversaban de los fundos y glorias, del apellido, del nombre, de las palabras. Después de todo, estaba enamorada de eso, usted, abuela.

Sin esa idea, la de la aristocracia chilena, la de la aristocracia en general, mi abuela no podía explicarse el mundo. Pero era suficientemente inteligente para saber que tampoco esa idea explicaba nada finalmente. Intentaba con incomodidad mezclar en su juicio de clase categorías morales, estéticas, intelectuales, pero no podía evitar preguntarte por los tres antepasados más cercanos de toda persona que le nombrabas. «Solo para ubicar», se justificaba, como si los apellidos fuesen el equivalente a accidentes geográficos, quebradas, ríos, montes sin los cuales es imposible tasar un terreno, contar una batalla, escribir finalmente una historia.

Vestía pantalones cuando las mujeres vestían falda, y hablaba de culo y mierda en plena comida, lujos que se podía dar solo porque era la hija de quien era. Ese era su pasaporte, su seguro de vida: hija de Manuel Rivas Vicuña, «ministro de todo lo que se puede ser, brutalmente buenmozo, salvajemente rico», esto último gracias a unas tías que lo cuidaron de niño debido a su mala salud y a las que haciéndoles gracias logró que lo hicieran rico a él y despertaran en sus enemigos políticos un nido infinito de maledicencia. Manuel Rivas Vicuña, el impecable ministro, parte de todas las negociaciones y acuerdos secretos de la república parlamentaria chilena, «que se hizo

rico, tú sabes, haciéndole la pata a unas tías solteronas».

Sobre eso, esa herencia, esa burla, esa seguridad, ese temblor, se levantaba usted, abuela. Entre los suyos, confinada a los juicios y prejuicios de su especie, se sentía absuelta, perdonada, refugiada, pero también de alguna forma estrecha, estéril, como un feto que no obtiene nunca del todo el permiso para nacer, limitado y delimitado en la frontera de su nombre y apellido.

Toda la vida trató de salir de su medio, de hablar de igual a igual con los otros aunque sabía, cuando la conocí, de los castigos que la esperaban si lo intentaba demasiado. La sencillez era en su caso también una impostura, una actuación, una mentira. No quería mentir, solo podía hacerlo con quienes entendían su idioma. Deseosa de encontrarse al fin con la clase media intelectual que teóricamente tanto amaba, se matriculó en la Universidad de Chile a mediados de los años cincuenta para estudiar Historia y Geografía. Mi abuela no pasaba ni un día sin recordarle a sus compañeros que su padre era el que había redactado la ley de instrucción primaria obligatoria que los salvó de la ignorancia.

«No piensa, era un roto», interrumpía cuando el profesor hablaba de la sofisticación de Juan Luis Sanfuentes, amigo y enemigo de su padre y casi padrino suyo.

—Se pelearon el presidente Juan Luis Sanfuentes y el presidente Barros Luco por quién sería mi padrino, habrás de saber tú —me decía —. Pero mi papá, tan diplomático siempre, me entregó a mi hermano Mario y a mi hermana Chita, que nunca me han regalado nada decente, las buenas mierdas.

Lo mismo ocurría cuando en clase hablaban de Napoleón o de Richelieu, que «habían andado en las mismas calles que ella y eran bien chicocos y pedorros, aunque tenían que cagar en el pasillo del Louvre o de Fontainebleau con unos tipos detrás recogiéndoles los mojones». Y «Benjamín Vicuña Mackenna era lo más pariente mío que hay», y «Alessandri, íntimo de mi papá», decía. Hasta que, finalmente, en pleno examen, el ayudante Sergio Villalobos prorrumpió en gritos destemplados, sacando de entre las manos de mi abuela su examen: «Está copiando, señorita. Está copiando descaradamente».

No tuvo manera de defenderse. Mi abuela respondía demasiado bien a las preguntas para que fuesen de ella las respuestas.

—No porque sea usted hija de quien es hija puede venir a burlarse de

nosotros aquí —declaró enfáticamente el ayudante, que luego tramitaría un decreto de expulsión.

Después de llorar y patalear inútilmente, mi abuela decidió no pelear más. Se fue a estudiar pedagogía en francés a la Universidad Católica.

Orgullo desenfrenado

Se tituló, encajando los golpes, pero nunca dejó de sufrir por los moretones de la lucha de clases a la chilena. Salió cada vez que pudo de los límites de su casta para retroceder después hacia los suyos, los Rivas González, diezmados por el suicidio, la mala salud, las maldiciones vudú de los empleados de la embajada de Chile en Haití (mi tía Chita) y dispersados por el mundo porque nunca se sintieron del todo chilenos.

—Mi familia no me importa nada, te voy a decir la verdad. El único que vale algo es mi papá.

Su padre, que era finalmente para mi abuela el único caballero de verdad en el mundo.

—Míralo, ahí tengo la foto, no me digas que no es brutalmente buenmozo mi papá —me decía mientras me mostraba su altar portátil enmarcado en cuero.

Su padre de ocho años delante de un fondo pintado, la pierna ligeramente levantada como un infante en un retrato de Velázquez. Y en el marco de al lado, su padre de treinta y tres años, delgado y anguloso, vestido en su napoleónico uniforme de embajador, con botones dorados, floraciones esmeraldas en el cuello y un bicornio en la mano. Serio en las dos fotos, preocupado de estar a la altura del papel que desempeñaba.

Tengo en mis manos el diario de vida estudiantil de mi bisabuelo, su padre, el de las fotos, Manuel Rivas Vicuña. Una letra minúscula y perfectamente bien formada, lleno el diario de escrúpulos católicos que permanentemente chocan con el impulso de hacer algo por los pobres y de adherir a las ideas de reforma y racionalidades que cundían en Europa.

«1891 —escribe alarmado—, año de fatales recuerdos. La ínfima participación que tomé en la propaganda de las ideas revolucionarias me preocupó de tal modo que descuidé mis estudios y a esto se debió que fracasara por primera vez en un examen aunque fuera parcial. Di examen ese año de Historia Romana y fui aprobado por unanimidad. ¿Para qué hablar de la República de la Unión que mediante mi

iniciativa se fundó en el colegio y de la cual yo fui ministro del Interior, cuando esto es un testimonio del tiempo perdido?».

Chile era, como hoy, un colegio. Quien a los once años en el patio de los jesuitas ya era ministro del Interior solo tenía que esperar, estudiar Derecho, heredar y casarse para que las profecías del patio se hicieran realidad.

Mi bisabuelo no se movió ni un centímetro de ese destino trazado en el patio del colegio San Ignacio. Alejado, gracias a sus múltiples enfermedades, del mundo de cruzas de perros y peleas de huasos borrachos en que vivían su padre y sus hermanos, convertido en una especie de juguete de porcelana por sus tías solteronas de la calle Lord Cochrane, no le quedó más que ser sutil, idealista, pragmático, entrenado en comprender de antemano lo que el otro no dice. Fue redactor de El Mercurio y ahijado político —junto con Arturo Alessandri— de Fernando Lazcano, terrateniente sin carisma que ponía a disposición de los jóvenes liberales que escogía los votos seguros de sus inquilinos, cobrando a cambio una cuota segura de influencia en ambas cámaras.

Solo cometió mi bisabuelo la excentricidad de leer. Si eso hubiese sido posible hacerlo en el Chile de ese entonces sin deshonrarse, se habría hecho escritor. Lo intentó al final, cuando se estaba muriendo. Aunque desde el comienzo de su infancia vivió en una permanente agonía que lo apuró todo en su vida: el colegio, la universidad, los veranos en el campo. Hasta que de pronto, un día, en el palco frente al suyo, vio a una niña no bonita pero «mona», dueña de toda la vitalidad que a él le faltaba. Y luego la presentación, una sonrisa, «Eduvigis González, encantada», las manos diminutas de esa mujer pálida, pobretona, hija de madre viuda pero pariente de toda suerte de primos millonarios. Y, al poco tiempo, la luna de miel en Alemania, para después volver a Santiago, ella a parir una hija y él a ser elegido diputado, ser nombrado ministro de una cartera, de otra, de otra más, entre rutinarias elecciones, combinaciones políticas y la promesa de llegar a ser un día presidente de la república.

Tuvieron mis bisabuelos siete hijos que llevan en su nombre la inicial de él —Mercedes, Manuel, Mario, Mónica, Maritza, Marta, Margot— y que además tienen como segundo nombre uno que simboliza el trabajo que él realizaba a la hora de nacer el niño: Del Buen Consejo, por ejemplo, era el segundo nombre de mi tía abuela Maritza porque su padre era consejero de Estado cuando ella nació; o De Santa María de Los Andes era el segundo nombre de mi tío abuelo Mario porque su padre era diputado por esa circunscripción…

Hijos, entonces, como emanaciones del padre, esquirlas de sus batallas, huellas de su carrera. Las mismas iniciales de él, la M obligatoria pero también la obligatoria sobriedad y buenas notas que les exigía para no avergonzar en público a su dios. Eso eran los siete Rivas, cinco niñas y dos niños, para ese padre esquivo que se encerraba cada vez que podía en su escritorio y que detestaba ponerse las colleras de oro y el frac para salir. El mismo padre que todos los días, antes de que se fueran al colegio, les repetía a sus siete hijos que eran «siúticos y pobres». Para que por nada del mundo se creyeran mejor que los demás.

«Desde el primer instante nos dimos cuenta de que todos los niños querían ser nuestros amigos y concluimos que no podíamos ser siúticos —cuenta mi tío abuelo Mario Rivas González en una autobiografía por encargo—. Desde el primer cumpleaños comprendimos que nuestra casa era mejor que las de los demás y que no podíamos ser pobres. Esta inyección de modestia nos produjo el más desenfrenado orgullo».

El desenfrenado orgullo: esa era la terrible carga contra la que mi abuela trató inútilmente de inocularme. «No seas como los imbéciles de mis hermanos», me advertía cuando me convertí en «una afilada pluma del periodismo que dice qué hay o qué no hay que hacer», que es como resume la revista Ercilla la carrera de mi tío abuelo Mario. Porque nadie había sido más víctima de ese desenfrenado orgullo que sus hermanos Manuel y Mario, dedicados la infancia entera a hacer bromas para ver a su compuesto y diplomático padre teniendo que pagar las faldas de las damas que destruían con un gancho al colgarles en los traseros un cartel que decía EN LIQUIDACIÓN, o disculpándose con el arzobispo cuando subastaban sus bienes para ayudar a los pobres.

Imposible de «colocar», mi tío abuelo Manuel terminó en un banco haciendo las alegrías del personal y del jefe hasta que se le ocurrió publicar los amoríos de este en revistas de circulación interna del banco. Tiempo después, incapaz de perdonar la infidelidad de la jovencita peruana con la que se casó, terminó por matarse.

Su hermano Mario, en cambio, prefirió otra forma más lenta del suicidio: se hizo periodista. Escribía notas de vida social altamente aristocrática en un diario que titulaba con crímenes y violaciones. En clave destrozaba a sus enemigos y novias, aterrorizaba a sus hermanas y extorsionaba a los restaurantes y tiendas que cometían «la rotería»

de cobrarle. Vestido de lino blanco, comiendo solo postre, se convirtió en el «pije» modelo de la corte de Pablo Neruda.

El orgullo desenfrenado estaba, abuela, perfectamente condensado en la vida y obra de su hermano mayor, Mario, comunista por puro desprecio a la clase media, defendiéndose a sí mismo en distintos tribunales, blandiendo contra sus enemigos un bastón que escondía dentro un estoque. Una serie de hijos no del todo suyos y de matrimonios más o menos desastrosos, una serie de libros prometidos y nunca terminados, un guardaespaldas al que le decían el Cara de Cueca porque parecía que alguien hubiese bailado sobre su cara. Todo eso y más para morir aplastado por su propia máquina de escribir un día cualquiera de 1972.

Manuel Alba, Marcel Proust

Todo el desenfrenado orgullo nacía justamente de una incertidumbre. ¿Quién era y qué hacía en Chile el primer Rivas? ¿De dónde venía, cómo se hizo rico? Eso apenas dos generaciones antes de que naciera usted. ¿Roteaban usted y sus hermanos de miedo a que los rotearan primero?

Así escribí para usted una especie de novela sobre el primer Rivas que se paró de pronto en la plaza desierta de Concepción. Plena independencia, nubes de polvo, batallas, gente que no hace preguntas. Un oficial presumiblemente catalán que no dijo de dónde venía ni explicó cómo de la nada se hizo lo suficientemente rico para casarse con una solterona local.

Traté de que su vida se entrecruzara con la mía, un niño sin país, de alguna forma también sin pasado. Todo era un poco surrealista y sentencioso, los Rivas se llamaban Alba y cada capítulo empezaba con un caligrama. La novela que escribí se llamaba ¿Quién eres tú, Manuel Alba? Era el nombre que le había inventado a mi primer ancestro. Hasta el día de hoy me cuesta pensar que un cuento o novela que tiene una pregunta en el título pueda ser otra cosa que una fantasía adolescente. Todo en ese libro estaba escrito para que mi abuela me adoptara como su cachorro.

Con cálculo y dedicación, no he escrito en mi vida más que cartas para probarles a los más exigentes críticos que no soy el simple payaso que por lo demás me encanta ser. Logré del todo mi cometido. Mi abuela leyó el manuscrito y decretó que yo era genio. Apurada y ejecutiva, pagó a su amiga Marta Huidobro para que mecanografiara mi libro. Mecido por el calor de las estufas, veía a las dos ancianas pelear por cada coma. Me sentía poderoso, parte central de la historia de la literatura misma. No he sentido ni siquiera ante mis libros publicados posteriormente la extraña emoción que me embargó cuando tuve entre las manos esas pequeñas hojas tamaño carta, escritas con tipos redondos de máquina de escribir eléctrica. Escribo quizás un poco para eso, para que alguien me saque en limpio.

Mi abuela fotocopió mi manuscrito cinco veces y lo mandó a uno de los pocos concursos literarios del Chile de la época. Tenía varias categorías: novela, poesía, ensayo y testimonio. Yo estaba seguro de que había escrito una novela. Nombres, hechos, personajes inventados, los acontecimientos reflejándose de un siglo a otro a través de varios trucos surrealistas: escaleras de palabras, espejos al fondo de los cuales veía a mi antepasado y él me veía a mí. Mi abuela, sin embargo, decidió unilateralmente que era mejor mandarlo a la categoría de testimonio.

—El jurado de novela es demasiado jodido para ti —me explicó—. Además, las novelas son una lata. Mucho mejor un buen testimonio que una novela más o menos.

Asustado, temeroso de que en cualquier momento me despertaran del sueño que estaba viviendo, no le discutí a mi abuela la estrategia que de alguna forma marcaría mi vida.

Mi abuela me dejaba ser escritor a condición de que contara mi vida y solo mi vida. En venganza escribo hoy la suya, que de seguro no le habría gustado leer. Hizo de mi primera novela un testimonio; hago entonces de su propio testimonio, que escribo sin cambiar nombres ni acontecimientos (a no ser los que mi memoria cambia y acomoda por sus deficiencias), una novela. Cuento todo para que sepa cuánto duele no poder entrar más que a escondidas en el jardín prohibido de la ficción. Le robo la llave sin piedad de ese jardín que cerró para mí el día en que decidió que mi libro era un testimonio.

Dos meses después se entregaron los resultados del concurso. Ni una mención honrosa, nada de nada, solo las cinco copias que fui a buscar a un subterráneo de la Sociedad de Escritores y una nota en tinta verde escrita por un evaluador anónimo: «Si el autor tiene como pretende dieciséis años puede ser que cuando más grande tenga algo que decir algún día. Por el momento el manuscrito es una masa de poesía dudosa y de historias que le interesan solo a la familia del autor. En resumen: francamente malo pero con buenos momentos».

—Esa niña no sabe nada de nada —exclamó mi abuela al leer la nota —. Es una mujer, estoy segura. Solo las mujeres pueden escribir tanta tontera junta. No te preocupes, no le hagas caso —concluía, mucho más indignada que yo. Y seguía—: Mi papá reprobó dos veces el bachillerato. Solo a los idiotas les va bien en esa cosa. Mira al pobre Proust, le rechazaron siete veces su novela. Ese siútico maricón de

André Gide se dio el lujo de no publicarla, imagínate. ¿Cómo vas a comparar a Proust con Gide? Los premios no sirven para nada. El premio Nobel lo ha ganado una cantidad de imbéciles increíble: desde José de Echegaray a Pearl S. Buck. ¿A quién le importa ahora Pearl S. Buck? No seas tonto, esa niña no sabe nada.

Pero vio mi abuela que no me movía de la pena, que me hundía incluso más en ella. Decidió, de pronto, estirar la mano hacia su velador aerodinámico y blanco y sacar de ahí su mayor trofeo. El primer tomo de la colección La Pléiade de En busca del tiempo perdido, que me entregó.

—Es difícil al principio —me advirtió—. Pero después es lo más entretenido que hay. Una sensibilidad fantástica la de Proust, las cosas que veía. Esa parte donde empieza a ver que las telefonistas son como sirenas al fondo del mar. El maricón de Gide le rechazó el libro porque era un siútico majadero. Tuvo que publicar el libro con su propia plata. Era lo más valiente que hay, Proust. Le encantó el ejército, por eso le molestó tanto todo el affaire Dreyfus, porque creía en los milicos, hasta que se dio cuenta de que eran unas buenas mierdas todos.

Y seguía:

—Proust era lo más siútico que hay, tú sabes, lo más esnob, se pasaba con marquesitas, pololeando con el chofer, hasta que se encerró completamente, pasó la mayor parte de su vida encerrado en su pieza escribiendo día y noche hasta que se murió. Eso es escribir, mijito, cagarse la vida en una pieza llena de corchos porque no soportaba el ruido.

Sabía que hasta que no me prestara esos tomos de listones dorados yo no sería considerado por mi abuela un escritor de verdad. Solo ahora que había fracasado lo suficiente, solo ahora que mi primer intento había sido rechazado, podía yo leer el libro que a ella, escondida en un baño de Lima, le cambió la vida, a los diecisiete años, cuando su papá era embajador y sus hermanas vigilaban sus lecturas para que no se volviera degenerada.

Sabía que no le regresaría nunca el libro que empezaba exactamente como empezaba mi malogrado manuscrito con título en forma de pregunta, con un niño que mira las sombras moverse por su habitación mientras espera que su madre le venga a dar el beso de las

buenas noches. Un niño que no tiene nombre y que podía por lo tanto ser yo. Yo, en esa mezcla de excitación y desesperación, esperando el beso que me liberara y me hundiera, celoso de la luz a los pies de mi puerta, y al mismo tiempo feliz de abrazar la oscuridad y sus jardines. Más que todos los espejos falsos de mi manuscrito, mi abuela me regalaba una cara con la que salir a la calle.

Y un pasaje de Proust subrayado por usted, abuela, con un lápiz mina en medio de la nada:

«Y —como un enfermo que ha dejado de mirar su propio rostro, que se ha limitado a adivinar sus rasgos basándose en la idea de sí mismo que habita en su mente, retrocede espantado viendo en el espejo, en medio de una figura árida y desértica, la pirámide oblicua y rosa de su gigantesca nariz— yo, para quien mi abuela era todavía yo mismo, yo que solo la veía a través de la imagen que guardaba de ella en mi alma, habitando un inmutable pasado, vista siempre a través de la transparencia de los recuerdos contiguos y superpuestos, de golpe, en nuestro salón —parte de un mundo nuevo y ajeno, el mundo del tiempo, ese en que viven los extranjeros de los que se dice "qué bien envejece este tipo"— por primera vez, y solo por un instante, ya que muy luego la imagen desapareció, la vi bajo la luz de la lámpara, roja, pesada, vulgar, enferma, paseando sus ligeramente desorbitados ojos sobre un libro; por primera vez vi en mi abuela a una anciana apesadumbrada que no conocía».

Los escritores

El manuscrito y el concurso solo hicieron más visible e inevitable un pacto tácito entre nosotros. Yo era, yo debía ser, el escritor que ni usted ni mi papá ni su papá fueron. Mi libro, escrito, transcrito y rechazado por el jurado, abrió un espacio nuestro y solo nuestro. Un espacio que no era otro que su biblioteca, esparcida por distintos rincones de la casa, libros forrados con papel de regalo impermeable, llenos de etiquetas y anotaciones, descosidos y apenas cuidados y que eran mi arsenal a la hora de la batalla. Porque para una guerra me preparaba mi abuela. Eso me enseñaba al contarme sus anécdotas con escritores, las distintas tácticas y estrategias para enfrentar el combate.

Préstamos de libros, sesiones de películas. Como si saber cómo comían, hablaban y caminaban los escritores de verdad me pudiera convertir en uno de ellos, absorbía yo complacido los relatos de las tardes que había pasado mi abuela con José Donoso o con Gabriel García Márquez. O con Manuel Rojas, que era el que estaba en la cima del Olimpo de sus amigos escritores.

—Era buenmozo como un sol —me decía, y me mostraba en una foto a un obrero grueso que se parecía a Agapito Santander, el amigo pirquinero de mi papá.

Alto, de una sola pieza. Labrado en piedra, el pelo prematuramente encanecido, cortado a hachazos. Obrero, anarquista, dueño de un inacabable manantial de anécdotas protagonizadas por fugitivos que atraviesan la cordillera en burro o duermen en trenes de carga, temerosos de ser aplastados por las vacas. Arreglaba el escritor los enchufes de la casa de mi abuela o la acompañaba cuando había que echar a una empleada vengativa. A cambio, de vez en cuando mi abuela le regalaba alguna frase que Manuel Rojas anotaba, como el aforismo del que mi abuela estaba más orgullosa: «El oído es el órgano sexual de la mujer».

—Lo escribió ahí mismo mientras se lo estaba diciendo. Me pasaba sus páginas para que cambiara lo que quisiera.

Cuando mi abuela lo conoció, Rojas era ya el autor de la mejor novela chilena en la escasa historia novelesca del país: Hijo de ladrón. Pero

trabajaba aún de obrero tipógrafo en los mismos diarios en que escribía columnas.

Respiraba ella todo lo que Manuel Rojas y su inseparable amigo José Santos González Vera escribían, una poesía de la pobreza, una rabia contemplativa, una rebelión sin chillido, todo envuelto en la mayor claridad.

Claridad se llamaba justamente la revista en que escribían Rojas y González Vera, y Neruda desde Temuco. Revista que en pleno reino de mis bisabuelos (don Manuel Rivas Vicuña y don Rafael Luis Gumucio) la policía y una turba de niños bien —primos y amigos de mis abuelos— cerraron a bastonazos, obligando a sus redactores a exiliarse, primero en la techumbre de sus casas y luego en alguna caleta del sur.

Hasta que un día se produjo un encuentro calmo y casi normal entre mis abuelos —los hijos de los ministros y senadores que justificaban la represión— y los anarquistas de ayer, encuentro que de alguna forma selló el destino del país. Una Punta de rieles, como la novela en que Manuel Rojas se atrevió por primera vez a hacer hablar a un «futre», un niño bien, Fernando Larraín Sanfuentes, que escucha las confesiones de Romilio Llanca, que ha asesinado a su mujer y que encuentra en Larraín Sanfuentes una especie de absolución. Ahí, en esa novela, aparece de repente usted, abuela, convertida en la prima Marta. El encuentro de dos culpas, de dos mundos, el del niño rico que carga con el pasado, el de su empleado que carga con su cuerpo. En esa frontera, donde los anarquistas dejaron de serlo y los oligarcas empezaron a serlo menos, se preparó la revolución chilena de los años sesenta y setenta.

La claridad, ante todo la claridad: tenía usted decidido de manera definitiva qué tipo de escritor yo tenía permiso para ser.

—Kafka no, Joyce ni cagando, Tolstói no seas loco, Sartre ni a palos, García Márquez, ¿para qué? ¿Tú conoces esa parte en La gaviota, la del reflejo de la luna en el vidrio roto? Así hay que escribir, como la luna cuando se refleja. No decir las cosas directamente, esperar que pasen solas. El otro, el joven que escribe cosas simbólicas, se mata al final. La leíste, ¿no? Es fantástico Chéjov. Moscúúú, Moscúúú, Moscúúú, las pobres Tres hermanas, tanta huevada con ir a Moscú. Es un símbolo, como los cerezos en El jardín de los cerezos. En París vi una versión increíble con Michel Piccoli en que ni siquiera se veían los cerezos. El puro ruido cuando los botan. Eso es teatro, mijito. Tú

dedícate a escribir de lo que conoces, lo más sencillo posible —me ordenaba—. Decir la verdad. Esa era la gracia de los primeros libros de la Isabel Allende, no pretendían nada. Eran puro pensamiento hablado, por eso le fue tan bien. No son buenos los libros, son encantadores, lo que es mucho más importante. Eso es lo que no entendió nunca Pepe Donoso. Le dio una envidia negra el éxito de la Isabelita. Era alumna mía la Isabel, no sé si sabías. Lo más pluma que hay. Su mamá es una pesada, pero ella un amor.

Tiene razón usted, abuelita, siempre tiene usted toda la razón del mundo: la pretensión es asquerosa; la ambición, una miseria; la sencillez, la única verdad que existe. Pero ¿no es triste un mundo en que la gente solo habla de lo que conoce? ¿No es patético un universo en que la gente se rinde antes de explorar lo que no sabe, lo que quizás nunca conocerá pero que está aquí, temblando a un paso de nosotros? ¿De qué hablamos entonces, abuelita, si no es de los errores y de los tropiezos de los que quieren ser lo que son, decir más, decirlo todo, no callarse nada?

Tiene la razón, abuelita, pero por eso mismo está centralmente equivocada. El sentido común y la buena educación son la base de todo arte, pero ¿cuánto del suyo y del mío es hijo del miedo? ¿Cuánto de su desprecio por lo complejo, lo enrevesado, lo barroco, por los imbunches de su amigo Pepe Donoso, por ejemplo, tenía que ver con el miedo a quedar fuera de la tribu chilena? ¿Qué ganamos nosotros, abuelita, con esa mierda de buen gusto chileno? ¿No estábamos de entrada excluidos del juego? ¿Qué sacamos con ser discretos en un mundo que a fuerza de silencio nos aplasta? La escritura, por lo demás, ¿no es para el escritor siempre una apuesta? ¿No es esa la ambición que le faltó, abuelita, no solo sobrevivir y adaptarse, sino dictar su destino, adivinarlo, forzar, como dice uno de los comandos de mi computador, una salida?

Así, bastó que la crítica unánimemente destruyera mi primer libro (que era chejoviano, como pensé que le gustaría que fuese) para que usted se uniera al coro de los críticos. Ofendida casi, como si la hubiese defraudado, me retiró de una sola vez todo el apoyo. Así, de un día para otro, decidió que yo era periodista y nada más.

—Y nada menos, porque escribir una buena crónica es bastante, pedazo de mierda mal agradecida.

Respondía por adelantado a todas mis quejas: «Ya no sigas, es tan latoso escribir. ¿Para qué escribir si no vas a ser Proust? No seas neurasténico». Yo nunca sería Proust, ni Tolstói, ni Chéjov. Nada

sacaba con alegar que el primer paso para ser alguno de ellos era proponérmelo. Para usted en la literatura había que ser genio de nacimiento, aunque repitiera como una cantinela infernal: «Escribir es diez por ciento de inspiración y noventa por ciento de sudor».

Pero ¿quería usted realmente que yo fuese el escritor que nadie en su familia se atrevió a ser? ¿No apuré yo esa idea? Pienso ahora que quizá mi insistencia en que me presentara escritores o le mandara por correo mis manuscritos a Carmen Balcells, o a su exalumna Isabel Allende —cosa que nunca hizo—, le recordaba otras tantas relaciones desiguales, otros tantos equívocos que tenían también a jóvenes escritores ansiosos y sus manuscritos por objeto.

José Donoso, quizás el escritor chileno con el que tenía más gustos en común, era el símbolo mismo de ese equívoco. Leían más o menos los mismos libros (Henry James, Proust, Jane Austen y toda suerte de biografías con confidencias), destrozaban las novias semiplatónicas de él, como la Carmen Orrego, a la que Donoso le dejaba a toda carrera ramos de flores, y la Ana María Vergara, tan mona con sus ojos azules. Hasta que Donoso empezó a insistirle a mi abuela para que promocionara su libro, para que le escribiera cartas de recomendación para visitar cónsules y agregados culturales en Buenos Aires.

Mi abuela no se negó a nada, pero nunca le perdonó del todo a Donoso el apuro. Hasta que una tarde de calor infernal Donoso le insistió en que lo llevara a un cine al final de la ciudad. Ahí le pidió a mi abuela que hablara con el acomodador, que se limitara a decirle que estaba ahí. Mi abuela obedeció. Consumado el encuentro, su amigo volvió con los ojos húmedos de emoción.

—Me pidió matrimonio, el patudo —se quejaba mi abuela treinta años después—. Me dijo que nos casáramos, que yo ya conocía su secreto, que no iba a pasar nada entre nosotros. Yo me iba a encargar de promocionar sus libros y él iba a irse por ahí con esos pacos con los que le gustaba acostarse. Pero mira el fresco de mierda, yo estaba perfectamente casada y viene y me dice eso. Yo vomité como una semana entera, te juro. Le mandé a decir a la empleada que si llamaba Pepe Donoso le dijera que estaba muerta.

En los diarios de José Donoso leo sobre esa mujer terrible que mi abuela también fue, la rubia que no perdona la debilidad de los morenos tipo Tonio Kröger, la señora que aplasta como bicharracos a los que tienen la imprudencia de confesarse.

Y tenía mi abuela muchos más amigos escritores. «El maricón de

Roque Esteban Scarpa», decía, que logró a través de ella hacerse nombrar director de la Biblioteca Nacional, puesto que no abandonó hasta cuando su benefactora fue exiliada. Y García Márquez, la perla más vistosa de su corona de amistades literarias, que tomaba té con baguete con ella en París, la abandonó cuando mi abuela le presentó a la Tencha, la viuda de Salvador Allende. Y el poeta Armando Uribe, que parecía tan puro, tan similar en gustos y carácter a ella, pero que terminó por hacerse más amigo de su marido, recibiendo como recompensa la embajada de Chile en China.

Nunca del todo segura de si sus amigos escritores la buscaban o no para acceder a su marido, el diputado y después senador Gumucio, mi abuela escogía por amigos a los que parecían estar más allá de toda búsqueda de un puesto en la administración pública. Así, eligió a Benjamín Subercaseaux, que como ella iba desde la riqueza hacia la pobreza; a Manuel Rojas, que venía de un anarquismo demasiado recio para buscar nada de mi abuela; a Marguerite Yourcenar, que no disimulaba sus propósitos más bien sexuales, regalándole a mi abuela huevos de pascua pintados por ella.

Mi abuela, nacida en el poder mismo, exiliada antes de envanecerse en él, no podía compartir con los escritores su admiración por los ministros, ni alentar su piratería, ni alegrarse con su mendicidad.

Así, la literatura le parecía a mi abuela apasionante, necesaria, urgente, y los escritores en general unas buenas mierdas, siúticas y mal vestidas y fascinadas por las cosas más estúpidas. Hubiese querido poder pensar yo como ella. Pero era también yo un aspirante. La historia de su familia era solo parcialmente la mía, estudiante pobre de un liceo en París y de una escuela subvencionada por el Estado en Chile, hijo desheredado que buscaba en usted no una embajada o una beca pero sí sus cuentos de Roma y Constantinopla, sí la certeza de ser parte de algo que se parece a los libros. Es eso lo que me hizo escritor: vivir a medio camino de sus mitos y de mi realidad de informe para asistente social; es eso lo que me llevó a sus libros, no el interés por leerlos sino la necesidad de abrigarme en ellos para pasar el frío de una adolescencia de culposo niño hijo de marxistas cristianos. Me hice escritor para tener un lugar en su reino, abuela, para saber que justamente ese papel me impedía pasar del todo el umbral de su puerta.

¿Quiso librarme de un destino atroz, de la duda y la traición permanente, de chocar y chocar contra la misma piedra? ¿Se arrepintió de haberme elegido un destino que me quedaba grande o me entrenaba para hacerlo mejor, contándome todo, pidiéndome más?

Esa es mi duda, ese mi dilema ahora. No sé cómo separar de sus consejos la parte de lucidez y la parte de miedo. Veo esa contradicción en el centro de todo lo que usted fue para mí. La más valiente pero no del todo valiente. Una mujer que detestaba las convenciones, pero que las obedecía finalmente todas. Usted, abuelita, la rebelde que era demasiado inteligente para rebelarse contra nada, porque sabía que las reglas no eran gratuitas ni absurdas y que los castigos dolían de verdad. Mal podía entender usted la cuota de engaño, de ilusión, de mentira que los escritores necesitan llevar consigo para después desmentirse, desilusionarse, desengañarse.

Hubiese querido ser como ella un lector puro, que no se mancha con intentos, que no se vende al halago falso de los ilusos que escriben. Pero en su desprecio profundo por los escritores estaba instalado el núcleo mismo de nuestra diferencia. Mi abuela era, yo quería ser. Mi abuela leía, yo escribía.

Todo, pues, nos llevaba a ser aliados al principio; todo nos llevaba, a la larga, a oponernos. No puedo dejar de pensar que este libro que escribo ahora es el fruto de esa oposición. Una batalla es lo que escribo, una declaración de amor, es decir una declaración de guerra.

Tribunal eclesiástico

Le reprochaba, le sigo reprochando su ambigüedad. Me había convertido en su pupilo, el boxeador rabioso listo para vengarla en el cuadrilátero de la literatura. Me entrenaba, me aleonaba, pero cuando empezaba la pelea abandonaba mi rincón y lanzaba la toalla al suelo antes del primer asalto, para que no sufriera más.

Porque en su desprecio por lo que yo escribía había ante todo preocupación, temor a verme hecho polvo, como todo escritor que se respeta termina por hacerse polvo. Majadería, ceguera, locura: quería ahorrarme todo eso porque no era su pupilo, ni su alumno, ni su aprendiz de brujo: era su nieto.

O más que eso, era el hijo de su hijo. El primero, el más difícil, el más «adorable» de sus hijos, el que de una manera irresoluta pero constante huía de usted sin nunca irse del todo. Era entonces yo el puente con ese hijo que se le había de alguna forma escapado a Berlín, Mozambique o La Reina.

Nuestra amistad no podía ser desinteresada. Yo buscaba en usted el pasado, y usted en mí el futuro, la sobrevivencia, el presente también, un peón en esa pelea por conquistar lo que se supone era suyo: sus hijos, su casa. Yo buscaba en usted inventarme un padre que me obligara a ser elegante y escritor. Usted buscaba en mí a un hijo que pudiera decir en voz alta de qué sufría, que pudiera admitir lo que mi padre nunca se dignó a admitir: que le dolía la separación, el exilio, la dislexia, todo lo que salió mal, todo lo que era mi deber, mi exclusivo deber, corregir ahora que me hacía adulto delante suyo, dispuesto a cumplir todas sus promesas, ser lo que usted me enseñó que tenía que ser.

En el centro mismo de toda nuestra complicidad, de todos nuestros equívocos estaba el hecho de que, aunque mi abuela no era mi madre, era una madre que lo volvía a ser a través mío con una intensidad desconocida.

—Mira, ahí está todo —me mostraba el álbum de fotos verde en el que había guardado todos estos años las pruebas del crimen.

Flores en blanco y negro en la primera página del álbum de fotos,

luego el tío cura en la recién inaugurada iglesia Santa Elena en la calle Presidente Errázuriz. Mi madre con los ojos desorbitados saluda a los cuatro puntos cardinales al mismo tiempo. Testigos, invitados, tías, primos, amigos de amigos, nidos en el pelo, ojos cercados de negro y pestañas postizas, faldas apretadas, carteras brillantes, iglesia recién inaugurada, amplia y sin adornos, en El Golf. En otra foto, mi abuela, diminuta en su abrigo azul marino, estira su mano con sonrisa incómoda al presidente de la república, Eduardo Frei Montalva, compañero de partido y amigo de juventud de su marido que no se digna a dejar el cigarrillo que en una y otra foto fuma, la cabeza y la sonrisa agachada hacia la nada.

1967, la época de gloria, lejos de la incertidumbre de los años cuarenta, lejos todavía de la revolución y el exilio; esas fotos que eran la prueba de un momento en que el país era nuestro, y la tribu era una, y la audacia posible. Mi abuelo materno y su bigote diplomático llevando a su hija feliz al altar en que la esperaba su cuñado, mi tío Esteban, vestido de cura, todo perfecto, abuela, curas, autoridades civiles, invitados, todos parientes hasta donde alcance la vista.

Mi madre me cuenta llorando, en el Tavelli, su paso por el tribunal eclesiástico que disolvió canónicamente su matrimonio con mi padre.

—Me casé con Rafa —lloró mi madre ante los curas— porque con él no iba a tener que comprar nunca un refrigerador.

El tribunal eclesiástico no entiende a qué se refiere mi madre, aunque está dispuesto a creer que se trata de una prueba de inmadurez, la causa que han escogido para anular el matrimonio. ¿Inmaduros a los veintiocho años? Tan inmaduros como el país, como el mundo ese año 1967. Aunque quizás de una forma más visible, más irremediable, trata de explicarle mi madre al tribunal usando como ejemplo el refrigerador. Con mi padre, mi madre pensaba ahorrarse el horror de las casas recién puestas, como quiere decir sin poder decirlo claramente; los niños rubios, los maridos Jaimes (ingenieros o abogados engominados que no se sabe por qué se llaman siempre Jaime). Pensaba vivir una vida aparte en un momento aparte de la historia de Chile, del mundo, no necesitar, no pedir nada a nadie.

Pero vino el golpe, el invierno, París, y mi padre que estaba hecho para cualquier cosa menos para resistir, o que podía resistir pero solo, sin nadie que lo obligara a despertar de esa mala siesta.

¿No pensaba eso también mi abuela, vivir sin refrigerador ni casa nueva, cuando se casó con mi abuelo? El joven Gumucio que se dejaba ver en el Club de La Unión solo para no decepcionar a su padre, que había comprado su acción ahí a precio de oro, para desaparecer apenas podía por la puerta trasera y hacer tiempo el resto de la noche para no llegar demasiado temprano de vuelta a su casa. Mi abuelo, que tampoco era un Jaime, y su matrimonio, que era también una excusa. ¿Entrevió esa escapatoria la noche aquella en que le entregó como si nada un anillo de compromiso en la oscuridad del cine? «Toma, esto es tuyo», como a escondidas, en secreto, con toda la vergüenza del mundo. ¿Creyó usted, como creyó mi madre, que podría con él llegar a ser vieja sin ser adulta, como dice una canción de Jacques Brel? ¿No era ese el sueño, el combate por el que casi murieron, por el que siguieron viviendo mis padres, usted, su marido, Allende, no la revolución, no el pueblo, sino ese extraño lugar sin lugar donde podían hacer las cosas de los grandes jugando a no matar a nadie?

—Encantadora tu mamá. Un poco demasiado imaginativa. No es bonita pero es mona. No lee nada pero no necesita, puede hablar con cualquier especialista en cualquier cosa y no pasar vergüenza —me decía mi abuela.

»Mira lo jóvenes que están —me mostraba el álbum de fotos—. Vino todo el mundo. Mira el majadero de don Enrique la cara de serio que pone. Una mujer de lo más clever la Isabel.

Recorría las fotos del álbum exprimiendo una explicación imposible. Nadie de ahí era el mismo, nadie era real. Como las copas y los platos, copias exactas de los que le regaló el rey de Bélgica a Eduardo Frei Montalva, todo, mobiliario, vasijas, platos y cubiertos, todo se había visto disuelto.

Otra foto: mi padre engominado y delgadísimo muestra complacido las encías. Finalmente, el Cadillac negro en que, sin dejar de saludar, mi padre y mi madre se meten agachados para ser conducidos directamente a Sevilla, donde los acaba de becar el Instituto de Cooperación Hispánica para investigar en el Archivo de Indias la influencia de los filósofos de las Luces en las colonias. Archivo que mi papá, intimidado, no se atrevió nunca a pisar, mandando a mi madre a bucear en las carpetas mientras probaba él uno a uno los escusados de los hoteles de lujo de la ciudad.

—Se fueron a España recién casados, Rafael y la señora Isabel. Un año entero en Sevilla, los frescos. Les conseguí unos puestos fantásticos en

Viña cuando volvieron. Yo les busqué casa. Con dos pesos cincuenta hicimos maravillas con Nanchi, que me ayudaba a decorar todo. Qué frescos más grandes, no me dieron ni las gracias. Qué gente más rota. Yo fui una santa con la Isabel. Yo fui lo más buena que hay.

Y su mano apretaba mi brazo. Una ligera angustia la agarraba poco a poco. Necesitaba con urgencia que le confirmara una vez más su santidad inevitable. Todo perfecto, todo luminoso, abuela, una pareja dorada, unos hijos lindos, el mar, la playa, la universidad. ¿Qué pasó? ¿Qué se rompió? ¿Quién lo rompió? Me pedía a mí, que era hijo mismo de esa quebradura, una explicación.

Otra foto más: la risa en el auto, las manos que saludan, los flashes y los abrigos de piel y los niños de anteojos y corbata. Ese ruido silencioso, la fiesta, mi fiesta, la única a la que no fui invitado. Todo en el álbum de fotos que apretaba contra mi pecho como si tuviera miedo de que se escapara sin mí.

—Llévatelo, es tuyo —me decía mi abuela.

Porque lo había guardado para eso, único vestigio del matrimonio del hijo, ese álbum era para mí, que lo llevaría de vuelta a la casa de mi madre y su tribunal eclesiástico. La prueba de cargo. Pasó lo que pasó, señores jueces canónicos, obispos, Dios padre mismo, ahí está la prueba. Se casaron delante de todos cuando todo era fácil, ahí está todo en blanco y negro, satinado a veces, crudo otras, las sonrisas, los aplausos como una infinita repetición sin tregua, inmadurez tal vez, señores jueces, pero de la sagrada, de la definitiva, de la indisoluble.

Casino

Trato de imaginar ahora su propia boda en el verano de 1938, abuela, recién salida del duelo por la muerte de su padre, apenas repuesta de su amor medio clandestino por Samuel Ros. ¿Enamorada? No sabe.

—¿Y si no me caso, mamá? —preguntó usted vestida de novia.

—Estás loca, eso no se le hace a don Rafael.

A ese don Rafael que no era el novio, que era su suegro, que era el honor, la familia, esas cosas tan viejas que, supo, siempre son nuevas, inevitables, eternas. Casada para no molestar, por cumplir, fue el único de los matrimonios de la familia que duró hasta que la muerte los separó.

Para evitarse papelones, intentó informarse con sus amigas casadas sobre los riesgos de la noche de boda. No quería por nada del mundo repetir la bochornosa escena que protagonizó una de sus hermanas, quien, al ver un extraño chichón rojo salir de debajo del vientre de su marido, llamó de urgencia al hospital para que se lo deshincharan, al pobre. Usted en cambio preguntó y preguntó hasta hacerse una idea más o menos clara del asunto. Los cursos de enfermería le ayudaron con la anatomía. Para las gotas de sangre sobre las sábanas compró kilos de toallas Kotex y las estiró sobre la cama de dos plazas del Hotel O'Higgins, donde se consumaría su noche de boda.

Para su suerte, mi abuelo —como buen católico— ya no era virgen. Mientras se desesperaba de amor por la Blanquita Pérez, que lo había dejado por puro distraído, una prima con mentalidad gimnástica lo ilustró someramente en las reglas de la cópula. A pesar de este entrenamiento puedo suponer —creo suponer, quiero suponer, quizás — que no era ningún experto. Unió entonces mi abuela su ignorancia informada a la experiencia desinformada de mi abuelo. Desventurados, solos, no puedo imaginarme cómo hicieron lo que tenían que hacer. Eran otras personas que las que conocí, eran quizás también otras personas que ellos mismos. Tenían —cosa que me resulta inconcebible pensar ahora— ganas.

Curiosos, sorprendidos, pudieron hacer lo que tenían que hacer porque nadie lo iba a escribir después, porque no tendrían que rendir

cuentas de ellos nunca a nadie. Respeto ese pudor. No me queda otra. Mi existencia misma depende de eso. Existo porque nadie los interrumpió entonces. Y sin embargo no puedo evitar las inevitables preguntas: ¿qué esperaban? ¿Qué temían ustedes dos? ¿Qué sintieron?

Colgado del cielo raso como una ampolleta apagada, veo (imagino) a mis abuelos acomodándose en su incomodidad, pactando su lugar, cuidándose de no destaparse demasiado. Pasajeros de un mismo minúsculo compartimento de tren, vecinos de la misma burbuja, preocupados de pasar la noche, de sobrevivirla. Ahí están, «yacen», palabra casi tan siútica como «boda», en su «lecho» (otra siutiquería) «nupcial» (esa es la peor). «La vida es una rotería», dice hoy con razón mi hermana Mariana. Y el matrimonio una cursilería, tengo que agregar. Cursi como es siempre cursi lo que intenta institucionalizar los sentimientos.

Ahí los veo, ahí los invento casi sin luz, escondidos en el fondo mismo de su habitación del Hotel O'Higgins. Conversan. Es lo que saben hacer mejor. Es lo que no han parado de hacer desde que se conocieron. ¿Cómo interrumpirse, cómo pasar a lo otro? La fiesta, la gente, el baile, «¿te fijaste en ese gallo?». «Y ese otro y ese otro más». ¿Una mano, una pierna, una señal que empieza todo? No me atrevo siquiera a cerrar los ojos de miedo a adivinarlo demasiado, a caer en el íntimo miedo a calentarme con mis abuelos. Como esos botes cuyos remeros se agachan a la hora de pasar por una caverna y escuchan el eco, con miedo y con frío, obligados a seguir flotando hacia la luz al otro lado. Unos minutos, dos gotas si es que... y ya está todo «consumado», la perla misma de todas las siutiquerías, la palabra «consumado», abuela.

¿Tanto cuento, tanto Kotex para eso?, pensó. No se le ocurrió quejarse en público, sin embargo. Quiero creer que se sintió aliviada. Les consoló, creo, quiero creer, tengo que creer, saber que después del himen abierto, de la sangre derramada, del abrazo desatado, seguían siendo exactamente los mismos. Amigos, compañeros, vecinos de exilio, casi hermanos. Se despidieron así gentilmente para alcanzar cada cual su cuota de tibia oscuridad en su lado de la cama de dos plazas.

La segunda noche de la luna de miel la pasó mi abuelo en el casino. «Viejo vicioso», reclamaba mi abuela aún décadas después. No lo hizo entonces. La había invitado a acompañarlo pero usted se lateó y después de leer el libro que traía consigo volvió sola al hotel. A él no se le ocurrió acompañarla de vuelta. Si usted le hubiese insistido quizás lo habría hecho.

No insistió. Un malentendido, una sordera, usted de vuelta sola a la pieza común. Llena de dignidad herida, decidió esperar que se diera cuenta por sí mismo de sus desatenciones, que por sí mismo recapacitara y con una sonrisa levantara la cabeza de la ruleta y siguiera la luna de miel su curso. Leyó unos minutos más la novela de Somerset Maugham. Oyó un ruido en el pasillo, apagó la luz y fingió estar dormida, pero el ruido pasó, no era nadie, así que siguió en la penumbra esperando hasta quedarse completamente dormida.

Tímido, cuidadoso hasta en sus vicios, Rafa volvió temprano al Hotel O'Higgins. La vio dormida en su lado de la cama y se aprontó a cambiarse la ropa. Y sin molestarse, sin explicarse, sin disculparse se acostó discretamente en su lado de la cama.

Fórceps

De ninguno de sus tres embarazos y partos hablaba mi abuela nunca. El útero le parecía más indecente aún que la vagina. Nada había en ella de posesivo, maternal o pachamámico. Su silencio escondía sin embargo una incomodidad de fondo, un secreto, un insulto. Mi padre nació con fórceps después de un parto interminable que casi mata a la madre y al hijo.

Culpable de no saber ni parir bien, vio cómo su hijo era nombrado por sus cuñadas solteras como Zarévich. Heredero del zar que era don Rafael Luis, mi bisabuelo, el patriarca de esa casa donde ella nunca se sintió a gusto. Pero Zarévich también como Aleksei, el hijo de Nicolás III y la zarina Alejandra, siempre enfermo, siempre a punto de morir, recibiendo sobre su rubia cabellera feneciente las bendiciones de Rasputín.

No hay mejor manera de definir a mi padre que como un niño nacido a medias, la cabeza afuera desde hace siglos, el razonamiento, los libros, todo perfecto, y el resto del cuerpo atrapado dentro de usted.
—Es lo más testarudo que hay, Rafael —admitía mi abuela señalando su único defecto. Y recordaba al pobre profesor particular que consiguió, y que renunció porque mi papá se obstinaba en leer la palabra lavatorio donde decía en grandes letras azules la palabra pila.

—Es mucho más largo lavatorio que pila —decía mi abuela, y confirmaba así su teoría sobre la inteligencia secreta de mi padre que, incapaz de separar las dos sílabas de pi-la, lograba a la perfección distinguir las cuatro de la-va-to-rio. No era tontera, seguía diagnosticando mi abuela, no era atraso sino honor, desenfrenado orgullo. Era heroísmo finalmente la incapacidad de mi padre para aprenderse el silabario. Un acto de independencia salvaje que había que premiar pasándolo de curso año tras año, aunque solo fuera a clases los días viernes, todo esto gracias a la ayuda cómplice de su cuñado Esteban, a la sazón rector del colegio.

Y de alguna forma también tenía en esto razón usted, abuela. La gasolinera o el banco donde querían mandarlo todos a trabajar hubiese destruido definitivamente a mi padre; inútil con las manos, torpe con los cálculos, solo era plenamente él en el deporte o en la lectura, dos cosas que hacía con desmesura, a cualquier hora y de

cualquier manera. Solo y contra todos, mi papá buscaba con eso, y aún busca, la perfecta independencia, la de mi abuelo, sazonada por una desmesura que era suya, de sus hermanos, de sus primos, de esos Rivas que tenían la costumbre de no decir de dónde vienen ni adónde van.

—Estudia solamente lo que le gusta, como toda la gente inteligente, eso es todo. Solo los tontos estudian lo que no les interesa. Sicólogos, sicopedagogos, doctores: tontos, mentirosos, ignorantes todos, solo yo le apunté, solo yo supe lo que había que hacer —decía mi abuela abandonando toda su ligereza, todo su ingenio, para hablar con una gravedad, con una rabia que me era completamente desconocida hasta entonces—. Era el niño más lindo del mundo. Tengo fotos. Era de morirse.

Mi abuela empezaba una y otra vez su relato por ese hecho de la causa. Su hijo nació perfecto. Sus cejas, su cráneo, sus acerados ojos de recién nacido le aseguraban a mi abuela que su hijo tenía que ser tarde o temprano un genio pero... pero... y saltaba sobre un silencio incómodo hacia sus primeros días de colegio, donde casi todo ya había quedado decidido: catorce notas 1.0, una por cada asignatura, los curas majaderos que querían hacerle repetir todos los cursos, su lucha para que lo dejaran pasar igual sin importar las notas, y así Hasta convertirlo en profesional, licenciado, magíster, doctor en La Sorbona incluso. Repetía una y otra vez su hazaña, se felicitaba por ella porque nadie más lo hacía.

El destino de mi padre era también el mío, abuela. Rehén también yo de sus decisiones, inapelables y perfectas, me resigné a estudiar Pedagogía en castellano.

—Te vas a alguna parte con una beca, sacas el doctorado y ya no te puede echar nadie de ninguna parte.

—Pero soy escritor, abuela —me defendía como podía.

—No seas tonto, los profesores están llenos de vacaciones, escribes en los sabáticos, no te pongas neurasténico, por favor. Yo le dije a tu papá que siempre los católicos necesitan profesores hombres. Los curas te van a regalar el título.

Y de nuevo la historia entera, el colegio, el bachillerato que le entregaron respondido, la Católica de Valparaíso en que mi papá brilló, y el golpe y los milicos y Elena de Troya y la beca de la

Fundación Ford que le impidió ir a buscar trabajo cuando el resto de los exiliados encontraron uno.

Yo no tenía esa ferocidad, no tenía tampoco esa dulzura; yo quería, como mi papá nunca quiso, salvarme a cualquier precio, al precio mismo de volver a escuchar una y otra vez las lecciones de sentido común de mi abuela:

—La gente sin cartón no llega a ninguna parte. La universidad es un certificado de que eres capaz de latearte. Nadie contrata a nadie que no sea capaz de latearse cinco años por lo menos. Las tontas de mis hermanas creen que con leer basta, pasan descubriendo las cosas más conocidas del mundo.

Pero odio a los adolescentes, pero mi ortografía es pésima, pero soy el único que vive en el barrio alto de todos mis compañeros del Instituto Profesional Blas Cañas, pero no tengo vocación pedagógica. Y ella:

—Saca el cartón y después hablamos.

1960, mi papá fumando un cigarrillo tras otro al lado de su propio escritorio cuando por fin usted, abuela, le encontró un colegio que lo comprendía, el de Enrique Cueto, español que vino a predicar la buena nueva de la educación participativa a Santiago. Una imagen que conocía y reconocía yo, que no fumaba pero había sido también salvado y arrastrado por una madre que creía en mí cuando nadie más lo hacía.

—Ya vas a ver, en la universidad vas a brillar —me predecía a mí usted igual como le había predicho antes a mi padre—. A los que les va bien en el colegio les va pésimo en la universidad. Tienes que estudiar en el pedagógico de la Católica. Les regalan las notas a los hombres en la Católica. Los curas de mierda lo único que quieren es tener profesores católicos hombres. Las minas lo único que quieren es encontrar maridos. Te va a ir regio, ya vas a ver, te van a hacer todos los trabajos.

Y todo sucedía una vez más como usted había predicho.

—Lo saqué profesional y todo —seguía golpeando su pecho mi abuela.

Su gran aventura, su suprema lucha, fue ser madre, ¿quién lo diría? Como la mayoría de las Marta Rivas de la guía telefónica, una mujer que lucha por sus hijos, por su hijo, al menos ese al que daban por

muerto pero que gracias a usted, abuela, se salvó, y tuvo cátedra, esposa, hijos y casa, hasta que llegaron los milicos y la señora Isabel se volvió loca. Hasta que sus predicciones dejaron de ser exactas y el Zarévich, herido por la revolución —no la bolchevique en este caso, sino la de Pinochet y sus Chicago Boys—, volvió a creer en lo único que no podía defraudarlo: los libros que leía escondido en el fondo del bus, la ciudad vacía en horas de oficina que recorría de arriba abajo como hipnotizado consigo mismo.

Ese era el juego antiguo que los vi jugar en el departamento de la Rue Pavé ese jueves en que se suponía iba a recuperar a mi padre. Manchado, ido, recibiendo en el departamento como si se tratara también de su imperio, ese fue el juego que no quise jugar, el que me proponían usted y mi papá, regalarme una vida que tendría que cobrarles después. ¿No hago eso, sin embargo? ¿No estoy haciendo eso ahora, abuela?

La toma de la Bastilla

Mientras me convertía en profesor de castellano usted cumplía sesenta y seis años. Más que su padre, muerto a los cincuenta y siete, y que su madre, muerta a los sesenta. Declaraba, cada vez que podía, que quería morir luego, sin saber cómo, pero no hacía nada para lograrlo. Seguía a los ochenta años conociendo gente, enamorándose de extraños, regalando libros de su biblioteca, esos libros que me legaría cuando se muriera: «No los mires a huevo, puedes pedantear una vida entera con mis libros». Y seguía inscribiéndose en diversos cursos de poesía mesopotámica o de inglés. Seguía revisando el atlas para saber cuánto tiempo Eslovenia se llamó así, cuántos Estados llegaron a convertirse en Yugoslavia, cuáles eran las fronteras exactas de Eritrea, ese misterioso lugar en que algunos de sus amigos de adolescencia fueron, por amor al Duce, a pelear hasta la muerte.

—Yo lo único que quiero es morirme. Vivir mucho tiempo es una rotería atroz —declaraba una y otra vez, maquillándose y desmaquillándose.

Pero, por otro lado, «la vejez es horrible y la vejez pobre es peor, el miedo a la decrepitud, a la semiinvalidez...», escribió en una de las tantas anotaciones sobre la muerte y la vejez que llenan su diario de vida del año 1979. Y también esto:

Lo bueno de morirse es no tener ya más preocupaciones materiales. Hasta el entierro y la tumba son preocupaciones para los demás y no conciernen al difunto sino muy indirectamente. ¡Qué descanso! ¡Qué clavo para la familia, todos esos trámites! Pero el muerto puede permitirse ser bien egoísta, y si no, ¿quién tiene derecho a ser egoísta? A veces he pensado que, desaparecida para otros su vida, el muerto sigue su curso en otra parte donde tendrá que readaptarse con dificultad a condiciones nuevas de resistencia. En la Tierra ya es «misión cumplida», su ser está cumplido. A lo mejor solo se muere a los ojos miopes de los vivos que no ven más allá de sus narices, como ocurre con tantas cosas que no vemos. En la perspectiva de la eternidad, por ejemplo, pasado y futuro están expuestos, son como decorados por los que pasará la persona. Son como las tapicerías que vio el rey visigodo don Rodrigo, en que figuraba la batalla de

Guadalete y la invasión de los moros.

«La vejez no es más que un honrado pacto con la soledad». Citaba una y otra vez en ese mismo diario de vida esta frase de Cien años de soledad, pero se daba crecientemente cuenta de que no hay honrado pacto posible. Como esas crueles guerrillas suicidas, la soledad pacta con su víctima para luego empujar siempre un poco más sus demandas, porque la soledad lo quiere todo, atacando donde y como nadie lo espera.

La soledad, que era el nombre que le había puesto usted a la muerte, la esperaba con perfecto sentido de la ironía el 14 de julio de 1989. Experta en Borbones, izquierdista aristocratizante, perdió usted en esa misma fecha su reino. Como a Luis XVI, no la mataron en esa fecha sino que le quitaron su autonomía, el derecho a decidir dónde ir y cómo y cuándo.

En París era verano cuando empezó la Revolución francesa. En Chile era invierno, ese invierno terrible en que llueve violentamente un solo día después de semanas y semanas de esperar que se junten las nubes. Traicionada por los zapatos de charol sin plataforma que usaba para darle algo más de glamur a su atuendo, resbaló a la entrada del cine arte Alameda donde se celebraba la conmemoración de la toma de la Bastilla.

—Franceses de mierda. No me toquen, no se preocupen. Estoy bien —dijo humillada por sus pies, en los que intentaba pensar lo menos posible.

La levantaron sin embargo dos desconocidos. Sus pantalones de terciopelo y su chaqueta de patchwork salpicada de aserrín, un mechón rebelde de pelo gris cayendo sobre su cara humillada por un dolor sordo que no la abandonó ni esa noche ni la siguiente ni la otra, su cadera rota en dos partes, la obsesión de sus próximos diez años, el fin de un solo golpe de la impunidad en que había sido vieja sin ser mortal.

El cementerio general

La cadera rota la obligó a concentrarse en su casa, su pieza, su cuerpo. Cada vez más escasa de noticias del mundo exterior, se puso a averiguar la vida privada de sus doctores, dos comunistas que habían servido en la Clínica Chiloé, donde las víctimas de la dictadura iban a sacarse las balas del cuerpo. Les declaraba su amor cuando los doctores acariciaban sus piernas para luego insultarlos cuando apretaban la herida.

Ocupada del todo en esa especie de extraño coqueteo con su propia invalidez, no logró adivinar que el golpe la esperaba al otro lado del pasillo, donde mi abuelo dormía —o más bien carraspeaba y fumaba— desde edades paleolíticas.

—Murió por indeciso mi viejo. Tenía que decidir entre fumar su cigarrillo o tomarse un vaso de whisky. Se confundió. No sufrió, tosió no más. No sean lateros, déjenme, es mi marido. No sean majaderos —le peleaba a sus hijos y nietos, que llegaron apurados todos a su llamado, calmo y perfecto: «Ya se murió el viejo. Vengan a verlo».

Y luego:

—Le puse un pañuelo debajo de la boca. Si uno no le pone eso quedan con la boca abierta para toda la eternidad. Yo soy especialista en muertos, he visto morir a gente toda mi vida. Miren, miren lo bien que lo dejé. Ya pues, córtenla, no estoy nada de cansada. Mi viejo se murió a una hora lo más decente que hay. Tan bien educado que era mi viejo. Era un caballero en el fondo. Eso es lo único que importa al final, casarse con un caballero. No tenía nada. Cuatro camisas asquerosas llenas de hoyos de cigarrillos es lo único que dejó. Eso es lo bueno de no dejar nada, hay menos roterías cuando se muere uno. Tenía whisky escondido en todas partes. En los lugares más insólitos, el viejo vicioso.

Miraba yo a ese señor muerto en cama que llevaba mi nombre, que era mi nombre. ¿Tú qué eres de don Rafael Agustín? Me veía obligado desde niño a explicar quién era yo con respecto a él. Un obispo medieval, verde y en paz, los ojos cerrados, ni del todo hombre, ni del

todo mujer, más bien alguien por encima de esas categorías. Sin rabia, sin sonrisa, mi abuelo que siempre parecía tan apacible aunque nunca vivió en paz, me daba cuenta, estaba flotando ahora en la paz misma, la verdadera, la única paz definitiva. Un enigma que no iba a tener yo más tiempo para desentrañar. Mi nombre que adquiría sin su cuerpo otro peso, mi leyenda que mi abuelo se llevaba con él, obligándola también a usted, abuela, que viviría en adelante peleándose como podía con sus muletas para ser lo que se supone que era y nunca fue, una mujer sola e independiente.

Parado delante de mi abuelo, el exdiputado Alberto Jerez le hablaba como si estuviera vivo. Sin que pudiera mi abuelo interrumpirlo, lo llamaba «Rafa», le contaba todo lo que ambos sabían, su propia vida de niño normal de un barrio normal que de pronto se vio fulminado como por un rayo por esos señores de «medio pelo» que salieron de la Acción Católica y otras parroquias a ganarse las federaciones de estudiantes, los sindicatos, las diputaciones y las senaturías: Frei, Tomic, Leighton, que se peleaban por no aceptar la presidencia del partido.

Rebeldes y buenos niños a la vez, cristianos y por eso intransables, la idea de que podía moverse hacia la revolución sin romper con la tía abuela que va a misa todos los días, esa revelación cambió toda la vida de Jerez, ese hombre engominado que habla con mi abuelo muerto como si lo acariciara, como si lo culpara, como si se perdonara él mismo toda su vida: la Escuela de Derecho, las campañas en medio de la lluvia, los amigos, los enemigos, el poder, la Unidad Popular, el exilio, su retorno a la DC. Y la política de pronto imposible que hizo a Jerez convertirse en pintor, los cuadros donde intentaba pintar eso, cabezas de chancho en el Club Radical, borracheras en congresos ideológicos, un país ido, desvanecido, imposible. «Todo eso por tu culpa, Rafa, los amigos perdidos, los países muertos, la incertidumbre, el miedo, la traición, todo eso que a ti no te dolía, protegido por ese exilio anterior, por esa cortina de cigarrillos y ojeras con que vivías con nosotros sin estar del todo ahí. Huérfano en Lovaina, tímido hasta las llamas, Rafa, te ves lindo, Rafa, te ves mejor que nunca, Rafa».

Y usted, abuela, al lado de Jerez, sin interrumpirlo, sin corregirlo, guardia de honor perfectamente entrenada para ese momento, hija de senador, nuera de otro, casi ahijada de dos presidentes, aunque la política no era para usted una elección sino una fatalidad. Su matrimonio era también una militancia, la lealtad a una batalla común. Una misteriosa fuerza le permitía, con su cadera rota y el resto

generalmente amorfo, permanecer derecha y solemne, sin agacharse ni por un solo segundo, recibiendo a parlamentarios viejos y antiguos, parientes, amigos y enemigos que venían a ver su obra maestra, el amarillo claro de esa cara de cera, delicada por fin.

—Murió con su corazón a la izquierda —le repitió usted a la prensa que asistió al entierro, como si esa comprobación anatómica bastara para explicar todo. Hablaba quizás más de usted misma, clasista, refinada, aristocratizante pero votando siempre por la izquierda, donde había escogido que estuviera su corazón.

Ese cuerpo, esa paz, esa cara irreconociblemente suya, cubierta gracias a usted del misterio del que nunca quiso deshacerse del todo. Ese señor tímido y audaz por el que tendré que rendir cuentas hasta el fin de mis días. Espiándolo por la puerta entreabierta de la habitación, lamentaba yo a veces haber elegido el partido de mi abuela. Me habían engañado las apariencias, pensaba. Se vestía con la misma corbata y suspensores todos los días, mi abuelo, no decía garabatos (a lo más dejaba escapar un «pucha diego») y sin embargo ni en política, ni en religión, ni en nada de lo que se supone importaba había hecho lo que se esperaba de él. Hijo y nieto de conservadores, su vida entera peleó de manera sorda y secreta para poder ser de izquierda en público. Hijo y nieto de ultramontanos, no iba a misa más que para los matrimonios, los entierros o los homenajes a sindicalistas, mártires y curas revolucionarios. Nunca se espantó ante los divorcios o hijos ilegítimos de nadie. Siguió por cinco décadas manteniendo el mismo aspecto de profesor primario bonachón con que disimulaba una secreta furia, un descontento esencial ante todo lo establecido, lo inmutable, lo seguro. Sus últimos años —murió en 1996— siguió preparando libros, editoriales contra la Concertación, el conglomerado que derrotó a la dictadura negociando con ella, lleno de «pragmáticos y tecnócratas», los peores insultos para mi abuelo.

Pasó su adolescencia huyendo de las fiestas en el Club de La Unión. Los zapatos demasiado brillantes, el traje ya envejecido, no sabía qué mano dar, qué sonrisa devolver, cuándo sudar y cuándo no sudar. Las niñas con las que quería bailar solo lograban hacerlo palidecer más. Apenas podía, se escabullía con algunos amigos por la puerta de la cocina.

Llegó tarde a la misa, oficiada por un verdadero equipo de fútbol de

sacerdotes, once curas con obispos y todo. Hizo gran variedad de morisquetas cuando los curas hablaron de Jesús y sus lecciones o de la fe de mi abuelo, que como Diego Portales creía en los curas pero no en Dios. Tomó mi brazo para, en el cementerio, con esa imparcial mirada de águila, dar el pase a los discursos de los distintos partidos que mi abuelo fundó: Falange Nacional, Democracia Cristiana, Mapu, Izquierda Cristiana. De oradores principales eligió a «dos caballeros»: Volodia Teitelboim, el exsenador comunista que «además es escritor», y el excanciller democratacristiano Gabriel Valdés Subercaseaux, que es «lo más GCU que hay» (Gente Como Uno, explicaba mi abuela). Reconciliaba a mi abuelo, a través de la hermandad de clase, con la Democracia Cristiana, de la que había salido expulsado en 1969, y con los comunistas, con los que había deseado desde los años cincuenta una alianza con el centro católico que recién hoy (a mediados del 2013) ha terminado por consumarse del todo.

Dicho todo lo que había que decir, el ataúd se balanceó sobre los hombros incómodos de sus hijos escalera abajo, hacia la tumba de su padre y su madre. No hubo manera de convencerla de enterrarlo en la «siniestra» tumba de los Gumucio en el Cementerio Católico, sino que quiso enterrarlo junto a la de su padre en el Cementerio General.

—Hay huecos de más. Los imbéciles de los maridos de mis hermanas no quisieron enterrarse ahí porque están los curados de mis hermanos. Se hicieron sus propios mausoleos siutiquísimos. Este es perfecto, en cambio. Pueden hasta agarrar tumbas ustedes, tú aquí, Rafaelito, aquí Marco, aquí tu hermano —decía, y nos mostraba con su bastón las inscripciones escritas, Manuel Rivas Vicuña, Eduvigis González, Manuel Rivas González, Mario Rivas González...

Enterraba así a mi abuelo en su tumba y lo separaba de la tradición ultramontana que fundó el Cementerio Católico por rebeldía contra los liberales que querían enterrar, casar y educar a todos bajo una misma ley civil. Mi abuelo nació, creció y militó en las filas de los católicos que se rebelaron contra el Estado laico que trataron de imponerle los liberales en el poder durante toda la mitad del siglo XIX. Estudió en los Padres Franceses, en la Universidad Católica con el sueldo que su padre conseguía dirigiendo el también procatólico Diario Ilustrado. Uno de sus hermanos se hizo cura, una de sus hermanas, monja de clausura. Un catolicismo de combate que no tenía ya sin embargo nada que ver con el orden colonial que se supone defendía. Curas y monjas franceses que peleando contra la Revolución francesa habían terminado por contagiarse de su espíritu, sus demandas, su preocupación por los pobres, los obreros, los olvidados entre los que se escondieron cuando los buscaba la policía jacobina.

Ese origen común, la Revolución francesa, la cultura y la civilización francesas en las que fatalmente nos veíamos obligados a caer, terminaría por permitir a mi abuelo cambiarse de cementerio. Pasarse de los mausoleos uniformes y blancos del Cementerio Católico —ese camposanto que está de espaldas a la ciudad y en donde nada quiere brillar— a ese otro cementerio lleno de palmeras salvajes, columnatas babilónicas, perros vagos, hierbajos desnudos, monumentos a los bomberos, osos de peluche, molinillos de viento de colores. El cementerio de todo y de todos.

¿Era eso lo que buscaba mi abuelo en usted, liberarse hasta en la muerte de ese universo de confesionarios y curas en la mesa para en cambio entrar en ese cementerio donde la muerte es una fiesta? Su entrada al Chile de todos, de los blasfemos y bromistas de sus cuñados también. El fin de ese infierno que había sido en gran parte su infancia llena de libros que no podía abrir sin excitarse fatalmente de lo puro prohibidos que estaban. En esa tumba, apenas visible desde la superficie, vigilada con descuido por un ángel también completamente discreto, todo quedó por fin perdonado.

Cumplía usted también en ese cementerio otro deber más antiguo y menos histórico: adoptaba a mi abuelo como uno de los suyos. Era lo que se propusieron hacer sus padres cuando supieron que los niños Gumucio habían quedado huérfanos de madre, sin un peso y muertos de frío en Lovaina. Noticias del exilio, horrores y chismes. Una idea que no pasó a mayores aunque alcanzaron a venir de visita los gemelos Pedro y Pablo a ver si se acomodaban a la casa de los Rivas.

Los Gumucio volvieron a Chile antes, usted siguió de viaje por otros siete años, todo quedó en una anécdota que marcó de manera impredecible su vida y mi vida cuando terminó por casarse con uno de esos huérfanos de Lovaina. Porque esa es la única forma de amor que le dejaron, abuela, adoptar huérfanos para consolarse de su propia orfandad. Darle a mi abuelo para siempre la casa, el país, la madre que le faltó en Lovaina. Eso mismo fue lo que le propuso a mi madre: adoptar a mi padre si no podía amarlo; eso mismo hizo conmigo cuando mi padre se fue a Mozambique: adoptarme para que el exilio no fuera completo, para de alguna forma ganarle incluso hasta en ese cementerio, hasta en la muerte misma, a los decretos de los milicos de mierda.

Papeles en blanco

—¿Tú crees que me quería mi viejo? —me preguntaba a las dos de la mañana, en sus cada vez más interminables rondas de llamados telefónicos.

—Claro que la quería— le explicaba yo, y volvía a contarle la vez que usted viajó a Praga con el tío Juan y yo fui a ver al abuelo y me confesó que la echaba de menos.

—¿Me echaba de menos? Es bien poco eso.

—Algo es algo, abuelita. No sea tan regodeona tampoco.

—Era un viejo de mierda pero era inteligente, mi viejo. Tenerme a mí amarrada tantos años, el viejo zorro. Con todos los pretendientes que tuve, ¡casarme con ese viejo beato yo! Era astuto, era un caballero. Estaba ahí. Era una presencia, el peso que mantenía la barca en equilibrio, ahí pero ausente, yendo y viniendo del cine, tomando café en el bar de la esquina, recibiendo discípulos y entrevistadores en el salón, tratando de no molestar, de no estar para dejar de pronto la nada bajo nuestros pies, la nada misma sin dolor, sin miedo alguno. Una vez traté de separarme. Duramos como un mes separados. Tu abuelo me invitó a comer a La Bahía, donde servían unas ostras fantásticas. «Mira, Marta», me dijo, «yo puedo aguantar todo menos la solidaridad de tus hermanos. Vienen todos los días a ver cómo estoy. Me dicen cornudo de las maneras más simpáticas del mundo tus hermanos, me pasan presentando señoras borrachas. Llevo tres noches sin dormir. Me persiguen por todas partes. Estoy agotado, no puedo más, Marta. Si quieres seguimos separados, no te digo nada, pero tenemos que hacer algo con tus hermanos». ¿Qué iba a hacer? Uno no puede separarse de un señor tan astuto.

—Me robó dos casas el viejo ladrón —lo culpaba usted, abuela, décadas después de haberle quitado Hasta el último resto de la herencia de su padre. El otro lado de la misma historia.

Papeles en blanco, muchos papeles en blanco que firmó él sin mirar, que sin mirar volvieron a él convertidos en deudas y escándalos, como los de la empresa constructora que montó con unos socios que se

escaparon. De pronto, su nombre, que era el de su padre, fue conocido por su ineptitud para los negocios. ¿Cómo le cuenta esto a la Marta? ¿Qué hacer, cómo salvarse? ¿Sacar a los niños del colegio? La Marta no va a aguantar. Ella necesita lujos, casas grandes. Ella no sabe ser pobre. Irse de Chile, lo más lejos posible. ¿Adónde? ¿A Ecuador, a Uruguay, a Guatemala, a cualquier país donde nadie sabe quién es?

El canal San Carlos. Unos árboles secos, un sauce solo, unos montículos y unas zanjas a medio abrir en el sitio eriazo. «¿Cómo se hace para saltar? —piensa mi abuelo de treinta y cinco años, ya totalmente encanecido, rechoncho, destruido—, ¿cómo lo hace la gente que salta todos los días? ¿Cierran los ojos y se tiran no más?».

Eso. Eso tenía que hacer. Tres pasos solemnes hacia el canal. Lo detuvo el ladrido de un perro. «Cállate, por favor, perro, cállate», ordenó despacio, muy despacio, casi como si rogara. Se quedó suspendido en medio de la nada mientras relinchaban los caballos, cantaba un gallo, pasaba una camioneta por entre los ripios del camino. «Ya se acabó», se volteó nuevamente. Y con los ojos cerrados se puso a correr hacia el canal como si quisiera atravesarlo de un salto, aunque no supo cómo caer y una zanja lo hizo tropezar miserablemente. Las manos todas raspadas, el traje lleno de polvo, un zapato hundido en el agujero de tierra. Esperó en el suelo que el frío y la oscuridad lo obligaran a volver a su casa y contarle a su mujer que estaba arruinado.

Mi abuelo, que no pudo ser el hombre de negocios próspero que sentía que tenía que ser para alimentarla sin avergonzarla, tuvo que curarse de ese vértigo trabajando de Comisario de Subsistencia y Precios, un organismo estatal encargado de vigilar los precios bajo el racionamiento de la guerra. Puesto del que sería expulsado al clausurar Gath & Chávez, la tienda más grande del país, acusada de «especular», término este que se convirtió en la bestia de mi abuelo, para el que no había diferencia alguna entre ser rico y ser ladrón.

La veo posando en una foto de fin de año. Usted entre cien secretarias más de la CORFO, órgano estatal encargado de encaminar la industrialización nacional después del terremoto de 1938. Pésima secretaria pero excelente contertulia, trabajó también haciendo traducciones para la página médica de la revista Zig-Zag y medios pollos, pitutos, trabajitos varios, o aceptando la extraña oferta que madame Gabriela Yáñez, la directora de La Maisonette, un nuevo colegio casi francés que quería ser más liberal que los otros, le hizo de

convertirla en profesora de castellano.

—Estoy estudiando para profesora de francés, Madame —se disculpó con la mayor humildad posible—. No sé nada de castellano, ni siquiera estudié en un colegio en Chile. No creo que pueda...

—Mejor —la cortó en seco la Madame—. Los profesores titulados no sirven para nada. Empiezas el lunes, mijita.

Vida de inmigrante pobre que ejercería día a día por quince años improvisando su curso, leyendo al mismo tiempo que sus alumnas el Quijote y El Lazarillo de Tormes, con niñas por las que nadie daba un peso y que usted descubrió. La Bernardita Aguirre, la Elizabeth Subercaseaux, la Isabel Allende.

La emancipación femenina que no fue entonces ni un dilema ni una conquista para usted, obligada por las circunstancias a vivir como en el fondo necesitaba: huyendo casi siempre del peso horrible de las empleadas domésticas y los niños, maquillándose mientras manejaba lo suficientemente mal para atropellar a cuanto carabinero tratara de pararla.

Los jardines del Pedagógico

«Proteste con Gumucio» fue el lema de la candidatura a diputado de mi abuelo. Un lema que se le quedó pegado en la piel, que se definía en todo por oposición: anticomunista, anticapitalista, cristiano pero no confesional, socio de algunos gobiernos pero siempre por pocos meses antes de que estos hicieran una canallada incalificable que le permitiera volver a la eterna oposición.

Hasta que, en un alarde de virtuosismo, mi abuelo logró ser parte de la oposición a su propio gobierno, el de Eduardo Frei Montalva, uno de esos jóvenes cristianos que mi bisabuelo convirtió en político. Apoyado por los jóvenes que querían más, siempre más, mi abuelo se dedicó a vetar ministros, exigir consecuencia, apurar las reformas, sin dejarse amedrentar por la derecha para así avanzar, avanzar sin fin.

Carta tras carta al presidente, junta de partido tras junta de partido, fue construyendo mi abuelo su propio exilio, sin sospechar que este no sería solo partidario, ideológico o simbólico, sino físico, real, completo y total. ¿Habría insistido en su amistad con los jóvenes marxistas que se disfrazaban de democratacristianos si hubiese sabido lo cerca que estaban de ser asesinados a sangre fría muchos de los que por juego lo siguieron en la aventura? Nunca sentí en mi abuelo la menor señal de arrepentimiento. Quizás mejor que sus compañeros conocía a los monstruos que lo aguardaban, la pesadilla que antes viviera en versión suave su padre cuando Ibáñez lo exilió. Y la prohibición de hacer política que pesaba sobre su padre, que logró esquivar trayendo compañeros de curso a la casa, como Frei, Leighton, Garretón y Tomic.

Se sabía mi abuelo destinado a ser exiliado algún día, se preparó sin saberlo durante años para eso. No retrocedió ante nada y se encontró de pronto en Peñaflor, al final de una junta nacional de la Democracia Cristiana, llevado en andas por los jóvenes lejos del partido, hacia la Unidad Popular, que ganó las elecciones de ese mismo año de 1970.

Con esa misma calma, solo aparente, mi abuelo trasladó su corbata oscura, su cigarrillo y su silla a la primera fila de distintas

concentraciones multitudinarias donde su viejo amigo Salvador Allende arengaba a las masas.

Usted, abuela, vivió todas esas metamorfosis desde los jardines del Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile. Hacía allí clases de literatura francesa para los alumnos de tercer año e introducción a la literatura para los de primero. Los sentaban en círculo en el patio y usted repartía papeles en Casa de muñecas, Hedda Gabler o Los Espectros, de Ibsen.

—Todo pasa en Noruega. No se hagan ilusiones, hace mucho menos frío y está calefaccionado como las huevas. El fresco de Ibsen no soportaba el frío y se fue a vivir a Roma, donde hace un calor desesperante. Yo viví ahí dos años. El roto de Mussolini pasaba haciéndole trampas a mi papá.

Hablaba despectivamente del pueblo en concreto y con entusiasmo del pueblo en abstracto, se maquillaba incesantemente y era al mismo tiempo la candidata de la izquierda al senado académico. Ahí usted provocó la indignación del profesor Skármeta, al quejarse amargamente de su cuñado cura que le había robado un sofá de terciopelo para llevárselo a la población. «Qué culpa tengo yo de que le haya picado el bichito de la sensibilidad social al cura», decía. Otro representante se quejó de que mi abuela lo trataba como a su empleada doméstica, a lo que ella replicó: «No te preocupes, no te tendría a mi servicio ni cinco minutos».

Producto netamente chileno, la aristócrata de izquierda. Eso era para mi abuela la revolución, el permiso para ser ella misma hasta ese extremo, rotear a todos los que pudiera, dividir aún el mundo por clases, tratando de que no sean exclusivamente sociales: «Allende era lo más caballero que hay en el mundo. Vino una vez a la casa disfrazado de chofer y me llevó al Charles a bailar. Después trató de darme un beso, el fresco, eso sí. Me puse a llorar tanto que se asustó y se fue. La verdad es que lloré por lo sola que estaba, por no tener a nadie que me defendiera. Pero me mandaba chocolates todos los días para disculparse».

Allende era completamente GCU. Los allendistas eran por lo tanto reducidos por usted a un grupo de niños desordenados y afrancesados que hablaban de dictadura del proletariado solo para asustar a «los momios de mierda» que era urgente ante todo espantar. ¿No había buscado toda su vida que Chile fuera, como Francia o Italia, un país normal? Sabía que eso no se hacía sin revolución, conocía su clase, sabía de sus miedos, el exilio del 27 le había quitado a la fuerza

cualquier tipo de ilusión al respecto.

Calzaba sus botas de cuero para mostrarle al momiaje asqueroso que la gente de izquierda cuando quiere se puede vestir bien, y bajaba a una manifestación de cientos de obreros, empleados y estudiantes colándose por la columna del norte, la de los cinturones industriales del sur, la de los profesionales de la prensa, la de los escolares, los socialistas, los comunistas, el escaso piquete de la Izquierda Cristiana (¡el partido de su marido!), y de pronto aparecía una mujer gorda que le pedía que llevara su cartel. Mi abuela, feliz de colaborar, le agradecía a la compañera y llevaba su pancarta generosamente mientras el resto de los manifestantes ahogaban la risa a su paso. Llamaban a otros compañeros para que miraran el espectáculo. Finalmente intrigada, mi abuela bajó el cartel y leyó la leyenda de su pancarta:

¡LLEVO CINCUENTA AÑOS SIRVIENDO AL PUEBLO!

Alone

¿Qué deuda tenía que cobrar mi abuela, a todas luces una privilegiada, en esa revolución? ¿Qué esperaba ella de esa lucha abierta contra su propia clase social? ¿Dónde estaba su herida, su protesta, de dónde venía la testarudez de su combate?

Poco antes de la llegada al poder de la Unidad Popular, en 1968 mi abuela había vivido su propia revolución al publicar su pequeño libro sobre Proust, Un mito proustiano. Era la tesis de grado que la transformó en profesora de francés, revisada y corregida en largas sesiones de té y pelambre con el poeta Armando Uribe Arce.

Al crítico Alone, seudónimo de Hernán Díaz Arrieta, primer proustiano del país, le tocaba decir la última palabra sobre esta obra: «Escribe como a ciegas, a estrellones, hace avanzar su pensamiento por una senda llena de obstáculos materiales, sin destreza, sin elegancia, únicamente preocupada de seguir adelante», sentencia, aunque saluda unos párrafos después la llegada de una ensayista fresca y nueva.

—¿Qué quiere decir este maricón? ¿Soy una tonta o soy un genio?

Finalmente, entre toda suerte de reverencias y complejidades argumentales, Alone deja en claro su punto: le horroriza ver siquiera la idea de un Proust político, comprometido con su tiempo, lejano al otro Proust, el que él ha propagado con desigual resultado por las letras chilenas, el botánico de los millonarios, el poeta de las flautas de champaña y los laberintos amorosos que le permitió sobrevivir su vida de funcionario judicial y Catón de las letras chilenas, tomando el aire que podía en los salones y fundos de sus amigas.

«Esto prueba —concluye Alone— ante todo la riqueza del contenido de Proust, suficiente para prestar armas a quienes más lejos se hallan de su obra y su valor esencial, principalmente psicológico y estético, encaminado a ahondar en los caracteres individuales y conseguir un efecto de belleza plástica, auditiva, moral, espiritual, con independencia de la política militante y de los bandos contrapuestos». Frente al Proust que lo justificaba como crítico literario fino y de derecha, homosexual clandestino, polemista anticomunista, mi abuela mostraba —en su ensayo lleno de torpezas, todo hay que decirlo— la

sombra de un desacuerdo, la idea de que quizás en la revolución que rugía por entonces (1968, es necesario recordarlo) Proust, o la literatura francesa, o el espectro mismo de la Literatura con mayúscula, no estaría necesariamente del lado de Alone. Marcel Proust, recordaba mi abuela, se había lanzado a defender con uñas y dientes a Dreyfus de quienes querían creerlo traidor por el solo hecho de ser judío. La novela no emprendía la defensa ni el ataque de nadie, pero a través de la historia de Dreyfus, recogida como símbolo mismo de todas las otras discriminaciones, no dejaba de recorrer la falla de origen de la clase alta francesa, el cisma inevitable que la guerra del 14 haría patente y visible. Los siúticos convertidos en príncipes, los príncipes en carcamales, la nueva Francia sobre la ceniza de la antigua, todo eso en ese espejo, justo en ese, el affaire Dreyfus.

Lo que repugnaba a mi abuela no era la discusión, inevitable entre dos proustianos de generaciones y formaciones tan distintas; lo que la horrorizó fueron las armas empleadas por Alone para evitarse el diálogo. La descalificación al estilo, el trato como de profesor a alumno movedizo. El uso y abuso del poder del cargo —el de crítico oficial— que escondía apenas el miedo a esa gente que viene de Francia a cuestionar su Proust chilenizado. Le molestó a mi abuela sentir, detrás de las duras sentencias de su juez, que en otras circunstancias, en otra fecha, con menos miedo, con más distancia, con un marido menos senador de la Democracia Cristiana, el libro sí le habría gustado, que lo habría alabado sin reservas. De hecho, eso le dijo Alone a una amiga en común: «Dile a la Marta que está muy bien el libro. Dile eso, que no se desanime, que siga escribiendo».

En su ensayo mi abuela muestra cómo en la novela de Proust el caso Dreyfus revela al narrador la metamorfosis permanente de la aristocracia francesa, que él cree, que él quiere creer inmutable, moral y firme, ajena a los vaivenes del miedo y el interés. El libro de mi abuela se mimetizó con su tema y logró mostrarle la profundidad de otra metamorfosis, la del hombre que subordina sus gustos a sus miedos, que usa la literatura como un escondite, cuando Proust mismo le había enseñado que los libros estaban para descubrir, para descubrirnos.

Las verdades esenciales sobre literatura, amor, tiempo y arte que mi abuela compartía con Alone a través de Proust ya no bastaban en 1968 ante esas otras verdades aparentemente circunstanciales, como el hecho de que mi abuela estuviese casada con quien estaba casada, justo cuando la reforma agraria parcelaba los fundos y terminaba con

la idea de paz, de paraíso, que Alone había llegado a creer como esencial. Supo entonces mi abuela que un hombre de gusto, que un intelectual serio como Alone puede pasar por alto las verdades que Proust creyó inocentemente profundas si se trata de defender su diminuto paraíso de efebos en corredores de adobe donde lo reciben sus amigas latifundistas con ínfulas literarias, a las que prologaba los libros que escribían sin nunca dejar en claro si eran obras maestras o bodrios. Si ni siquiera la sombra de Proust podía apiadar a Alone, ¿a cuántos chilenos destruirían los dueños de fundos iletrados, los abogados sin clientes abocados a la defensa de sus apellidos, los almaceneros, los notarios de provincia?

Alone le había enseñado cuán sola estaba. Se enorgulleció de ella misma, porque para eso la había preparado justamente la lectura de Proust, en el momento en que los dioses se marchitaban, en que las certezas abandonaban, en que quedaba solo lo correcto, lo justo, lo ingenuamente claro. Una moral en la que el mundo entero cabe pero en la que no hay espacio para más de uno a la vez. Eso era para mi abuela la Unidad Popular, el momento en que el caleidoscopio se detiene y todos los cristales se unen para ver en su inmensidad el detalle que suele pasar desapercibido. Le agradecía mi abuela a la Unidad Popular haber hecho una trilla entre sus amigas y así haber podido seleccionar de entre ellas a las que eran capaces de soportar sin chistar la prueba de la pérdida.

La vieja de mierda encantadora

En la primavera de 1973 la fiesta se acabó. Empezaron los atentados, las asonadas militares, las colas, el miedo. Y una montaña de exámenes que mi abuela tenía que corregir, y una infinidad de reuniones y concentraciones, en medio de las cuales le escribía cartas a su hermana Margot: «Hay sol en Chile, Margotina, no todo es terrible, sigue habiendo sol en Santiago». Y le hablaba de la minúscula casa roja que los Santa Cruz le prestaban en Cachagua y de los fines de semana que pasaba en Viña, donde Rafaeli y la señora Isabel. En clave le hablaba también del noviazgo secreto de su hija Manuela con el dirigente máximo y clandestino del MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionaria), al que mi abuela tuvo solo derecho a entrever lejanamente en una recepción en la embajada de Cuba. Y le comentaba a su hermana sobre una pesadez que su hija le mandó a decir a través de los bigotudos combatientes (que no habían combatido aún nada más que contra la desaprobación de sus padres). Todo el resto del romance de su hija fue para ella un secreto, un misterio, hasta que finalmente resultó embarazada. Mi abuela intentó razonar sobre «la falta de criterio de su hija».

Y de repente, le seguía contando a su hermana Margot, los porteros del edificio la denuncian a la junta de propietarios por haber rayado en la caja de la escalera «Mueran los momios culeados». «Solo usted puede escribir culeados con tan buena ortografía», le dijeron. Y luego el asesinato del edecán Araya, y antes el de Edmundo Pérez Zujovic, y luego el intento vano del presidente de aliarse con Frei. Ese terrible juego en que nadie quiere perder, en que nadie sabe ganar. Y luego otra filípica contra los momios: «Margotina, la gente está tan tonta en este país», le escribía a su hermana, y hacía una larga lista de amigas y amigos de ambos con los que no se podía hablar ya. «Ven, Margotina, tienes que ver esto con tus propios ojos, tenemos tanto que hablar», rogaba, pedía, proponía mi abuela, que tenía crecientes dificultades para hablar con su hermana Maritza y su marido, experto en la bolsa y opositor a Allende.

Y de pronto mi abuela visita a una adivina, que confirma el diagnóstico de la psíquica a la que había visitado veinte años antes: «Un viaje sin regreso, señora, siento decírselo. Un señor muy importante que vuelve a Chile a morirse y van a tener que reemplazarlo ustedes».

Frase sin sentido que recién parece cobrarlo cuando Neruda renuncia a la embajada de Francia para morir en Chile. Y entretanto mi tía Manuela da a luz a su hijo clandestino, y mi madre que no sabe si seguir o no con mi padre, y París que parece ser el descanso, la salvación, la posibilidad de ser por fin dos viejos lejos de la guerra. Pero ¿por qué dijo la adivina que iba a ser para siempre? ¿Por qué el tono de preocupación cuando habla de eso? No lo sabe.

Hasta que una mañana nublada de septiembre, Allende dice en la radio sus últimas palabras. Da por terminado el discurso un silbido en el aire, como si se aspirara a sí mismo hasta perderse; tres aviones sobrevolando las Torres de Tajamar para bajar hacia La Moneda y ahí disparar sus misiles e incendiar los balcones, los pasillos y los naranjos en flor.

Mi abuela no se movió del departamento de las Torres de Tajamar mientras su marido intentaba presidir el comité de resistencia en unos cordones industriales de las afueras de Santiago. «Debe estar tirando como chino el viejo degenerado, ¡dejarme sola esperando a estos milicos de mierda!». Los que sin avisar golpean la puerta acompañados de una patrulla de civiles engominados de Patria y Libertad.

—Ya pues, ya pues, baja eso. Tú que eres alto, saca esas cajas de ahí arriba. Aprovecha de pasar el plumero, está hecho una porquería allá arriba —les dice ella descolocándolos. Nada sacan los militares con alegar que ellos vienen a buscar armas y pistas para matar a sus hijos.

—Mire, aquí solo van a encontrar libros de carrera y números de adivinas. Mi marido es un vicioso del juego. Ya pues, saque esa metralleta de aquí, no sea roto, no ve que se puede volar un ojo en cualquier momento —les dice.

La patrulla terminó por obedecer y salir del departamento del expresidente del partido federado de la Unidad Popular sin otra cosa que algunas libretas llenas de nombres de caballos.

Mi abuelo vagabundeó mientras tanto de casa en casa de amigos,

hasta que, cansado de ser un problema para ellos, decidió obedecer las órdenes de su partido y asilarse.

—Tú no me dejas ni un minuto más en esa casa esperando que vuelvan los milicos. No seas roto, Rafa, yo soy tan asilada como tú.

Se encontró así mi abuela un día ocupando dos metros cuadrados de suelo en el salón de la embajada de Venezuela en Chile:

—Fue la época más feliz de mi vida. Bajé diez kilos, terminé regia. Dormíamos todos juntos y hacinados. El embajador era un roto de mierda estúpido, pero el resto de los venezolanos eran un encanto.

Cuando algunos de los asilados políticos iban a estallar en lágrimas, iban al salón de té de «la vieja de mierda encantadora», como la llamaban, y ella sin preguntarles nada los acostaba sobre una colchoneta azul, los dejaba llorar, les daba té y un cuadrado de chocolate, y les hablaba de la imbecilidad de sus amigas, de Francisco de Miranda, «que estuvo con Catalina la Grande, que era lo más puta que hay, al pobre Potemkin le puso los cuernos como quiso». Y les ofrecía más té. «Me lo lanza al jardín una amiga desde la ventana de su departamento, que está al frente».

Y de pronto mi abuelo obligado a lavar los platos en que acababan de comer sus excompañeros de partido.

—Pero, Rafa, ¿cómo te hacen lavar los platos, hombre?

—¿Quieres que hablemos con el embajador? —le dijeron sus amigos.

—No se preocupen —dijo mi abuelo, dentro de su habitual amabilidad, parco—, estoy perfectamente bien.

—No lloré ni una sola vez, estaba feliz.

Ni entonces ni en los próximos diecisiete años de exilio habló mi abuela sobre su asilo en la embajada de otra manera que como un pijama-party interminable.

Solo una tarde, de vuelta ya en Chile, muchos años después, en un cóctel de recepción al nuevo embajador de Venezuela, mi abuela vio su antiguo rincón de parquet ocupado por un macetero. Una flauta de champaña en la mano estalló de pronto en incontrolables lágrimas que sorprendieron a todos los invitados.

—No se preocupen por mí, no estoy llorando, fui feliz, fui tan feliz aquí.

Las entrevistas

Con la muerte de mi abuelo en julio de 1996 se acabó para usted una cierta sensación de protección con la que había vivido hasta entonces sin saberlo. Para usted, que firmaba cheques, petitorios o cartas como Marta Rivas de Gumucio.

La política, que había sido una de sus pasiones más constantes durante treinta años de vida, dejó bruscamente de interesarle. Se inscribió en el PPD (Partido por la Democracia) a cambio de que su hija Manuela le devolviera un traje de baño, traje de baño que por lo demás no tenía intención de usar. Se obsesionó con que la invitaran a las casas de playa de sus hijos, aunque en cada viaje confirmaba que detestaba el frío húmedo de las casas de playa, las comidas sin horarios, las amistades de pisco sour y los baños que se tapan.

Tres meses enteros pasaba abominando de su último viaje a la costa, hasta que de pronto volvía a sentirse excluida de los panoramas de sus hijos y volvía a exigir ser invitada. «Soy tu mamá, chiquillo de mierda», se indignaba coquetamente ante las negativas burlonas de sus hijos, y volvía majaderamente a usar a sus nietos para la consecución de su objetivo: un fin de semana en Cachagua o, en el peor de los casos, en Tunquén, donde no había absolutamente nadie a quien visitar.

Le obsesionaba cada vez más, además de sus caderas en franca decadencia, recordar de qué y cómo vivía. Se puso avara, pedigüeña, obsesionada como nunca en cambiar «rojos» por «azules», billetes rojos de cinco mil pesos por los nuevos billetes azules de diez mil pesos, que se convirtieron en su pasión. Volvía a su pieza a revisar revistas y hacer cuentas, tortas de cifras temblorosas, números sobre números como olas, tortas de cumpleaños, ruinas pompeyanas que no cuadraban nunca porque el departamento de París en que basaba todos sus cálculos era y no era suyo ya, comprado por su hijo, que en silencio pagaba sus operaciones y sus arriendos, sin avisarles del traslado de propiedad.

Ese era también uno de los efectos secundarios de la muerte: no sabía, no podía saber qué era suyo y qué no.

Las menciones a mi abuela en los diarios de vida de José Donoso, escondidos en una bóveda de la Universidad de Iowa con prohibición de ser leídos antes de que se cumplieran diez años de la muerte del autor, la devolvió sorpresivamente a la actualidad. Mi abuela era en esos diarios un amor platónico cruel y despiadado que se escondía bajo las iniciales M. R. de G.

—Por favor, Pepe es lo más penca que me han colgado a mí como pololo —se defendía—. No me gustaba nada, lo hallaba siútico. ¿Sabes lo que es ser siútico para mí? La gente que se deslumbra con el otro ser. Eso es algo que no me ha pasado nunca.

El Chile de finales de los años noventa, inesperadamente rico pero aún aterrado de sí mismo, necesitaba con urgencia de personajes «irreverentes». Mi abuela hubiese detestado esa palabra, ella que había sido toda su vida reverente con su padre, con su marido, con su estirpe, con sus gustos. Reverente en lo esencial y por eso mismo inesperada en el resto, irrespetuosa por exceso de respeto a lo verdaderamente respetable: la familia, el país con todas sus leyendas, falsas y verdaderas, que se dedicaba más a etiquetar que a desmentir.

Mucho antes de que las entrevistas que comenzaron a hacerle a mi abuela salieran publicadas, los miembros de su círculo de telefonazos conocíamos su contenido en detalle. Una vez publicadas la cosa no cejaba, usaba cualquier ocasión para citarse como si se tratara de versículos de los evangelios.

—Ni una palabra que sea mentira. Un poco chinchosa la periodista, eso sí, me insistía mucho sobre el tema bed, que es una lata como tú sabes.

Se felicitaba mi abuela a sí misma no por la originalidad o gracia de sus respuestas, sino por lo exactas que eran. Eso, eso que decía, era exactamente lo que pensaba. Era por lo demás lo mismo que alababa en las entrevistas o libros ajenos, le gustaba que fuesen veredictos que no intentasen ni por asomo ser más, o menos, de lo que eran.

—Quedo exactamente como soy, humilde y simpática.

—Lo más humilde que hay, abuelita —le respondía yo, con la falsa impaciencia que usábamos con ella todos los Gumucio—, una persona que lo único que hace es hablar todo el tiempo de sus entrevistas.

Y al otro lado del teléfono esa risa un poco ronca con que felicitaba, como si fuese un juez imparcial, cualquier gesto de ingenio, aunque fuese contra ella. Especialmente si era contra ella.

Empezaban todas las entrevistas de mi abuela con un llamado a la muerte. «Vivir mucho es una rotería sin nombre», decía, por ejemplo. Luego recordaba a su marido, «feo pero inteligente», y pelaba un poco a las chilenas por hipócritas. Explicaba, para sorpresa de las periodistas, las ventajas de no dormir en la misma cama que el marido. No le gustaba que le preguntaran por su infancia dorada, ni por los nietos —yo y mi primo Marco—, a la sazón medianamente famosos. Le gustaba en cambio hablar de los libros que estaba leyendo, del país, de su viejo.

Volvía una y otra vez sobre su viejo, es decir su marido. «No era buen marido pero estaba ahí, eso es importante, estaba ahí». Terminaba sus entrevistas como las empezaba, una y otra vez con una despedida de la vida en general, de sus nietos, de sus libros, de las pocas teleseries brasileñas que se animaba a seguir. Feliz, decía, se despedía de todos, no quería nada.

—¿Qué te pareció? Yo encuentro que quedo regia. En la foto horrible pero en el texto quedo como una señora modesta. Eso es lo más importante en la vida, la modestia.

La amiga que se atrevía a confesar que no había leído su entrevista era inmediatamente tachada de la lista por impertinente y por idiota. Solo una nueva entrevista lograba hacer pasar a la historia a la anterior.

Luego las alumnas de periodismo tomaron relevo de las periodistas profesionales. Sin saber muy bien ya mi abuela en dónde aparecerían sus entrevistas, las empezó a confundir.

—¿Tú no eres una de las novias de Marquito? Me trae unas minocas horribles el Marco.

Y sometía a la entrevistadora a un largo acertijo para ver con qué actriz o cantante salía su nieto. Les empezó a mostrar mi abuela a las estudiantes álbumes de fotos que estas imprudentemente se llevaban consigo para documentar sus tesis. Mi abuela no sabía negarse, le aburría regatear o negociar, y terminaba por regalar, apurada, todo lo que le pedían.

La obligaban una y otra vez las estudiantes a hundirse en el pasado y precisar fechas. Pero no sabían ellas ni siquiera quién era el Paco Ibáñez, o sea Carlos Ibáñez del Campo, «que claro que fue presidente elegido, pero antes fue un dictador de mierda, un milico siútico que se casó con una tonta de apellido Letelier».

Hasta que un día se quedó sin palabras. Asustada en cama, se negó a

responder nada racional. La incomodidad se convirtió en terror. Logró a pesar del miedo que la estudiante de periodismo llamara desde su teléfono a su nieto Rafael —recordaba vagamente que yo también me dedicaba a algo parecido al periodismo— para que este decidiera qué tenían que hacer.

—Pero ¿qué quieres preguntarle a mi abuela? —le dije yo a la periodista.

—No sé, me mandó una profesora. Bueno, la verdad es que mandó a una amiga que no pudo venir. Por eso estoy haciendo yo la entrevista.

—¿Pero es clase de qué, quién es el profesor?

—Es que yo no he ido mucho a clase. Mi mami ha estado bien enferma últimamente, yo la he tenido que acompañar al hospital. Es algo como de historia, parece.

Luego del impasse, mi tía Manuela mandó a cancelar todas las entrevistas.

La confesión

Sedienta de algo parecido al interrogatorio, insistió en confesarse. Yo le preguntaba:

—¿Para qué se va a confesar si usted es atea?

—Qué voy a ser atea, no seas tonto tú. Me sé la misa entera en latín. Mucho mejor que la beata de la Nena, a la que se le olvida todo... Gloria Patri, et Filio, et Spiritui Sancto. Sicut erat in principio, et nunc, et semper: et in sæcula sæculorum. Amen… Yo soy prima de la Laurita Vicuña, habrás de saber tú. Una metete que le cagó a su mamá un novio argentino lo más decente que hay. El padre Hurtado se pasaba viniendo a la casa a hablar de política con Rafa. ¿Te conté cómo fue mi confesión?

No sacaba nada con aclararle que la había escuchado mil veces. Volvía a empezar, contando que había terminado por invitar a tomar té a su casa a José Aldunate, jesuita revolucionario, hijo de millonario y líder de un grupo de jóvenes que en dictadura se lanzaban Biblia en mano contra los carros lanza agua de la policía.

—¿Para qué le voy a hacer perder su tiempo? —le confesaba al cura —. Si le contara todos mis pecados podríamos estar toda la tarde aquí. Yo he pecado mucho, pero le puedo garantizar que no lo voy a hacer más porque no tengo con quién.

—¿Crees en Dios, Marta? —dijo el cura.

—Más o menos.

—Pero ¿piensas en Dios?

—Todo el tiempo.

El sacerdote no necesitó más contrición que esa. Le aseguró que ninguno de sus pecados podía ser realmente grave.

—Fue lo más fácil que hay. Soy una santa, yo te dije. Soy lo más buena que hay. ¿Te conté lo que le dije al cura cuando me preguntó

por mis pecados?

Y volvía a contar entera su confesión: «Le puedo prometer que no voy a pecar más porque no me da el cuerpo». Le hice notar que había otros pecados además de la lujuria, y que esos pecados (la avaricia, el orgullo, la concupiscencia) sí podía repetirlos y multiplicarlos sin problema hasta el día de su muerte.

—No seas envidioso, chiquillo estúpido. Soy una santa, lo hice lo más bien que hay.

Pero celebraba no su santidad, sino su victoria, no su espiritualidad, sino su astucia. Toda su vida había combatido mi abuela para hacer de una manera propia, más conveniente, práctica e inteligente, los rituales de todos. El matrimonio, los estudios, los hijos y ahora la confesión. Su confesión, suya y solo suya, nacida de una moral propia, también suya y solo suya, ante la que el enemigo más difícil de roer, la Iglesia católica, apostólica y romana, se había terminado por rendir.

Pero incapaz, en su vejez, de hacer o decir las cosas una sola vez, volvió a invitar una y otra vez al cura Aldunate para repetir su confesión punto por punto, hasta que finalmente el sacerdote —que cumplía ya por entonces ochenta y siete años y vivía en una modestísima casa de población— decidió un día que esa visita sería la última y declaró en la voz más alta que pudo:

—Adiós, Marta, nos vemos en el cielo.

Misa dominical

Para el año 2000 los entrevistadores ya habían dejado de acosarla, el confesor se había resistido a volver a confesarla, las amigas al otro lado del teléfono seguían muriendo: la Pilar, la Marta, la Lucha, enumeraba mi abuela, agregando a la lista de las muertas las que le parecían demasiado siúticas, mentirosas o farsantes como para seguir hablando con ellas.

No le quedó, entonces, más que la familia inmediata como única fuente de entretención. Vivía toda la semana pendiente de la noche del sábado en que mi hermano Ignacio dormía en su casa.

—¿Quién es el mejor pintor del mundo?

—Velázquez —respondía mi hermano por enésima vez. Con un relampagueo en la mirada, sacaba usted, abuela, su mano de entre las sábanas y se la daba a mi hermano en señal de aprobación total.

—Tú eres muy inteligente —le decía, y descubría que yo, el ausente, el que faltaba, el que no hacía otra cosa que faltar a la cita, no era tan inteligente.

»No es tan inteligente justamente porque se cree demasiado inteligente. No hay nada más tonto que querer ser inteligente —le decía de mí a mi hermano. Y pasaba sin transición a Marco, mi primo. Tan familiar, siempre trasladando tías lejanísimas de hogar de ancianos en hogar de ancianos, siempre cumpliendo con sus seis pares de abuelos (reales, postizos o imaginarios).

—Y la Pilucha es un encanto —decía (la Pilucha es Patricia Rivadeneira, la novia de Marco en ese entonces)—. Pero has de saber tú que ella me envenenó una vez en Cachagua, me dio una pastilla que me hizo cagar toda la noche. Es mala la Pilucha. ¿Te gusta eso? —preguntaba con una coquetería de menor de edad—. A mí me gusta también.

Y como si de una orden se tratara, Ignacio obedecía y le acariciaba la cabellera gris del mismo modo suave, a un paso de ser lascivo, con que acariciaba ella.

—Eso, rico, más, más. Tú eres el Bumbum. Cuando eras chico tu papá

dijo: «le vamos a poner Bumbum». Más, más, ráscame la espalda. Te quiero tanto, me voy a morir de tanto quererte. No te vayas, Bumbum, no te vayas —le decía. Y otras veces yo era el Bumbum.

Después de que Ignacio hubiera respondido afirmativamente a todo el test, mi abuela lo liberaba y lo dejaba ir a dormir en la que fue la pieza de mi abuelo. Se quedaba escuchando libros leídos en casete, por ejemplo a Fanny Ardant, que leía a Balzac y mi abuela encontraba lo más siútica que hay, o a Jean-Louis Trintignant, que leía a Proust con sobriedad jansenista.

Mi abuela esperaba el día despierta, y sin dar la menor señal de cansancio se vestía para almorzar en la casa de mi padre. Avanzaba cojeando del brazo de mi hermano por la enorme explanada de las Torres de Tajamar, los edificios en que mi abuela vivió, en que mi padre vivía, en que mi tío Juan y mi primo Sebastián acababan de dejar de vivir.

Las dos líneas que se separaron al comienzo de esta historia, el camino de mi padre a los suburbios de Orly Les Saules, el camino de usted al Marais, volvían a unirse en su territorio: en las Torres de Tajamar. La perfecta mezcla de los dos mundos, un edificio de hormigón armado y vidrio, como el HLM donde vivía mi papá, pero sofisticado, luminoso y práctico, como le gustaba a usted. Esa síntesis arquitectónica y urbanística era también moral.

Había llegado a mi vida y a la de mi hermano como una sustituta de mi padre; a través de infinitas horas de té y relatos también infinitos había cuidado ese patrimonio para entregarlo intacto a mi padre, a su vuelta. No le importaba entonces, en esos domingos familiares, brillar o seducir, comía con ganas todo lo que le ponían en el plato, sushi con longanizas de Chillán, mariscos y lasañas con frijoles, todo lo que antes la hubiera asqueado. De vez en cuando se dejaba llevar por algún exabrupto, insultando sin querer a conocidos y desconocidos. Generalmente se limitaba a sonreír y dejar pasar nombres, países, ideas sobre las que se resignaba a no tener opinión alguna.

—Ya pues, Loqui, todos unos huevones —la aleonaba mi papá, para verla insultar un poco más.

Pero muy luego se cansaba. Mi hermano la llevaba entonces a la cama de mi padre, donde en perfecta calma se acostaba. Lograba retener a mi hermano a su lado, o a mi papá. En la penumbra, ni del todo

dormida ni del todo despierta, volvía a contar su vida o a obligarle a él a contar la nuestra.

—Tu papá —le decía a mi hermano— fue el niño más lindo del mundo.

Y retrocedía y avanzaba alrededor de ese tópico, su hijo que era el mejor del mundo, «y te quiero tanto, tanto te quiero, Bumbum».

Luego mi padre le ponía alguna película de Marlene Dietrich o un documental de la Segunda Guerra Mundial, y volvía en medio de caricias infinitas a dormir y confesarse, confesarse y dormir, hasta que llegaba la noche y afrontaba con terror la idea de retornar a su cama, de vivir una semana entera esperando que mi hermano volviera el sábado y volviera a ser domingo al otro día.

—Tengo que escribir —le decía yo con voz de impaciencia cuando me ofrecía participar de esos domingos familiares, perfecto sustituto de las misas dominicales a las que ya nadie de la familia asistía.

—Puedes escribir en cualquier momento, no seas latero, la gente que escribe se vuelve agria. Te caga el carácter escribir tanto.

Escribo por eso, para faltar, para no estar donde usted me espera, escribo por su culpa, escribo porque usted no escribió, escribo para que nadie en esta familia de mierda tenga que hacerlo, me justificaba a solas sin atreverme nunca a decírselo en voz alta. Que cague la vieja de mierda, entonces, que se vaya a la chucha, vieja llorona que ahora le da por ser cariñosa. Por culpa de ella no duermo, por culpa de ella me equivoco, me entrampo, por culpa de ella actúo de infeliz. Por culpa de ella soy un ser a medias, que escribe sin saber escribir, que habla tartamudeando, que se siente obligado a merecer su apellido.

Me rebelaba contra la vida que me había elegido mi abuela, pero me rebelaba también contra su muerte probable, cercana, inevitable. Esperaba, cobardemente, que se debilitara para asaltarla con toda mi rabia acumulada, con toda mi frustración sin fin de escritor a medias, conocido solo por actuar en un par de sketch de televisión. La culpaba por no dejarme vivir, cuando nadie me había permitido más. La culpaba por dejarse morir, cuando nadie se resistía más a la muerte que ella.

Yo estudiaba en la misma institución, la Escuela de Literatura de la Universidad de Chile, donde había enseñado mi abuela. Era alumno de varios de sus excompañeros de trabajo —Bernardo Subercaseaux, Federico Schopf, Lucía Invernizzi, Nelly Donoso— de la época de la Unidad Popular. Frecuentaba cada vez más escritores que la habían conocido y querido, era cada vez más amigo de los nietos de sus amigas y amigos, jóvenes todos que mi abuela en otro tiempo hubiese matado por conocer. Mi vida entera era una ofrenda a usted, una nota al pie de página que sin el texto de referencia parecía un absurdo juego tipográfico. Pero nada de eso le importaba ya a usted. Mi misión, su venganza, nuestro esfuerzo común no tenía sentido, ahora que era usted una viejita que no conocía placer mayor que dormir la siesta en la casa de sus hijos.

Ningún espía permite que jubile en paz el compañero que recuerda todas las claves secretas. Tenía que matarla o contar yo los secretos y desactivarla. Eso es lo que hago ahora, es eso lo que el deber, el deber de espía, es decir de escritor, me obliga a hacer. La maté de a poco, la dejé morir, fui culpable y fui inocente al mismo tiempo. Ahí se fueron todas mis fuerzas, en matarla pidiéndole que siguiera viva.

Me iba. Pasaba yendo a reuniones importantes, a citas a las que la citada no llegaba, o a nada, pero me iba. ¿Me arrepiento realmente? No, no me arrepiento. O más bien me arrepiento, sé que es una crueldad, una maldad inconmensurable, sé que es una mariconada sin nombre lo que le hice a mi abuela, pero no me duele. No me impide el arrepentimiento comer, dormir, leer, escribir, vivir sin usted, vivir por usted, abuelita. Su fantasma, el de mi abandono, el de mi crueldad misma, me acompaña más de lo que me espanta.

No tengo la culpa, abuelita. Tenía que vivir, con furia, con olvido, con rabia, tenía que vivir. No gozaba yo de ninguno de sus privilegios de nacimiento, era pobre, era chico, era desastroso; virgen a los veinticinco años, estaba desesperado. Como una variante de la lucha de clases, mientras ascendí en su estima, mientras postulé a su Olimpo fui bueno y dócil, pero cuando conquisté mi lugar, su lugar, cuando me liberé de sus cadenas, cuando aprendí su idioma, no tuve empacho en aplastarla y olvidar. Necesitaba pelear, la necesitaba de mi lado, no podía reparar en detalles, no podía fingir que su muerte, que su vejez no me dolieran, no podía inmovilizarme, tenía que seguir peleando yo, aunque usted no podía seguirme. No podía darme el lujo de esperarla.

¿De esperarla dónde? ¿Hacia dónde? ¿Esperarla en qué y para qué? La respuesta era una sola y no tenía, y aún no tengo, la valentía de

pronunciarla.

Pero se me gastaban luego entre los dedos mis grandes sermones, mis flamígeras condenas, y me rendía en voz baja, cuando nadie me veía.

¿Qué me cuesta ir a verla? ¿Qué me impide darle un beso en la frente, si finalmente la quiero? La quiero. Solo eso, nada más que eso, la quiero porque la quiero. Estoy en su barrio, saliendo de donde la sicóloga, a un paso de su departamento, donde está siempre fresco en verano y caluroso en invierno. Dos calles bajo los árboles, el portero que me reconoce y las suaves escaleras que subo de un salto.

Y mi abuela que abre la puerta sin pantalones ni calzones.

Culito

—Échala, es una insolente, échala —me pidió a quemarropa, pensando que había venido especialmente de la calle a liberarla.

Impresionado por su descarada desnudez, solo me atreví a pedirle que se acostara. Irascible, me volvió a exigir que echara inmediatamente a la espantada Rebeca, que se atrevió aún a dar las últimas instrucciones:

—No puede andar así, señora Marta. Póngase pantalones. ¿Qué va a pensar su nieto?

—Cállese, no sea insolente. La viene a echar a usted, ya va a ver, la viene a echar Rafaelito. ¿La vas a echar, mijito, no cierto? Échala —me rogó sin aliento mi abuela—. Por favor, por favor sácala de aquí.

Sus enormes ojos azules intentaban quemarme.

—Tápese, abuelita. Por favor tápese.

—¿Viniste a echarla, no es cierto? —no me dejó ni tiempo ni espacio para negarme. Victoriosa, se peinó el pelo gris—. Es una insolente, se me pasa insolentando todo el día.

—La señora Rebeca es una santa que la quiere mucho —traté de hacerla entrar en razón.

—Qué va a ser una santa esa insolente. Échala, échala ahora mismo.

—Solo mí tía Manuela puede tomar esas decisiones, abuelita, ella es la que echa y la que contrata a la gente en esta casa.

—Pero es mi casa, es mi casa, no es su casa —respondió mostrando la puerta de la habitación tras la que se escondía ahora la Rebeca.

—Usted quiere a la señora Rebeca. Usted siempre me dice que es una persona noble. Ahora puede estar enojada pero luego se le va a pasar, ya va a ver.

Logré suavemente llevarla a la habitación, a su cama, donde por fin se cubrió la cintura, el pubis y las piernas.

—Cuando estaba Rafa al menos me respetaban en esta casa. —Sus lágrimas saltaban literalmente de sus ojos—. Me dijo que me tapara el culito. Imagínate la insolencia. Culito es lo que tiene ella, puta asquerosa —subió la voz mi abuela para que la Rebeca la escuchara—. Esta es mi casa, yo pago esta casa, no me viene a decir ninguna china asquerosa que me tengo que tapar el culito. En esta casa nadie habla de culito sin mi permiso... Échala, échala —me ordenó nuevamente. El terror cercaba del todo sus ojeras, su boca se torcía, su respiración se entrecortaba, sus dedos hambrientos apretaban mi muñeca—. Échala, por favor, echa a la china cochina.

Incapaz de seguir aleccionándola, le acaricié su pelo gris a ver si por fin se calmaba.

—Póngase los pantalones, usted no haga nada, yo vuelvo al tiro —me levanté y fui a la terraza, donde temblando la Rebeca regaba las camelias.

—Si quiere que me vaya me voy —intentaba como podía reprimir sus lágrimas la empleada—. Yo no tengo ningún problema. Yo me voy mañana mismo si ella quiere.

—No le haga caso, Rebeca, no ve que está mal de la cabeza. —Fabriqué de la nada una voz de autoridad—. Es cosa de que el doctor ajuste los remedios y listo. Ya va a ver, con unas píldoras de más o de menos vuelve a ser como antes. Cuando empiece con estas cosas usted simplemente no le conteste.

—Viera las cosas que me dice —se limpió confusamente los ojos y la frente—. Prostituta es lo menos que me dice. Insulta a mi hijo, me insulta a mí...

—No le haga caso no más. No la escuche, haga como si escuchara caer la lluvia.

Entonces volví a la pieza de mi abuela, que me esperaba aleteante, ilusionada y semierguida entre los cojines.

—¿La echaste?

—Sí, abuelita, sí, claro. No se preocupe, la dejé bien retada —le mentí. Y sin la menor medida o contención mi abuela me besó agradecida las manos.

—Lindo, eres lindo, eres precioso, gracias, muchas gracias.

Evitando mirarla, le acaricié de memoria la cabeza blanca.

—No se preocupe, abuelita, no se preocupe, va estar todo bien —seguí mintiendo, hasta que pude hablar por teléfono con mi tía Manuela e informarla de la situación.

Muchos años antes, en otro siglo, su hermana Margot le había recomendado una zapatería en la calle Estado. «Efectivamente tenían lindos zapatos argentinos. Le pedí a un roto gordo unos amarillos número 36».

—34 querrá decir, señora —respondió el insolente.

—Esa es la tonta de mi hermana, ella es la enana que calza 34, yo calzo 36.

—No me venga con mentiras, señora, usted pasa todas las tardes por acá, nos deja la tendalada y se va sin comprar nada.

—¿Quién es su jefe? —exigió mi abuela, pero el dueño del local, un hombre calvo, apoyaba completamente a su subordinado.

—Yo mismo la atendí el otro día —dijo él—. Usted calza 34, no insista.

—¿Qué es esta rotería, por favor? Es un insolente, usted. ¿Cómo me habla así? Es mi hermana la que viene. ¿Cómo se le ocurre hablarme así, mojón mal cagado? Váyanse a la mierda usted y su tienda de maricones hediondos.

Tomó el primer taxi que encontró. El chofer se dedicó a alabar a la policía y a hablar mal de los comunistas, mientras frenaba brusco en cada semáforo. En estado vomitoso llegó al fin a su casa, al comienzo del barrio El Golf. Ahí le ordeno a la María, la empleada doméstica a la que llevaba meses tratando de echar por sospecha de robo e «insolencias varias», que le llevara el almuerzo en bandeja a la cama.

En tono seco, María se negó de plano.

—Don Rafael me dijo que no tenía por qué hacer eso.

Mi abuela le lanzó a la empleada todos los insultos que le quedaban.

—Yo no sé, señora, don Rafael es el dueño de casa. A él no le va a gustar que usted me insulte así.

—Métase a su don Rafael por el culo, china ninfómana —le contestó mi abuela. La empleada se limitó a levantar orgullosamente la barbilla, antes de encerrarse en la cocina a mirar el vapor subir de las ollas.

Rotos de mierda, siúticos arribistas, deudas, empeños, esfuerzos, casas frías, gente beata, veranos cortos, inviernos interminables, todo le pesó, todo la horrorizó de pronto. También esas tardes en que sabe que está con otra, «la judía incitante, la dueña de fundo o cualquiera de las que le hacen ojitos a ese maricón de mierda que no es tan inteligente como cree, que apenas es otra cosa que buenmozo, joven y tonto. Estoy sola, nadie me defiende».

Nadie la quiere, a nadie le importa, ni el amante que pide más, ni el marido que pide menos. Toda esa gente que la miraba esperando algo improbable de ella, todos esos jueces y todos esos juicios la tenían ya agotada. Sin mayor planificación tomó todas las pastillas que encontró en el botiquín, pastillas contra el insomnio que tanto su marido como ella sufrían, mezcladas con blancas aspirinas y desconocidas grageas amarillas y verdes. Todo para adentro de un solo trago antes de escribir una nota de suicidio donde se cuidó de exculpar de toda esta mierda a su marido.

«Me maté yo porque quise, no molesten al pobre Rafa con esto», escribió, y se acostó en la cama a rabiar sola como un recién nacido que patea y abraza el calor, la luz que declina, el frío, la noche. «¿Mi papá?». «¿El español?». «¿Sus hermanos?». Caras hechas y deshechas que fuman debajo de un farol que no importa, no importa nada, y su cuerpo que se le va, se va, se va, se va, «váyanse a la mierda todos, todos», enronquece su voz buscando el límite que se escapa hasta el fin de la noche.

La despertaron el doctor Cabrera y su marido. No sabía si estaba muerta o viva. En la tierra, en el cielo o en el infierno sabía que vería a los mismos dos hombres preocupados y a contraluz sobre su rostro. Los ojos de su marido huyendo de los suyos, las manos que ambos esconden, los últimos rayos de sol en la ventana. Eso y esa calma con que ahora ella los quiere, con que ella ahora se apiada de ellos, con que les mira sin tiempo, sin deseo, sin odio, como si ya hubiesen pasado cinco siglos de su muerte.

—¿Qué hora es? —preguntó, porque recordó de pronto, de la nada, que tenía una cita clandestina a las cinco de la tarde, en el centro.

—Tomó casi puras aspirinas, Martita —la consoló paternalmente el doctor Cabrera.

—¿Qué hora es? —volvió a preguntar mi abuela.

—Las seis —respondió el doctor.

Sin saber mucho por qué, pensando en el fiasco del enamorado, sonrió mi abuela aliviada, pensando en cómo no levantarse nunca más sin cumplir con el trámite de morir.

—Hay que limpiarla —dijo el doctor Cabrera.

—Pero si estoy limpia —contestó mi abuela revisando con su mano su falda. Pero justo entonces introdujo el doctor Cabrera una manguera por su garganta que la obligó a vomitar y vomitar hasta llorar.

Cinco de la tarde

—Está todo listo, Bumbum. Me voy a morir a las cinco. Lo dijo el doctor, no seas tonto. Me muero a las cinco. ¿Qué hora es ahora, Bumbum?

—Las tres y media.

—Pucha que falta. Pásame eso. —Me mostró una caja de coloretes que había resbalado demasiado lejos de sus dedos—. Una no puede morir hecha un espanto. Es una rotería vivir demasiado. No hay rotería peor que la vida, estoy feliz de morirme.

—No se va a morir, abuelita, no se preocupe, no se va a morir. Nadie se muere cuando quiere, abuela.

—No discutas tonteras, Bumbum. Dame eso también. Las cinco es regia hora para morir. Es una lata molestar a la gente aunque las enfermeras son las más putas que hay en este hospital. Pasan todas las noches culeando con los doctores las siúticas. Se pegan unas orgías tremendas, vieras tú. Es atroz ser vieja, Bumbum. Eso, pásame eso también.

¿De verdad se muere a las cinco? ¿Es posible eso? ¿Quién lo dijo? ¿Un doctor, un enfermo, un libro que está leyendo? Busqué en la cara de mi tío Juan, que estaba sentado leyendo El Mercurio al lado de su cama, algún signo para inclinar la balanza. Pero él bajó la mirada con una impaciencia que podía ser señal de cualquier cosa.

—Me voy, abuelita —decidí de pronto—. La voy a venir a ver a las seis.

—A las seis voy a estar muerta, chiquillo tonto.

—Espéreme hasta las seis, no se vaya a morir antes.

—No te vayas. ¿Qué te cuesta esperar un rato? Ya pues, no te vayas, no te vayas. No te vayas, no seas tonto, no te vayas.

«Si no te vas, te voy a dar mi vida, si no te vas, te voy a dar mi amor», empezaba a cantar.

—A las seis nos vemos abuelita, a las seis.

Me fui, dejé la puerta cerrarse, mi tío sentado en el sillón, la ventana sobre el patio, su cara indignada. Corrí por las escaleras de incendio del hospital, tomé el primer bus. Bajé en el Paseo Ahumada, acepté todos los volantes, los flayers, las ofertas, los sorteos que me ofrecían a la entrada de las farmacias. «No puede ser —pensé—, es una locura de ella. Morir justo a la hora del té, nadie se muere así, abuela», seguí masticando en silencio. «No puede morirse —trataba de convencerme —. No puede ser, no puede». Me hundí en el subsuelo de la Feria del Disco a mirar tapas de discos, millonarios en sus jardines, Cadillacs, tangas brasileñas, jóvenes tocando debajo de un árbol, palomas de fuego, caballos de fuego, guitarras en llamas, rubias llameantes, montañas incendiadas, santos incendiados, vírgenes incendiadas, incendios, incendios y más incendios.

Las cinco cuarenta y cinco, las cinco cuarenta y seis, las cinco cuarenta y siete. Ahora sí, correr, arrancar, irse. Después de las seis sí que se acaba todo. Dios no me iba a permitir ningún atraso más. Dios no me va a dar otra chance que esta de verla morir. ¿Pero quiero eso, abuela, verla morir? ¿Tener la muerte de mi lado, ganar esa batalla, quedarme con su muerte como trofeo? ¿Qué más puedo sacar de usted? ¿Qué más queda? No tiene que morir, no puede morirse, sudaba, gemía ya en el Paseo Ahumada. Luego la Alameda, un taxi, aunque el hospital está al lado, el ascensor, el pasillo por el que corrí como un escolar. Las seis, justo las seis. ¿Está viva, está muerta? Mi tía, los doctores, más visitas por entre las que paso sin que me vean. Su pieza intacta, usted sentada en la cama con los brazos cruzados. Viva, abuela, totalmente viva.

—Por tu culpa —se indignó al verme sin asomo de ironía—. Por esperarte a ti estoy viva todavía.

—No se preocupe, no se preocupe de nada. Yo la voy a salvar —mentí miserablemente acariciándole la cara, las manos, el brazo—. Yo la voy a proteger. Yo la quiero, yo la quiero mucho, yo la quiero tanto, abuela.

Interrumpieron mi torrente de culpa dos enfermeras que llegaron a mudarla.

—Déjela sola un ratito por favor. Tenemos que hacerle la limpieza a su abuelita.

—Quédate, son unas putas atroces, me charquearon entera ayer, no

seas traidor, Bumbum, quédate —ordenó, furiosa, mostrándome su brazo lleno de hematomas—. No te vayas. No me dejes sola con estas chinas de mierda. No te vayas, traidor. Ya basta, yo me voy de aquí. Ya pues, ayúdame. Levántame, sácame de aquí —me ofrecía su brazo lleno de rastros azules de pinchazos—, son todos unos cínicos asquerosos aquí. Esa es la más mentirosa de todos. —Su mano señalaba a lo lejos a una mujer embarazada que, recostada en una camilla, no paraba de sorber sus propias lágrimas—. No tiene ninguna guagua la puta. Está filmando todo la Manuela. Todos son actores, van a quedar pésimo en la película, ya vas a ver. Ya pues, sácame de aquí, Bumbum. Sé lindo, sácame de aquí.

—No puedo, abuelita. Usted se está recuperando, no la puedo sacar de aquí —le digo, y miro sus ojos rabiosamente encendidos, su cara desencajada por los golpes que se daba sin darse cuenta.

—No sirves para nada tú, eres feo, ándate de aquí, tonto, cobarde, ándate.

Su rabia, por primera vez completa e innegable, me permitía irme, que era por lo demás lo que yo quería hacer desde el principio. Aliviar mi conciencia, dejarla atrás donde no podía, donde no debía seguirla ni soportar los gemidos, las sondas, los sueros, pues nada quedaba de toda la elegancia que buscaba en usted, una niña rabiosa que usa todas sus armas, ruegos, insultos, risas y llantos para escapar de ahí.

Popilius Lena

Su mano estirada, la mueca de su boca espantada, sus ojos enormes, nada de eso me bastó para apiadarme. Me fui sin razón alguna a vivir a España, lo más lejos que pude por el mayor tiempo que pude. «Quizás no sobreviva, la abuela». La advertencia de mi tía o de mi madre acentuaba mi resolución. Mi vida contra la suya, mi vida sin la suya. Quería no estar en el momento de su muerte. Quería faltar tanto como mi abuela me faltaba ya. Yo, que hablaba de usted en el Madrid de la Ballena Alegre como si ya hubiese muerto; yo, que inconfesablemente escribía ya esto que solo se puede escribir de un muerto.

En el fondo, todavía temía de usted un desmentido. Lo temo aún, ahora que sé que está muerta y enterrada, vigilándome sin embargo, y no puedo dejar de esperar, de creer, de temer; como usted, que siempre supo hacer eso mejor que nadie: vigilar para que nadie, para que nada se le escapara.

Esperaba así, en todos mis viajes de ida y vuelta a Madrid o Barcelona, una llamada por teléfono o un mail que me anunciara su muerte. De vuelta a Chile, en cada viaje la encontraba sin embargo viva, anhelante incluso, enojada a veces, otras veces feliz. Esperando semilúcida que le presentara a mi novia, la definitiva.

—Bonita piel. —Tomó el brazo de Kristina y su cara como si pudiera rascar esa blancura, revolcarse y limpiarse en ella—. Linda. —Seguía apreciándola como si se tratara de un pañuelo de seda que estaba a punto de regatearle a algún mercader.

Kristina, mi novia, no se amilanó ante este examen casi clínico y le empezó a hablar en inglés como a una amiga de toda la vida. Con una sonrisa de reconocimiento, mi abuela volvió entonces a ser la niña del Villa María Academy de Lima, la niña que según las monjas era «short and cute, plump, never mute, carefree gay, and bright always» («chica y gordita, nunca callada, despreocupadamente alegre, y siempre inteligente»).

Volvió entonces a ser Popilius Lena, el exiguo rol que interpretó de niña en una escenificación escolar, a la limeña, del Julio César de Shakespeare. «Popilius, ¿has visto un nombre mejor?». Perfecto

nombre que según ella representaba su exceso de popilius, es decir de trasero, y su actitud entusiasta y un poco ridícula de entonces, diecisiete años en el barrio Miraflores, la casa llena de flores, las ventanas que daban a la casa de ladrillo de Zoila Crosby, tan gringa ella, tocando piano el día entero.

—La persona más tonta que he conocido en la vida soy yo a los veinte años —decía.

Pero ¿era distinta mi abuela de esa niña alegre e inteligente a la que parecía que nada podía negársele? ¿A la hija de embajador que lee a escondidas a Proust en el baño de la embajada?

De pronto recuerda y cita la escena central de la obra de Shakespeare, en la que el senador Popilius Lena replica cuando Brutus y Cassius se aprestan a matar a Julio César:

POPILIUS: I wish your enterprise today may thrive.

CASSIUS: What enterprise, Popilius?

POPILIUS: Fare you well.

BRUTUS: What said Popilius Lena?

CASSIUS: He wish'd today our enterprise might thrive.

*I fear our purpose is discovered.*1

—Maricón asqueroso el traidor de Brutus, aunque Julio César era un horror también —confirmaba mi abuela con su perfecta memoria.

Feliz de tener auditores nuevos, en cinco minutos y medio contó toda su vida otra vez, «única hija inteligente» de su papá ministro de todo lo que hay, «lo más importante que hay en Chile, un príncipe, míralo de niño, y ahí de embajador con el uniforme impecable», señalando las fotos en el marco de cuero. Se felicitó a sí misma, se condecoró y abrazó efusivamente por haber pasado tres cursos en dos semanas en el colegio, por haber conseguido su puesto en la Sorbona a fuerza de catetear, por tener dos jubilaciones y por leer en tres lenguas todo lo que le pasaba por las manos.

Y luego los milicos, la embajada en que lo pasó regio asilada, su

marido que no era un gran marido pero estaba ahí. Todo contado en inglés, como si pasara examen, usando las fuerzas, la lucidez, la elasticidad que le quedaban para estirar sus piernas arqueadas de vieja cortesana versallesca.

Terminada la performance le regaló a mi novia las obras completas de Shakespeare empastadas.

—Is yours —le dijo. Y agachó graciosamente la cabeza, haciendo toda suerte de aspavientos de mosquetero.

Al otro día me llamó alarmada. Alguien sin su permiso se llevó su volumen de Shakespeare, el mayor tesoro de su biblioteca.

—Alguien me robó, Bumbum, alguien se llevó el libro sin avisarme. Está lleno de ladrones en esta casa. Pasan robando todo el tiempo.

1POPILIO: Deseo que su empresa pueda hoy triunfar.

CASIO: ¿Qué empresa, Popilio?

POPILIO: ¡Que lo pasen bien!

BRUTO: ¿Qué dice Popilio Lena?

CASIO: Que desea que nuestra empresa pueda triunfar. ¡Temo que se hayan descubierto nuestros planes!

El cumpleaños

Cumplió noventa años el 14 de diciembre de 2004. Sentada en el sillón verde en el centro del living, asistió a ese ritual a la vez piadoso y despiadado al que la sometimos: una fiesta como las que usted solía organizar cuando aún podía organizar algo. Un cumpleaños como si estuviera en sus cabales, pero con usted callada y reseca, el ojo izquierdo hinchado, la mejilla deforme y amarillenta.

—¿Cómo se siente, abuelita? —le pregunté agachándome hacia su boca reseca y escasamente dentada, que masticaba lo que le quedaba de saliva, las líneas de la cara tirantes y delgadas como las de un caballo que no tiene fuerza para seguir empujando el arado al que lo han atado—. ¿Quiere algo, abuelita?

Estiró su mano larga y huesuda. La acaricié. No sonrió, solo cerró los párpados, despacio, muy despacio. Suspiró y dejó ligeramente caer su cabeza hacia atrás. Pero era otra broma, ese humor nervioso que nos acomete a los Gumucio en las iglesias y en los hospitales, hasta que mi novia Kristina me reemplazó a su lado.

—Vuelvo al tiro, abuelita, no se mueva de aquí.

Me alejé, bromeé, me puse a conversar de política con mis tíos y mis primos. Juego su juego, el que me enseñó a jugar. De reojo volvía a mirar su fantasma, sus restos vitales que no responden sino con monosílabos a las preguntas en inglés de Kristina. ¿Cómo puedo explicarle a los que no la conocerán quién era usted? ¿Cómo la puedo explicar a la misma Kristina, que apenas tuvo con usted derecho a una tarde de relativa lucidez y a un tomo de Shakespeare? ¿Y a los hijos que tendré, que tendrán mis hermanos?

¿Cómo se vestía, hablaba, comía y se reía mi abuela? ¿Cómo puedo presentarla a los extraños que no la conocieron? ¿Una profesora de francés? ¿Una señora bien? ¿La quintaesencia de la aristocracia de izquierda latinoamericana? ¿Una escritora frustrada? ¿Una lectora feliz? ¿La presidente de la Liga Herodes? ¿Una madre abnegada a la que nadie reconoció? ¿Una niña que no dejó nunca de ser la hija de su padre? ¿Pariente de medio Chile? ¿Testigo de toda la historia? ¿Católica arrepentida? ¿La liberal más conservadora del mundo? ¿Turca, italiana, francesa? ¿Una chilena completamente peruana?

¿Una francesa completamente chilena? ¿Una esposa infiel completamente fiel? ¿Una valiente que le tenía miedo a todo?

Eso, todo eso fue alguna vez, pero ahora es otra cosa. Durante siglos las vidas duraron casi lo mismo, cincuenta, sesenta, a lo más setenta años. Pero los progresos de la medicina y la farmacología y la ausencia por más de cincuenta años de guerras mundiales en occidente cambiaron drásticamente la duración de la vida. Mi abuela no era entonces solo mi abuela, sino una víctima más de un viraje en la historia.

Víctima de esta última e inesperada revolución, la vida eterna ahora mismo, ochenta, noventa, cien años como si nada. Usted que se puso pantalones y dejó de tener hijos a la fuerza, y estudió tarde y se hizo profesora. Usted que gozó como nadie de ese nuevo permiso para vivir, de ese nuevo pacto con la vida firmado para encontrarse sola entre máquinas y ventiladores mecánicos, rodeada y estafada por esa misma hambre de todo, penicilina, aviones, pastillas anticonceptivas, la vida mejorada, limpiada, salvada de casi todas sus fatalidades, liberada de casi todas sus obligaciones menos esa, la de vivir hasta después de la vida, la de prolongar hasta el infinito todo lo que se supone era finito, vivir por todos los que se mueren en la India o África, seguir viviendo a cualquier precio.

El contrato, supo demasiado tarde, incluía una coda absurda: la vida que se eterniza, que pierde coherencia y sentido. ¿Cómo contar eso? ¿Cómo dar cuenta ante dios, el diablo, la parca, el destino, de esta historia sin fin que quizá termine también por no tener comienzo? El sexo que dejó de ser sinónimo de hijos, los hijos que dejaron de ser sinónimo de infecciones, la vejez que se alargó al mismo tiempo que la adolescencia hasta llegar a tocarse los dos extremos y hacer una sola continuidad, mi adolescencia que fue su vejez, como un espejo temeroso de convertirse en una sola realidad en dos cuerpos. El estudiante que se hizo jubilado, los jubilados que empezaron a estudiar. ¿Hasta cuándo? ¿Quién sabe? ¿Quién dice dónde está el final? Tragedia, comedia, drama o musical, da lo mismo. Es solo el tiempo, el tiempo que no quiere morir, que no quiere dejarnos morir.

En manos de Dios, con el que se llevaba más o menos mal, abuela, la vida podía seguir siendo humana. Salvaje, brutal, corta, inesperada, pero humana justamente por todo eso. En manos de los hombres, en cambio, de esos sacerdotes sin dios que son los doctores, bajo su imperativo cuidado, la vida se convertía en un monstruo sin cabeza y sin ojos al que no le quedaba más alternativa que devorarla sin piedad. Viva, abuela, contra su opinión y su necesidad, solo para que

sus hijos la perdonen, solo para que sus nietos podamos acariciarla indefensa, solo para que podamos quererla en ausencia. Al fondo de su pieza, en el televisor sin sonido, unos leopardos corriendo detrás de un antílope y unas cebras atravesando el río, todo en cámara lenta, mientras sus enfermeras rezan de la mano oraciones evangélicas.

Todo sin su permiso, todo sin usted, mientras sus ojos azules me vigilan como un águila en la punta de un árbol quemado en ese cumpleaños. Y más risas y más cuentos que ya no puede precisar, desmentir, sonreír, disfrutar, acotar o exagerar. Más vida sin usted, pero con usted aún ahí. Sus ojos que nos obligan a movernos con la lentitud de los actores cuando el ronroneo de la cámara se apresta a filmarlos. Y la respiración que se detiene, y el tiempo lo mismo antes que la claqueta de las filmaciones diga «acción» y todos los gestos pesen el doble y todos los diálogos tengan que volver a grabarse en los estudios.

Nos movemos contra usted, para usted, para que sepa que todo sigue igual, nuestras casas, nuestros gustos, nuestros disgustos guiados aún por una frase, una idea lanzada al pasar por usted en París cuando éramos niños, todos, sus hijos, sus nueras, supuestamente adultos, niños con usted en París. Nuestros fracasos también suyos, cuando la desobedecimos, cuando no hicimos lo que había que hacer, cuando no lo hicimos como había que hacerlo. La terrible idea de que hay una sola forma de vivir, la suya, y que sin aceptar aceptamos todo esa tarde de su cumpleaños.

Estaba equivocada, abuela, en tantas cosas estaba equivocada, pero tenía la razón también, definitivamente, innegablemente tenía usted toda la razón siempre. Juez ya sin palabras, mirada que no sabe que mira pero sigue atravesando todo lo que mira. Sus manos como las garras de un águila. Ni una sola sonrisa, ni un solo perdón en su cara seca. Nada, solo una frase murmurada a mi novia Kristina en inglés: «Is not true», sin especificar qué o quién no es verdad.

Y luego, con la mano, un gesto con que le pide a la Rebeca y a la María que la devuelvan a su habitación.

231 08 06

Los momentos de lucidez se hicieron cada vez menos comunes y sus crisis hospitalarias cada vez más frecuentes. Perdió el inglés y luego el francés en el que se refugió cuando se le acabó el castellano. Conectaron su vejiga a una bolsa, sus venas cada cierto tiempo a una bolsa de suero. «Puta». «Fea». Un insulto, el asomo de un gesto de la mano, una inesperada respuesta brusca a alguna pregunta que dejábamos caer, y por una semana o dos la suponíamos casi de vuelta hasta que una crisis nueva, una nueva visita de los doctores y un nuevo diagnóstico (demencia senil) nos recordaban que se estaba muriendo, que en eso estaba, que esa era su única tarea ahora, morir.

Pero no moría. Sabedores de lo mucho que amaba su independencia, sus hijos tuvieron la piedad de no pensar siquiera en trasladarla a un hogar de ancianos. Siguió en su departamento de siempre, rodeada de los muebles de siempre, los cuadros de siempre, las enfermeras y empleadas de siempre, con algunos refuerzos. Su vida terminaba entonces como había empezado, rodeada de mujeres «de otra clase», rezos, baños a la fuerza, pañales, cantos, prohibiciones y doctores. Semanas de silencio y otras en que cantaba sin parar una sola sílaba o ni siquiera, un murmullo, un gorgojeo, un llamado repetitivo a veces sonriente, a veces terrible.

Casado y de vuelta en Chile, le presenté a mi hija Beatrice, a la que pareció aceptar y hasta acarició. Las enfermeras instalaron su foto entre las de las otras nietas.

Tantas falsas alarmas me habían preparado para no alarmarme ya por nada. Mi hermano Ignacio, que resistió cuando el resto de los primos ya no tuvimos fuerza para ir a verla, se fue a París. Mi padre le hacía bromas desde el umbral de la puerta. Yo me hundía en su cara cada vez más huesuda solo unos minutos para irme lo más pronto posible y no volver en semanas. En cambio mi tía Manuela, mi madrastra y mi mamá, mujeres todas que tuvieron en algún momento con mi abuela una relación difícil, se quedaron a su lado. Como una suerte de venganza inversa podían acariciarla sin resistencia ahora que ella no se resistía a nada. Podían al fin ejercer ese amor gratuito y femenino que a usted siempre le pareció una estafa incomprensible. Instintivo cuidado del indefenso retoño, querido justamente porque no puede defenderse, gratuidad primaria de la que siempre desconfió, porque

todo se paga en la vida, porque lo que no tiene precio nos pide de pronto todo y más. Tenía razón usted, abuela, no había desinterés en el amor desinteresado de las que la cuidaban ahora, había otro interés, otra lógica, tan otra como esa en que lentamente se hundía usted, hablando dos frases en un mes para que la vean, para que sepan de alguna forma que sigue ahí, irascible cuando despertaba de dos días enteros de sueño ininterrumpido. Erguida gracias a las almohadas, vivía como un dueño de fundo que ve cómo en su ausencia los inquilinos han quemado las cosechas, bebido los toneles de las bodegas, quemado los establos y comido las vacas.

¿Cómo puede morir usted, abuelita? ¿Cómo va a morir usted, que en medio de nuestros desfallecimientos, de nuestros olvidos, de nuestro sonambulismo, siempre estuvo más viva que nadie? Porque ese es el problema, abuelita: entre visitas de las ambulancias y diagnósticos y más diagnósticos del doctor que le dan un mes o dos de vida a lo más, nadie, ni usted misma, cree en que su muerte sea posible.

—Es tu hermano —me dijo Kristina mostrándome el teléfono.

«Justo estaba escribiendo sobre ti», pensé decirle, porque estaba en ese mismo momento corrigiendo en este manuscrito el episodio en que mi abuela le pagó a mi hermano un curso de pintura al que nunca fue.

—No te distraigo más. Tú seguramente quieres hablar con Rafael —le dijo mi mujer a mi hermano con inesperada seriedad. Y me pasó el tubo del teléfono, donde él me habló con cuidado, como si su voz pudiera a más de diez mil kilómetros despertar a mi abuela.

—Tu abuela está muerta.

Seguí comentando con mi hermano lo poco o nada que sabíamos, lo poco o nada que podíamos hacer o decir a miles de kilómetros de distancia. Yo en Nueva York, él en París, mi mamá en Buenos Aires. A pesar de una década de preparativos, de ensayos, de despedidas, de enfermedades, su muerte nos pillaba a todos desprevenidos, de viaje, huyendo de Chile, donde estaba ella destinada a morir en contra de las predicciones de todas las adivinas. Mi abuela, o Dios, o quien sea, me había tendido la trampa a la perfección, obligándome a recibir la noticia donde no había escenario ni vestuario en los que refugiarme, solo mi pijama y el departamento de una sola habitación en una torre de veinte pisos, y la lluvia de verano sobre la Novena Avenida y mi hija Beatrice llorando en el suelo.

De pronto mi tranquilidad me pareció ensayada, antigua, falsa. Pero actué, pero seguí actuando Hasta donde pude. Comenté con mi hermano lo que estaba escribiendo.

—Justo ahora, justo ahora, Ignacio. ¿Te acuerdas del concurso de pintura que tú ganaste? ¿Te acuerdas que pintaste la noche en la calle Napoleón, ese barrio sin rostro, a punto de ser demolido, discretamente escondido en la penumbra del follaje?

—Era en el departamento de Colón, no en el de Napoleón —me aclara.

—Puta, eso cambia todo, significa que fue antes. Puta, no me sirve, tendría que desarmar todo. Voy a mentir nomás. Voy a dejarlo en Napoleón.

—¿Tú tienes el teléfono de su casa? —me preguntó.

—Claro. De hecho es el único teléfono que me sé de memoria.

Y le repetí dos veces el 231 08 06.

Cortamos con mi hermano. Decidí adelantarme y marqué el número de mi abuela. 231 08 06. Un timbrazo y otro, el lento eco entre uno y otro, lazos tendidos en la nada, el sonido del teléfono buscando las paredes, los muebles, la cama, la muerta acostada ahí. Nadie. Absolutamente nadie...

Tiene que haber alguien, tienen que estar los doctores por lo menos, mis tíos, alguien. Desesperado, marqué los pocos teléfonos santiaguinos que tenía a mi disposición. Máquinas contestadoras y silencios, hasta que finalmente logré dar con mi padre.

—No contesta nadie en la casa de la abuelita —me quejo de entrada.

—¿Qué número tienes de ella?

—El 231 08 06.

—Ese ya no es. Ese es de hace años. La cambiaron de compañía.

231 08 06... Ni eso, el único número que me sabía de memoria había logrado permanecer con los años. Mi abuela no era la misma, era otra que apenas conocí y conozco. Al otro lado de la línea mi padre habla apurado, entusiasmado, sonríe ante todo sorprendido. Habla de las luganelas (una especie de hot dogs de antes) que les compraba ella cuando los paseaba por el centro. Lo inteligente que era la Loqui,

insiste mi padre, era genial la Loqui, como si esto fuese algún descubrimiento, sorprendido de haberla conocido, de haberla comprendido tan poco, de haberla después de todo querido.

—Me enseñó a leer la Loqui, me enseñó a leer, me enseñó hasta a cagar la Loqui. Todo el teatro lo vi con la Loqui. Dürrenmatt, Las sillas, La cantante calva, todo. Era muy galla la Loqui, amiga de gente interesante como Manuel Rojas y José Santos González Vera. Unos anarquistas bien gallos, bien choros, yo los he leído ahora hace poco, aunque yo no creo en nada, que se vayan a la chucha todos. Era buena la Loqui, era santa con ustedes....

—¿Murió tranquila? —no pude evitar interrumpirlo.

—Se resistió hasta el final, le peleó a la Pelada Hasta el último minuto la Loqui —confesaba mi padre al otro lado de la línea.

Dos días enteros pataleó para salir de una y otra crisis de amnea hasta que finalmente, a las tres de la mañana, su cerebro convertido en una nuez seca en medio de un cráneo que le quedaba cada vez más grande se olvidó de cómo respirar. Lo hizo por última vez con toda la fuerza perdida, con un ruido de ballena al fondo del mar, una especie de rabia que daba más miedo que piedad.

—Parece que al final le gustaba vivir a la Loqui —concluye mi padre con un asomo de vergüenza. Siente remotamente que su madre puede retarlo si lo oye revelar esa indecencia—. Pataleó hasta el final la pobre Loqui. Dio la pelea. Al final terminó por cansancio.

De eso murió, de pura muerte misma, me explica mi padre al otro lado del teléfono. Por eso fumaba mi abuela, por eso tomaba, pensé, por eso desobedecía las órdenes médicas, para darle un pequeño empujón a la muerte, un contrapeso a sus ganas monstruosas de seguir viviendo.

—Yo odio a Dios —se queja mi papá por la obligación de ir a misa—, curas conchas de su madre. Me cago en los curas de mierda... Maricones de mierda. Pobre Loqui, la hicieron creer en Dios al final, obligada.

—Déjate de cosas, papá, no hay nadie más católico que tú —le dije, quizás porque retarlo, empujarlo a ser maduro y serio, me evitaba a mí serlo del todo.

—Se cree la raja la Bibi... —prefiere cambiar el tema y hablar de mi hija Beatrice—. Va a ser como Catalina la Grande, la hija de puta, va a

mandar a matar a todo el mundo la concha de su madre… A mí me va a cagar, yo voy a ser un viejo huevón por culpa de esa niña.

Ahora mi padre era el abuelo, ahora mi madre era la abuela. Abuelo y abuela, descubro asombrado, no es un nombre, ni un adjetivo, sino un título hereditario, como un condado o un marquesado. Única sobreviviente de mis cuatros abuelos, con ella caía entera la primera línea de infantería. Mi madre y mi padre empezaban entonces, hoy, a ser abuelos, es decir leyenda. Empezaba también yo a ser padre, eso que se supone llevaba nueve meses siendo.

Mi hija que me obliga a abrazarla, mi mujer que me obliga a necesitarla. Por los siglos de los siglos y más siglos aún, hasta cauterizar todas las heridas de mis pulmones, hasta extinguirme de puro existir dos, tres, cuatrocientas mil veces al día, amén.

Nudo dulce o ciego del que apenas necesitaba tironear de sus extremos para verlo cerrarse del todo sobre mi garganta. Ellas, mis pertenencias a las que yo pertenezco. Y esa otra impresión que ahoga, que maravilla, que encandila, que te destroza la cara, esa de saber que lo que escogiste, que lo que tomaste en un acto que pensaste gratuito, estaba de antemano elegido, que eso que pensaste que podías hasta hace unos segundos evitar, era en el fondo inevitable.

Lo inevitable, entonces: el vuelo que no costó nada cambiar, los deberes parentales y maritales que gracias a mi pena me pude evitar ese día. Perdonado de antemano gracias a la decisión también inesperada de ir a su entierro y terminar esta historia, saber de qué está hecho todo esto que no es pena sino solo irrealidad, mi vida entre algodones, mi papel sin nombre, mi destino suspendido mientras la espero. La comida china en el Gran Shizuan de la Novena Avenida, los sesenta y un dólares del taxi al aeropuerto, la lluvia de verano que fue despejándose. Y luego el último abrazo a mi familia. Mi familia, eso que usted apenas conoció, eso que no estaba en sus planes ni en los míos. Mi familia, ese imposible, una esposa, una hija, mía, felizmente mía, abuelita. Ese placer, esa mentira, esa verdad, esa vida entera que no la necesita y la quiere, que le debe todo y no le entrega nada de vuelta. Abuelita, ¿se acuerda de mis miedos, esos que usted tuvo el valor de nunca tomar en serio? Todo lo que temblé, las fuerzas que le pedí, la herencia, el disfraz, mi nombre, mi apellido, el hombre que soy, abuelita, sin zapatos y sin abrigo esperando pasar por el arco de seguridad del aeropuerto, eso que usted dio por supuesto, que en su honor vacila y se olvida y vuelve a pedirle protección. Mi debilidad que antes fue un enemigo y ahora es un regalo, como la corona de flores enfermizas y efímeras que llevo para decorar su tumba. Lo que

soy, lo que no fui, y luego la negra en uniforme que me pide que ponga mi chaqueta, mis llaves y mi maletín en la cinta que los lleva al escáner. Con una mano el adiós a mi esposa, mi cuñada y mi hija.

Luego la puerta, el vuelo Lan 533. El odio gratuito a la mujer que escucha fuerte un disco de Joaquín Sabina y al otro imbécil que acostado en el suelo habla con «la flaca» por celular. Tan estúpidos que son los chilenos. Fascistas de mierda, país de mierda, todos fascistas. Shorts, bermudas, nadie ya se viste como adulto, descompensados anales, enfermos mentales, chupadores de lollipop. Mi odio adolescente, mi desprecio sin borde, abuela, eso que pensé haber pasado de largo vuelve a mí dando manotazos de ciego. No están en la playa, todo el mundo quiere ser niño ahora, deberían capar a los imbéciles que andan con bermudas por el mundo. No soy viejo, ni calmo, ni sabio. No he llegado a ser moderado como quiero. No comprendo a los demás, no quiero comprenderlos. Como usted, me defiendo antes que me ataquen, perros culeados. No quiero que me toque, que me aguante ni que me perdone nadie.

Aquí estoy, abuela, odiando a los que no son como yo. «Yo odio», esa expresión que trato de erradicar de mi vocabulario.

—Es demasiado histérico eso de odiar, mijito. Haz como tu papá, di «me deprime», mejor.

Pero no me deprime nada, abuela, sino que odio, con felicidad integral, como una víctima, como un salvaje, como un recién nacido, odio en pleno verano. Tantos años llevo mintiendo, abuelita, tantos años. Para salvarme, para ser feliz tanto tiempo llevo protegiéndome de esa verdadera desnudez que su muerte ahora me pide de vuelta. ¿Me duele? ¿Me molesta? Hasta que de pronto, cuando dejo de intentarlo, lloro como niño, lloro porque lloro, como un juego que asusta. Estoy orgulloso de mi llanto que le daría tanta vergüenza a usted, abuela. Quiero que se avergüence, que se sienta incómoda en su tumba. Quiero mi dolor apretado y mío, quiero simplemente patalear sobre su muerte, aceptarla de puro no aceptarla nada. Quiero el ahogo y el desahogo, ahora mismo en plena luz del día, en plena puerta de embarque del aeropuerto JFK. Lloro sin control alguno, lloro con los niños, río de tanto llorar, lloro como un niño, por primera vez en mi vida lloro como lloran los adultos.

Índice

Primera edición: mayo de 2022

Primera edición digital: mayo de 2022

Diseño de colección: Enric Jardí

Imagen de cubierta: Raúl Allén

Maquetación: Mireia Barreras

La edición de este libro se ha negociado a través de

Indent Literary Agency (www.indentagency.com)

Dirección editorial: Ester Pujol

Catedral es un sello de Grup Enciclopèdia

Josep Pla, 95

08019 Barcelona

Producción del ePub: booqlab

ISBN: 978-84-18800-26-9